



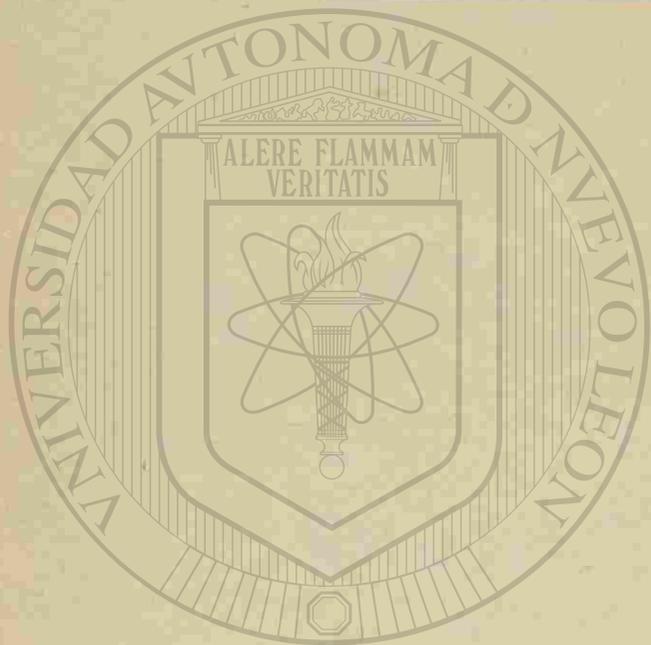
Gonzalo Hernández de Alba

PERSONALIDAD
E HISTORIA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

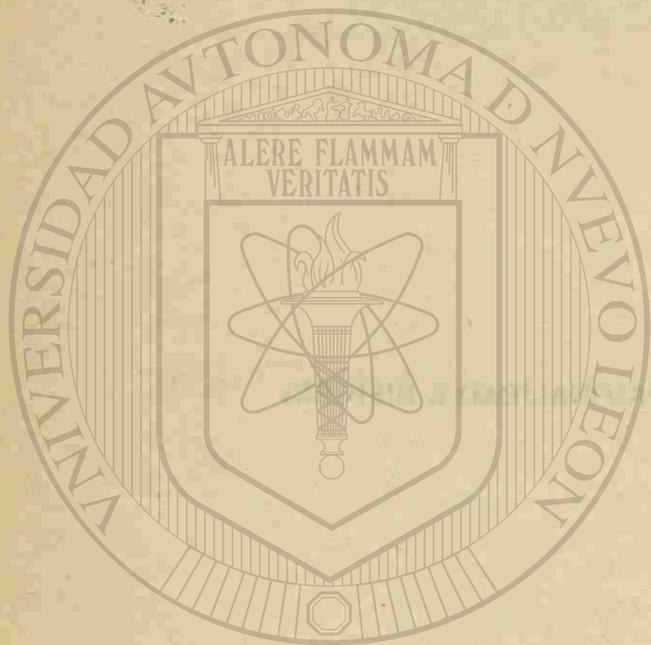
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



PERSONALIDAD E HISTORIA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





GONZALO HERNANDEZ DE ALBA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONALIDAD E HISTORIA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
MONTERREY



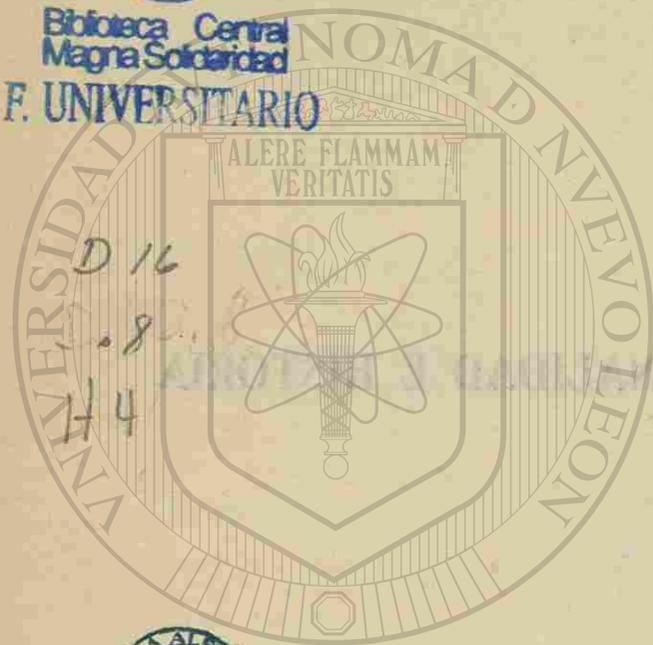
1964

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



Biblioteca Central
Magna Solidaridad

F. UNIVERSITARIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

© UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DEPARTAMENTO DE EXTENSION UNIVERSITARIA
SECCION EDITORIAL

JUAN PÉREZ

"La tierra toda es el sepulcro de los hombres famosos, y no sólo los recuerda la inscripción de sus monumentos funerales, sino que aún en comarcas ajenas su memoria alienta en el corazón de todos los hombres, mucho más que en piedras recordatorias".

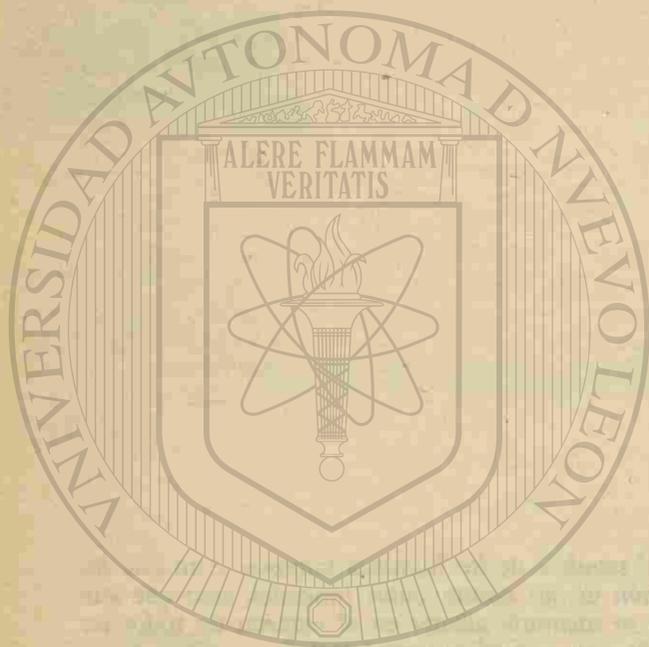
TUCIDEDES.

"No digo eso, por que yo no he sido el único autor de la Revolución y porque durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas, hubiera aparecido algún caudillo al no estar yo presente... Dejemos a los superticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado o destinado para redimir a Colombia".

BOLIVAR

"La historia, por lo menos en parte, —o más que en parte, no es caso de aclararlo ahora—, se ocupa de lo individual, de personalidades absolutamente únicas".

GEORGE SIMMELL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

PREFACIO

Quiénes en alguna ocasión, por curiosidad, inclinación personal, o real vocación, nos hemos asomado un poco en el conocimiento del pasado y sus problemas, nos hemos ido haciendo a la idea y nos hemos insensiblemente acostumbrado a ver la historia por intermedio de sus héroes. A verlos como el máximo exponente de ese todo tan complejo, tan sutilmente complejo, que es la historia. Se nos enseñó y acostumbró, y ya desde los primeros cursos de historia elemental, a conocer, amar y venerar nuestras grandes gestas patrias por intermedio exclusivo de ciertos nombres escogidos y de ciertas actitudes radicalmente heroicas. Se nos quiso presentar nuestras historias por intermedio de una serie de anécdotas y de episodios dramáticos, cuyo contenido moral y edificante se explotaba al máximo, cuya responsabilidad y éxito sólo dependían de la voluntad providencial de unos cuantos hombres de selección. Poco más o menos se nos decía: "La historia es creación exclusiva de un selecto puñado de hombres iluminados y clarividentes. Ellos nos han dado lo que somos. Por eso los debemos reverenciar y tratar de imitar".

Esta concepción no sólo se encontraba latente en esos nuestros primeros libros de historia. Y no sólo en ellos se nos la presentaba sin pruebas. Parecía evidente que no hacía falta el molestarse en enjuiciarla o ponerla a prueba. Unos años más tarde leíamos con afán las obras, novelas históricas, de un Alejandro Dumas y compañía. En ellas encontrábamos la muy clara idea de que unos cuantos hombres decididos y con ansia de aventuras, un puñado de mosqueteros, eran capaces, si así lo querían y lo solían querer con harta frecuencia, de salvar un reino, de decidir una guerra, de deshacer entuertos, salvar dueñas, entronizar reyes y humillar golillas. Nos

aparecían como siendo del todo capaces de transformar, por empleo de su astucia y de dos o tres estocadas, la historia de una nación, de una institución, de una familia reinante. Volvíamos a encontrarnos con una y otra manifestación literaria de lo que después aprendimos a llamar y conocer como la *té debate heróica de la historia*, y que, como en el caso anterior, nunca se molestaron en asentarla en juicios o cimentarla en pruebas. Era cuestión de tomar o dejar.

En lecturas y estudios superiores de nuevo nos volvimos a encontrar con claras y casi constantes expresiones de esa misma hipótesis central de la historia, de esa aparente ley del devenir de las culturas: "Si alguien no los hace, no hay ni pueden haber hechos". La historia se nos aparecía como no siendo otra cosa que el resultado, la suma aritmética, de innumerables biografías. Se nos aparecía como siendo la más plena labor de los historiadores un buscar, analizar, encuadrar y motivar la vida de esos prohombres de la historia. La historia, se nos decía de un lado y otro, se identifica con la vida de los grandes hombres, de los genios, de los héroes. No parecía que debía extrañarnos el encontrar frases como ésta: "Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más larga, toda la faz de la tierra hubiera cambiado". Pero también esas mismas lecturas y estudios superiores nos enseñaron dos cosas más. No sólo hay héroes en la historia. Para ver la historia es necesario tener en cuenta la sociedad, la comunidad, la masa y, dentro de ella, al individuo, al hombre común. Al hombre sin aparente trascendencia histórica. Al hombre base, que nace, vive y muere callado. Al hombre sin aparente voto en el porvenir, pero cuya voz llega, y con más frecuencia que la que deseaban nuestras primeras enseñanzas y lecturas, a conmover a una comunidad y exigir una transformación social que luego se hace histórica. Nos dimos cuenta con cierta claridad que en historia no todo puede ser dejar o tomar. Se necesitan pruebas, se exigen análisis. La época de fe en la historia, así como en filosofía, en ciencias sociales o culturales había, para nosotros, muerto sin remedio.

La cuestión, el problema de los hombres geniales y la historia permanecía vivo. No sólo no había perdido su importancia efectiva en las historias, sino que su importancia teórica se fue haciendo cada vez más patente y notable. Así pues, y como lo indica el título de esta investigación, no hemos pretendido otra cosa que el

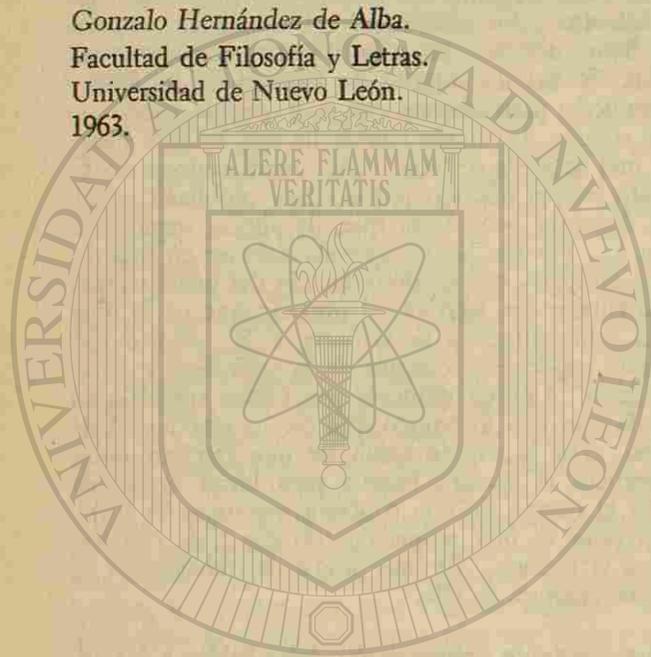
tratar de buscar, analizar y, en lo posible, aclarar esa pregunta que se nos ha presentado como central, radical de la historia: ¿Cuáles son las relaciones entre personalidad e historia? ¿Cuáles son las actitudes que frente a esa pregunta nos presentan y manifiestan los historiadores, los filósofos y los sociólogos? ¿Por qué de estas variadas opiniones? Sólo queremos, por afanes personales, buscar ver claro en la historia. Y sin un intento de balance del problema que nos hemos propuesto pretendemos que es imposible hacerlo o, por lo menos, bien difícil. En modo alguno ha sido nuestro deseo ofrecer una teoría más sobre la historia o una nueva concepción filosófica de ella, sólo hemos deseado rastrear este problema en algunos de los más dicientes pensadores que, de alguna manera, se han preocupado en él. No nos hemos querido detener en una determinada escuela o en algún campo determinado del pensamiento. No nos hemos contentado con sólo ver el impacto que en la obra de ciertos filósofos representativos se atribuye a la personalidad. Se nos hizo necesario sondear en campos de la sociología y de la teoría y crítica histórica. Conscientemente nos hemos quedado en un aspecto que linda más con lo teórico que con la efectividad de un análisis histórico. Por la simple razón de que creemos indispensable poseer primero el aparato teórico para luego buscar su adecuación o no en el campo de una concreta investigación histórica. Esta segunda tarea es más propia de técnicos historiadores, que de aficionados a la historia. Es más propia de trabajadores de la historia, que de observadores de ella.

Ha sido nuestra constante preocupación dejar hablar a los autores mismos y, en cierto sentido, el papel que hemos tratado de cumplir es el de un comentador que, en ocasiones, se convierte en un intérprete. De allí el método que nos hemos propuesto emplear y que puede resumirse así: Elucidar y demarcar el problema en cada uno de los autores, interpretando la tesis mantenida en función del contexto de cada manifestación del pensamiento. Esto puede permitimos el buscar y extraer características generales, conclusiones comunes o destacar la carencia de ellas. Para así intentar explicar las coincidencias o divergencias de las posiciones más radicales y buscar obtener una conclusión general.

Deseo expresar mi más sincera gratitud al Doctor José Gaos

por su gentileza y generosidad intelectual, ya que sin su guía, críticas y consejos me hubiera sido del todo imposible ese "pretender ver claro".

Gonzalo Hernández de Alba.
Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad de Nuevo León.
1963.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

CAPÍTULO I

DELIMITACIONES PRELIMINARES

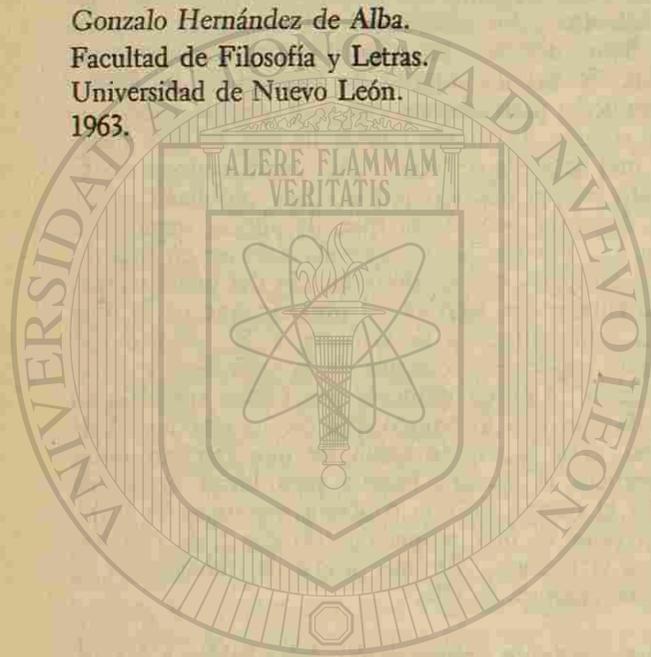
§ 1. Necesidad de una unificación terminológica.

Antes de abordar de una manera decidida el objeto general de esta investigación es prudente detenerse, aunque sea momentáneamente, en un considerar las diferentes expresiones y vocablos que tradicionalmente se emplean para designar el tema que nos hemos propuesto. De un primer golpe de vista parece que palabras tales como héroe, personalidad, genio, grandes hombres, representan y constituyen una única idea. Parece que cumplirían entre sí el papel de sinónimos. Parecen mentar una misma posición y actitud: ser el símbolo que representa una común manera humana de "estar". De obrar en el mundo. Una misma forma de vivir y enfrentarse a diversos problemas, con diversas actitudes vitales, pero buscando siempre obtener un resultado semejante. En una reflexión un poco más profunda, y sin salirnos de los marcos filológicos y etimológicos, —que si no esclarecen de una manera definitiva la mención y el significado que se atribuyen a estas voces, al menos nos pueden ser de gran ayuda—, es posible encontrar que esta aparente similitud no es más que eso: similitud y semejanza formal, pero no de contenido, pero no ideológica.

En castellano encontramos que, y según la Real Academia Española de la Lengua, supuesta autoridad máxima, la voz **HEROE** significa: "Entre los antiguos paganos el que creían nacido de un dios o de una diosa y una persona humana, por lo cual le reputaban más que hombre y menos que dios, como Hércules, Aquiles, Eneas, etc. 2.—Varón ilustre y famoso por sus hazañas y virtudes. 3.—El que lleva a cabo una acción heroica. 4.—Personaje principal de todo poema en que se representa una acción, y del épico especialmente. 5.—Cualquiera de los personajes de carácter elevado en la epopeya". En tanto que a **GENIO** se le atribuyen las siguientes significaciones: "Indole o inclinación según la cual dirige uno comúnmente sus acciones. 2.—Disposición para una cosa; como ciencia, arte, etc. 3.—Grande ingenio, fuerza intelectual extraordinaria o facultad capaz de crear o inventar cosas nuevas o admirables. 4.—

por su gentileza y generosidad intelectual, ya que sin su guía, críticas y consejos me hubiera sido del todo imposible ese "pretender ver claro".

Gonzalo Hernández de Alba.
Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad de Nuevo León.
1963.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

CAPÍTULO I

DELIMITACIONES PRELIMINARES

§ 1. Necesidad de una unificación terminológica.

Antes de abordar de una manera decidida el objeto general de esta investigación es prudente detenerse, aunque sea momentáneamente, en un considerar las diferentes expresiones y vocablos que tradicionalmente se emplean para designar el tema que nos hemos propuesto. De un primer golpe de vista parece que palabras tales como héroe, personalidad, genio, grandes hombres, representan y constituyen una única idea. Parece que cumplirían entre sí el papel de sinónimos. Parecen mentar una misma posición y actitud: ser el símbolo que representa una común manera humana de "estar". De obrar en el mundo. Una misma forma de vivir y enfrentarse a diversos problemas, con diversas actitudes vitales, pero buscando siempre obtener un resultado semejante. En una reflexión un poco más profunda, y sin salirnos de los marcos filológicos y etimológicos, —que si no esclarecen de una manera definitiva la mención y el significado que se atribuyen a estas voces, al menos nos pueden ser de gran ayuda—, es posible encontrar que esta aparente similitud no es más que eso: similitud y semejanza formal, pero no de contenido, pero no ideológica.

En castellano encontramos que, y según la Real Academia Española de la Lengua, supuesta autoridad máxima, la voz HEROE significa: "Entre los antiguos paganos el que creían nacido de un dios o de una diosa y una persona humana, por lo cual le reputaban más que hombre y menos que dios, como Hércules, Aquiles, Eneas, etc. 2.—Varón ilustre y famoso por sus hazañas y virtudes. 3.—El que lleva a cabo una acción heroica. 4.—Personaje principal de todo poema en que se representa una acción, y del épico especialmente. 5.—Cualquiera de los personajes de carácter elevado en la epopeya". En tanto que a GENIO se le atribuyen las siguientes significaciones: "Indole o inclinación según la cual dirige uno comúnmente sus acciones. 2.—Disposición para una cosa; como ciencia, arte, etc. 3.—Grande ingenio, fuerza intelectual extraordinaria o facultad capaz de crear o inventar cosas nuevas o admirables. 4.—

Fig. sujeto dotado de esta cualidad. Calderón es un genio. 5.—Carácter. 6.—Deidad que suponían los antiguos gentiles engendradora de cuanto hay en la naturaleza. 7.—En las artes, ángeles o figuras que se colocan al lado de una divinidad, o para representar una alegoría. Para los autores del Diccionario de la Academia de la Lengua, PERSONA viene a ser el "sujeto de distinción, calidad o representación en la república. 2.—Cada uno de los seres humanos, sobrenaturales o simbólicos, ideados por el escritor, y que como dotados de vida propia toman parte en la acción de una obra literaria". De PERSONALIDAD se encuentran las acepciones siguientes: "Diferencia individual que constituye a cada persona y la distingue de otras. 2.—Inclinación o aversión que se tiene a una persona, con preferencia o exclusión de las demás".¹

Adentrándose un poco en la historia y evolución que se han marcado a estos vocablos se encuentra que, y según Vicente García de Diego, HEROE proviene de la voz latina "heros-ois". GENIO de la latina "genius". PERSONALIDAD de "persona-personare"². No deja de ser interesante y posiblemente aclaratorio examinar el significado que estas expresiones tenían y tienen en latín. Así, pues, "hero" es empleado por Cicerón con el significado de hombre célebre: "Heros ille noster Cato", (Catón nuestro héroe). El mismo Cicerón emplea substantivo "persona" con el significado del papel que alguno desempeña en la sociedad: "Quam magnum est personam in republica tueri principis", (Qué gran papel y qué difícil es en un Estado el papel de jefe). "Genius" tuvo en latín el significado de inspiración, talento, inteligencia, así Marcial dice: "Victurus genium debet habere liber", (Si ha de vivir un libro ha de estar escrito con talento).³

Fácilmente se ve como ni en Español, ni en Latín, su lengua madre, se encuentra una analogía, o alguna coincidencia notoria y digna de ser tenida en cuenta entre estas voces. Pero no sólo es pri-

1. Real Academia Española de la Lengua, Diccionario de la lengua española, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1956.
2. Vicente García de Diego, Diccionario etimológico, ed. Saeta, Madrid, 1951.
3. Agustín Blázquez Fraile, Diccionario latino-español, ed. Sopena, Barcelona, 1950.

vativa esta situación a estos idiomas. Algo semejante, si no igual, las coincidencias de significado son asombrosas, sucede en Francés,⁴ y en Inglés.⁵

Volviendo a nuestro idioma, veamos si los sinónimos de estas palabras pueden darnos una mejor orientación. En el Diccionario de Sainz de Robles se destacan para HEROE los siguientes sinónimos: "Cid, campeón, epónimo, león, Quijote, gallo, zagal. Semidios, titán, protagonista". A GENIO le corresponden: "Saber, talento, cultura, imaginación, inspiración, invención, inteligencia, fantasía, poder evocador, espíritu. Carácter, índole, natural, inclina-

4. Así en el Dictionnaire de la Langue Francaise de littré se encuentra: "Héros: 2—Ceux qui se distinguent par une valeur extraordinaire ou des succès éclatants a la guerre... 3—Toutte homme qui se distingue para la force de caractère, la grandeur d'ame... 4—Terme de littérature. Personnage principal d'un poeme... 5.— Le héros d' un chose celui qui y brille d' une manière excellente en bien ou mal". Genie se define así: "1—Terme du polythéisme. Esprit ou démon bon ou mauvais qui présidait a la destine de chaque homme... 4—Talent inné, disposition naturelle á certaines choses... 5—Particullièrement, aptitude spéciale dépassant la mesure commune...". Personnalité corresponde a "1—... Ce qui appartient essentiellement á une personne, ce qui fait qu'elle est elle et non pas une autre. 2—Caractère, qualité de ce qui est personnelle... 3—Attachement á sa propre personne. 4—Une personnalité offensante... 5—Néologisme. Une personne, un personnage".
5. En el monumental "Webster's New International Dictionary of the English Language", (ed. Merriam Company Mass., USA., 2 ed. 1950), se encuentra: Heros "... a—A man, esp. a warrior, of the Greek epic or heroic age. A man honored after death by public worship, because of exceptional service to mankind, and usually held to be in part at least of divine descent. 2—The principal male personage, usually of noble character, in a poem... 3—A person of distinguished valor or enterprize in danger... 4—A prominent or central personage to king admirable part in any remarkable action or event. "Genius": 1—Rom. Relig. An attendant godling or spirit at a person or place... 3—By extension, a person who influences another in character, behavior, career, or the like... 5—Peculiar character or inherent nature... 6—Extraordinary mental superiority...". Personality: "1—Quality or state of being personal, or of being a person and not a thing or abstractions... 2—Quality of relating to a particular person or persons; specif., quality of referring directly to, or being aimed at, an individual... 4—That which constitutes distinction of person; distinctive personal character; individualite. 4—Distinction or excellence of personal and social traits; magnetic personal quality".

ción, temperamento, condición, modo de ser, manera de ser, humor, tendencia, aptitud, disposición". A PERSONAJE: "Persona, protagonista, héroe, interlocutor, actor, galán, figurón".⁶

Los diferentes sinónimos al parecer tampoco nos muestran una común manera de significar. Las coincidencias que se encuentran en sus significados no son lo suficientemente fuertes o dicentes para que se los pueda emplear indistintamente. No es este el único campo en que impera dicha confusión. Igual sucede en el empleo que de estas voces hacen diferentes autores colocados en diferentes planos y en distintas disciplinas. No sólo se da tal cosa entre ensayistas y literatos, en quienes se comprende que esto suceda, sino que se manifiesta en las obras de filósofos, filósofos de la historia, sociólogos e historiógrafos. En ellos vemos que se emplea indistintamente y como queriendo significar lo mismo, palabras tan disímiles como individualidad, genio, héroe, o giros tales como individualidad única, personalidades descolantes, individuo único, etc., como ya tendremos oportunidad de ver y señalar más adelante.

Cabe preguntar: ¿Qué importancia tienen estas diferencias etimológicas y de significación en una investigación en torno del papel de... en la Filosofía de la Historia? Los puntos suspensivos contenidos en la pregunta claramente nos marcan la importancia de este tipo de aclaraciones. Es un principio indiscutible de metodología el poseer en el comienzo de cualquier investigación los instrumentos, medios adecuados, para poderla llevar a cabo. Entre ellos se cuentan, y no son los de menor importancia, sobre todo en investigaciones como la que pretendemos efectuar, las palabras, los signos, los símbolos, que mientan los procesos mentales, ideológicos e históricos que se han de tener en cuenta. Sin poseer algo así como una univocidad de términos es bien fácil errar de camino y perderse en una serie de distinciones y sutilezas que, por atraentes que sean, sólo conducen a una inútil complicación o a una aberrante confusión de niveles. Tal como se encuentra claramente ejemplificado, y en temas que tienen que ver directamente con el presente trabajo, en la personal teoría de Carlyle sobre los "Héroes", —bástenos recordar sólo a este pensador, no únicamente por ser lo

6. Federico Carlos Sáinz de Robles. *Diccionario español de sinónimos y antónimos*, ed. Aguilar, Madrid, 1953.

suficientemente ejemplificante sino por ser uno de los más influyentes y notorios sostenedores de la tesis "heróica" de la historia. Teoría en la que se encuentran mezclados, de una manera un tanto confusa, el 'genio', el 'héroe', las 'personalidades', los 'grandes hombres'; y, lo que es peor el 'héroe' como genio cultural, religioso o militar. El 'genio' como divinidad, como héroe, como creador científico, literario o religioso. Con el ánimo de evitar esta confusión, es, pues, necesario, no acuñar una nueva voz o emplear un neologismo, sino proponer el empleo de un término único. Un término lo suficientemente amplio para que logre abarcar hasta donde sea posible las principales características y modos de las diferentes... PERSONALIDADES.

¿Por qué hacer uso de personalidad, personalidades? Aparentemente parece ser una escogencia personal, arbitraria. ¿No daría lo mismo emplear la voz héroe, individualidad o cualquier otra? No parece serlo así. Si se hace empleo de la palabra héroe, la más usada tradicionalmente, se puede caer en un error de comprensión. Héroe nos suele remitir inmediatamente a una personalidad militar y a su acción, restringiéndose demasiado su campo de significación. Si se emplea la palabra individualidad o el giro individualidad única, se está implicando ya una toma de posición frente al tema de investigación: el considerar a las personalidades como únicas y deslindadas. El empleo de genio nos coloca en una situación semejante a la encontrada en el uso de héroe, por mentar un determinado tipo de personalidad, en este caso cultural, en su sentido restringido. En última instancia no importa cual de estas voces pueden ser empleadas, pero al hacerlo se hace necesario emplear un rodeo que especifique cada vez qué tipo de héroe, genio o individualidad se está teniendo en cuenta. Procedimiento harto enfadoso. Parece que por su significación, etimología, conjunto de notas que abarca, el empleo de personalidad se hace casi obligatorio. En las acepciones anteriormente vistas se la encuentra constantemente. Desempeña en ellas un papel semejante al de un nexo, al de un hilo conductor. Personaje es el protagonista, el héroe. Es la persona ilustre en una comunidad, por su poder creativo o por su acción. Es la persona con carácter, con energía. Es el individuo capaz de algo en la república. Es el personaje histórico que ha existido realmente, del cual se tienen noticias. Puede también ser la supervivencia o real vigencia de un paradigma mítico o de algún hombre santificado. Es

también, por qué no, el figurón o el galán. Es el interlocutor de la historia. Con personalidad se aglutinan las ideas de individualidad, individualidad única, genio, héroe, santo, personalidad descolante, individuo único, etc. No sólo cobija estos conceptos sino que unifica las diferentes manifestaciones reales, concretas, históricas, tal como se suelen dar y se conocen las diferentes personalidades prototípicas. Se puede hablar, y de hecho se habla, del impacto del héroe militar, del genio cultural, del reformador y formador social o religioso. Se habla del impacto histórico de personalidades como Napoleón, Hegel, Cristo, o Lutero. Empleando de esta manera amplia, de esta manera originaria, la palabra personalidad no sólo no se desconoce, sino se tienen muy en cuenta los diferentes tipos concretos, reales o ideales, de personalidades que se han dado o han manifestado su acción en el transcurso de la evolución de las sociedades. Lo único que se hace, y no parece que sea arbitrario, es unificarlos en algo así como en un sólo género, en una única categoría. Que debe poder servir para una más correcta comprensión y para un más fácil manejo del material acumulado.

No se debe olvidar o dejar de lado que etimológicamente "persona", "personalidad", se acostumbra hacer derivar de *per sonare*: máscara. Máscara que en la Grecia antigua, tenía como finalidad cubrir el rostro de los actores de teatro. Por extensión llegó a significar el "papel" que cada persona desempeña en la vida, en la sociedad, en la historia. Tal como se vió, la voz española "persona" deriva del verbo latino "personare": sonar por medio de, a través de algo, de no importa qué. Verbo que mienta, más o menos, lo mismo que el vocablo griego, —el actor hacía sonar, resonar, su voz a través de la máscara. El sentido etimológico concuerda en muchos puntos, según Ferrater Mora, con el filosófico: "Persona es, en efecto, algo distinto de individuo, esto es del sujeto psico-físico. Podría decirse que persona es una máscara que se sobrepone a la individualidad, pero no para falsearla, sino justamente para hacer resonar su voz propia".⁷ La persona, y con ella la personalidad, es algo que constantemente se está haciendo, se está produciendo.⁸ Que se

7. José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, ed. Sudamericana, Buenos Aires, 4 ed. 1958.

8. En el sentido de llevar hacia, de *ducere-pro*.

está haciendo y produciendo dentro de límites históricos y sociales. Y que, posiblemente, pueda o deba en ellos desempeñar algún papel.

Personalidad, de acuerdo con lo anterior, sería la "persona" que es capaz, porque se le han dado los medios y tiene el deseo, de hacer resonar, por su propio intermedio o por intermedio de otros, lo mismo da, a un grupo de individuos, a una colectividad o a una sociedad en un momento y aspecto determinado. Una personalidad podría ser alguien que está llevando, haciendo y co-produciendo lo que una comunidad quiere o desea.⁹

En la vida corriente, en la vida de todos los días, no sólo no se encuentran diferencias con la manera indicada más arriba de entender el vocablo "personalidad", sino que en algún sentido se confirma nuestro punto de vista. Cuando en el idioma de todos los días se dice "que fulano tiene personalidad" o "qué personalidad tan notoria tiene zutano" o cuando se dice que "perencejo es un hombre sin ninguna personalidad", se está haciendo notar que ese individuo posee o no alguna cualidad que le hace notorio, que lo destaca de entre un conglomerado de individuos. Que posee una nota más, o una menos, que tiene una característica más o menos desarrollada que el común de los individuos de su medio y sociedad. Se está implicando que ha dejado, en cierto aspecto o momento, de ser un individuo entre individuos, para convertirse en un ser destacado y destacable: en una personalidad. En nuestra vida diaria solemos hablar, por incorrecto que aparezca a los estetas, de la "personalidad" de una obra de arte, de una sinfonía, de una escultura, de un cuadro, de un poema. Lo que con ello se quiere hacer destacar es que esa obra posee algo así como "una fuerza propia", una "fuerza interna", un "no se qué" que la hace destacar de una determinada manera. Que la hace sobresalir de entre otras semejantes. Que la hace ser digna de toda admiración e imitación y que en ocasiones la hace única en su género.

Desentrañar ese "no se qué" que presentan las personalidades [®]

9. Por ahora estas afirmaciones pueden parecer gratuitas, ya que necesitan de todo un desarrollo y fundamentación. Lo que en el momento interesa es dejar claramente establecido el sentido de "personalidad" y la manera como se va a emplear en el transcurso de la investigación.

históricas, mostrar su manera de ser y obrar, ver el por qué de la admiración que frente a ellas se encuentra, indagar su papel en la historia y la sociedad, y tal como nos lo presentan los diversos autores, es el fin que pretende cumplir esta investigación.

§ 2. Alcances y límites del problema.

Según Marc Bloch: "el objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho, los hombres".¹⁰ Lo que la historia quiere y debe explicar es, en primera y última instancia, al hombre en comunidad. Debe pues, poder reconstruir o recrear lo que otros hombres han vivido, sentido y deseado. La historia ya no puede, —si alguna vez pudo hacerlo, interesarse en un hombre abstracto, eterno, inmutable; en una noción y concepto de un hombre absolutamente idéntico a sí mismo en todos y cada uno de los momentos de su vida y análisis. La historia, nos dice Lucien Febvre, se interesa por "los hombres dotados de múltiples funciones, de diversas actividades, de variadas preocupaciones y actitudes, que se mezclan, se esconden, se contradicen y acaban por concluir entre ellos un compromiso de paz, un *modus vivendi* que se llama Vida".¹¹ La historia no puede seguir siendo considerada como una descarnada y fría ciencia de hechos, como una larga y monótona enumeración de acontecimientos, más o menos importantes, más o menos dicentes. Aunque es indudable que en todo relato y narración histórica se debe encontrar un encadenamiento de hechos, de sucesos, de acontecimientos, pero estos sólo llegan a ser inteligibles por los motivos humanos que en ellos se pueden encontrar.¹² El historiador debe comprender los actos, los sucesos, por la comprensión de la conciencia de sus autores. Así la historia se nos presenta transformada de ciencia de hechos abstractos, en que era tenida, en ciencia de hechos humanos.

10. Marc Bloch, *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, trad. P. González Casanova y M. Aub, México, 1952, p. 25.

11. Lucien Febvre, *Combats Pour L'Histoire*, ed. Armand Colin, París, 1953 p. 21.

12. Puesto que, y ello es bien claro, sin una cronología establecida con mayor o menor exactitud aparece como siendo del todo imposible obtener una cierta seguridad del orden aclaratorio en que se sucedieron los acontecimientos. Así como también se hace imposible la investigación sin nombres, sean de culturas, pueblos, y lugares y, por qué no de personas. Más adelante volveremos a tratar con más amplitud este punto.

La historia es como dice, en alguna parte de su obra, y con toda razón, Foustel de Coulanges: "ciencia de las sociedades humanas". Pero es también, por ello mismo, la ciencia del hombre en sociedad. Es la "empresa razonada de análisis" de que nos hablaba Bloch. Es la ciencia que tiene por objeto al hombre de una época, de un lugar determinado y de una sociedad concreta. Que tiene en cuenta, por encima de muchas otras cosas, al hombre en su dimensión temporal y en su ámbito social. Si la historia es, como creemos, "la ciencia de los hechos humanos", debe constantemente tener en cuenta y recurrir al estudio de la acción de los hombres. No debe en ningún momento olvidarse que es "esa psicología de los muertos" de que hablaba Tarde,¹³ que enseña a los vivos cual ha sido su realidad y cual es su presente, cual ha sido su obra y cual su resultado.

No sólo en la historia considerada desde este punto de vista, sino en la historia como se ha venido considerado comúnmente, es decir, en la historia meramente narrativa, en la historia anecdótica, en la historia que tiene como fin una mera acumulación y elucidación de datos, una investigación en torno del papel de las personalidades no deja de tener una gran importancia. Importancia, que, en este caso, se puede encontrar tras un ligero examen de cualquier manual, por más especializado que sea su tema. Tal es el caso de Charles Seignobos, quien en una de sus más difundidas obras, *Historia Política de la Europa Contemporánea*, claramente se expresa de la manera siguiente: "La Revolución de 1830 fue la obra de un grupo de republicanos oscuros que se sirvieron de la falta de experiencia de Carlos X; la Revolución de 1848 obra de algunos agitadores demócratas y socialistas ayudados por la cobardía de Luis Felipe; la guerra de 1870 fue obra personal de Bismark preparada por la política personal de Napoleón III. A estos tres hechos imprevistos no se les encuentra ninguna causa general en el estado intelectual, político o económico del continente europeo. Son tres accidentes los que han determinado la evolución política de la Europa contemporánea".¹⁴ No es necesario el hacer un análisis muy penetrante o agudo para darse cuenta de la gran importancia que Seignobos

13. Gabriel Tarde, cit. Charles Blondel, *Introduction a la Psychologie Collective*, ed. Armand Colin, París 4 ed., 1946, p. 75.

14. Charles Seignobos, *Histoire Politique de l'Europe Contemporaine*, ed. Armand Colin, París, 6 ed., 1921, pp. 804-805. El subrayado es nuestro.

otorga al papel que en la historia pueden cumplir las personalidades. Aunque parece, por la cita anterior, que para este autor no son las personalidades más descolantes las que fungen de motores en la historia, lo son sólo las que califica de "oscuras". La evolución política no se explica, para este historiador, por la existencia de fuerzas profundas y continuas o por destacadas intervenciones de fuertes personalidades. Las personalidades son tenidas en cuenta por su acción y aspectos negativos: la inexperiencia de Carlos X, la cobardía de Luis Felipe, las equivocaciones de Napoleón III. Bismark, es en esta cita, la única figura que representa y presenta una actividad clara y concreta. En resumidas cuentas, la historia es para Seignobos, al menos como nos la presenta en esta obra, el resultado de una crisis que surge por la acumulación de acontecimientos espontáneos y, por ello mismo, imprevisibles. Accidentes que son explotados, y tal vez, encausados por individuos que poseen una cierta capacidad y una determinada visión. La historia que Seignobos nos presenta es la imprevisible y azarosa historia del surgimiento y obra de un cierto tipo de personalidades.

La importancia del estudio de las personalidades, la importancia que tiene el desentrañar su acción o evolución, la importancia de su problemática, no se encuentra tan sólo en esta forma "tradicional" de hacer historia.¹⁵ En la historia-ciencia de Bloch o Febvre no se niega en ningún momento la existencia de las personalidades históricas. Muy por el contrario, se trata de situarlas en el nivel que les corresponde. Como lo expresa claramente el exitoso intento de Febvre en su obra sobre Martín Lutero.¹⁶ Para este historiador la historia no debe ser en ningún momento la vida de ciertas personalidades responsables de una gran obra, no se le puede reducir a ser una serie indefinida de biografías de los aristócratas de la historia, es cierto, pero tampoco se puede negar su existencia con-

15. El señor I. de Guzmán Noguera, en la recopilación de datos sobre *El pensamiento del libertador*. (Biblioteca de autores Colombianos, ed. Revista Bolívar, Bogotá, 1953, p. 9), escribe lo siguiente: "La Historia la hacen pocos hombres. Sólo aquellos cuya mente posee la llama vivaz del genio, o cuya férrea voluntad creadora no encuentra obstáculos insuperables... con Bolívar comenzó la historia de Colombia". La cita es clara y no merece comentarios.

16. Lucien Febvre. *Un Destin: Martin Luther*, ed Rieder, París, 1928.

creta y su acción efectiva. Las personalidades deben ser entendidas como uno de los factores que influyen en la evolución de las sociedades y sus instituciones, como un factor que en algunas ocasiones llega a ser, hasta cierto punto, importante. Uno de los principales deberes que tiene que cumplir un investigador que quiera ser tenido como historiador es el estar atento "a ese drama perpetuo del gran hombre, del gran investigador, del gran inventor, del gran genio, a quien su obra escapa de su vida—su obra deformada, alterada su obra que, adoptada por la masa y desarrollando sus efectos en el curso del tiempo, acaba a menudo por decir lo contrario, exactamente, de lo que quería que dijese... Tal es el deber mismo del historiador".¹⁷

Existe una tercera manera de enfrentarse con los fenómenos y hechos históricos, a la que dudamos de calificar de historia. Es el género biográfico, mejor llamado "historia novelada", relatos de "vidas apasionantes", de vidas que "transformaron la humanidad". Para los autores de estas narraciones sentimentales y épicas, todo el peso de la historia descansa en los fuertes hombros de algunos "genios providenciales". Para ciertos de estos escritores, y no son lo menos, la historia real y efectiva es la que se hace o bien en las privaciones del campo de batalla o bien en las delicias del boudoir, o en los dos. Tal es el caso de la vida de Napoleón que, bajo el título de "Napoleón y el Amor", escribiera Octave Aubry.¹⁸ No deja de ser diciente el encontrar en las primeras líneas del prólogo a una biografía de Richelieu los siguientes conceptos: "el hombre que a tal punto influyera en los destinos de la cristiandad que casi puede decirse que los modeló en forma nueva".¹⁹ Se da y encuentra en esta manera de enfrentarse a la historia una clara concepción que no vacilamos de calificar de "mesiánica", de providencialista: las personalidades hacen que surja y, lo que es más importante, que progrese, que tome sus cauces propios. Ideas que encierran una fuerte resonancia romántica, pero de las ideas vulgarizadas de un romanticismo literario. En otros ensayos biográficos encontramos una diferente manera de enfocar la historia de la personalidad en turno. Se la enfoca tratando de restarle méritos o defen-

17. Lucien Febvre, *Combats...*, p. 113.

18. Octave Aubry, *Napoleón y el amor*, ed. Flammarion, París, 1946.

19. Hilarie Belloc, *Richelieu*.

diéndola contra ataques que, por algún motivo, se consideran injustificados.²⁰ Defensa o ataque que en la gran mayoría de las ocasiones depende de un punto de vista completamente subjetivo del escritor. De la atracción o repulsión que pueda sentir frente al personaje que le sirve de sujeto a su obra, o por una actitud política y religiosa determinada con la que está de acuerdo o contra la que está el biógrafo. Es del todo dable encontrar algo que pudiéramos denominar como una toma de partidos por parte del escritor, que lo lleva, no directamente a falsear la historia, pero lo acerca a deformarla, acomodando los datos que posee a sus propios puntos de vista. Tendencia a la que se ven arrastrados no sólo los escritores-biografos sino pensadores e historiadores, en el amplio sentido de la palabra. Para ejemplificar esta actitud bástenos con repetir la conocida frase de Diderot: "La historia de la humanidad, a lo largo de los siglos, es la historia de su opresión por un puñado de pillos".

No sólo en las ideas que puedan tener los historiadores sobre su profesión o en aquéllas que sobre su obra se puedan entrever en ellas mismas, encontramos una constante y fuerte inclinación a atribuir el peso de la acción y la responsabilidad de la historia a las personalidades. Sino que igual punto de vista se nos hace patente y notorio en las concepciones vulgares de la historia. Es indudable que para la opinión común el pivote central de todo acontecer se encuentra constituido e individualizado por alguna o en alguna personalidad. El hombre común siempre espera que surja un hombre excepcional para que logre modificar un estado de cosas que no le es favorable o con el que no está conforme. El hombre común está acostumbrado a ver la historia como el historiador común se le ha mostrado: sucesión de nombres de héroes, en el sentido más elemental de la palabra: guerreros. "La pasta de la humanidad, nos dice un historiador de la literatura, no puede elevarse sin el fermento del heroísmo, la humanidad no puede estar sin héroes... se admira lo que es grande por naturaleza... se admira al héroe... el héroe es la encarnación de la idea de grandeza que tienen los hombres".²¹

En conclusión, parece ser que la historia, en cualquier grado de cientificidad en que se encuentre, no puede pasarse sin tener

20. Ver por ejemplo, Paule Henry-Bordeaux, *María Estuardo*.

21. Pierre-Henri Simon, *Próces du Heros*, ed. du Seuil, París, 1950, pp. 16-17.

muy en cuenta el papel que en ella han desempeñado las personalidades. Papel, que parece cumplir el oficio de uno de sus principales, sino el más importante, de sus fundamentos y problemas. Fundamento que salvo en las más modernas y asentadas corrientes de la historia no da en modo alguno la impresión de estar lo suficientemente establecido. Aparece como poseyendo todas las características de un ser aceptado porque sí, a priori. A partir de este concepto, así tratado o maltratado, se pretende constituir y constituir una historia que nos muestre lo que la humanidad ha hecho y lo que, en un idílico futuro, deberá hacer. Pero lo que realmente se puede encontrar no es otra cosa que una múltiple y variada gama de puntos de vista, que sólo coinciden cuando se encuentran encuadrados dentro de marcos de muy amplias actitudes de enfrentarse con el mundo. Que dependen, y en no poca medida, del carácter individual, subjetivo, del investigador, de su posición social, de su credo religioso o político. En suma, de su concepción del mundo, la sociedad y el acontecer. Creemos que se debe dejar de lado, en historia como en cualquier otro campo de análisis cultural, todo apriorismo o actitud preconcebida para dedicarse a un examen frío y sin prejuicios. Para poder determinar en lo posible, y en lo que tiene que ver con esta investigación o con cualquier otra semejante, si la historia refleja principalmente o no móviles individuales o actitudes colectivas, acciones de base o de superestructuras, libre acción o creación de personalidades o sometimiento colectivo a leyes o entidades supra-humanas. —Esto no quiere decir que promulguemos que frente a toda investigación el estudioso debe dejar de lado, por ser aberrantes, las llamadas ideas preconcebidas. Muy por el contrario actualmente nos parece que son del todo necesarias en los momentos iniciales de cualquier análisis con pretensiones científicas. No se puede olvidar que lo que una investigación pretende hacer no es otra cosa que probar, fundamentar y desarrollar una hipótesis, una idea preconcebida. Lo que si creemos que se puede y debe ser dejado de lado, no sólo por aberrante sino paralizador, es el pretender mantener una determinada hipótesis cuando en el transcurso de la investigación se llegan a obtener conclusiones que directamente la niegan o contradicen. Lo que también pretendemos que puede tener validez, aunque solamente ideal y normativa, es el dejar de lado en una investigación, y especialmente si ésta es histórica, las influencias que sobre ella

puedan tener ciertos puntos de vista meramente personales y de, por tanto, muy restringida esfera de validez. Por ello no es oportuno recordar las palabras de Pierre Bayle, "Todos aquéllos que conocen los deberes del historiador están de acuerdo en que el historiador que quiera cumplir fielmente sus funciones debe despojarse del espíritu de lisonja y del espíritu de maledicencia y ponerse lo más posible en el estado de un estóico que no es agitado por ninguna pasión. Insensible a todo lo demás, debe estar atento solamente a los intereses de la verdad... Un historiador, en cuanto tal, como Melquisedec, no tiene padre, ni madre, ni genealogía. Si se le pregunta: ¿De dónde eres? es menester que responda... soy un habitante del mundo".²²

La historia, es cierto, debe pasar por y tener constantemente en cuenta la acción de los hombres concretos que la han sufrido, que la han hecho; de las personalidades que la han caracterizado. Para poderlo hacer debe indudablemente definir y fundamentar lo más claramente posible la importancia y el papel que en ella se supone puedan desempeñar tanto los hombres como las personalidades. Sólo así podrá la historia transformarse, y en ciertos casos completar esa su transformación, en ciencia y dejar de ser lo que en la mayoría de los casos hasta ahora ha sido: narración de hechos y elucidación de fechas.

El problema de las personalidades ocupa si no un lugar relevante al menos uno importante en la investigación sociológica propiamente dicha y en la reflexión filosófica en torno de la sociedad. Así encontramos como para uno de los primeros iniciadores de la moderna sociología de expresión francesa, Gabriel Tarde, la fuerza que mueve y hace evolucionar a las sociedades es la imitación y el contagio que en ella se pueda desarrollar. El contagio social o político, en este caso uno y otro se confunden, surge del posible beneficio que un individuo pueda obtener de las ideas que imperan o que se encuentran latentes en el momento en que le toca y corresponde obrar. "Un hombre apasionado, escribe Tarde, llevado de un deseo impotente de conquista, de inmortalidad, de regeneración humana, encuentra una idea que abre a sus aspiraciones una

22. Pierre Bayle, *Dictionnaire Historique et Critique*, Art. Ussom, rem. F., cit. en Nicolás Abbagnano, *Historia de la filosofía*, ed. Montaner y Simón, Barcelona, 1955, vol. II, pp. 301-302.

salida inesperada... le obliga, le exalta, y helo convertido en apóstol".²³

Para Tarde la gran fuerza que se da en la sociedad es la imitación de las ideas, fuerza que llega a anularse si no puede encontrar un individuo que se la apropie, que se haga uno con ella para poderla hacer actuar y mostrarla a los demás. La admiración que la personalidad, vocera de la idea, puede hacer surgir en sus conciudadanos despierta "el sonambulismo social" y con él a la sociedad. Así pues, gran parte de la evolución social toma su punto de origen en y mediante la acción de ciertos hombres, de ciertas personalidades.

Si Tarde concede una importancia franca y decidida en el desarrollo de las sociedades a las personalidades, no lo hace así el gran iniciador de la moderna sociología científica: Emile Durkheim. El papel que las personalidades pueden efectivamente desempeñar y mostrar en el desarrollo de las sociedades es para Durkheim meramente secundario, por no decir íntimo y aparente. "Los fenómenos psíquicos, escribe, sólo pueden tener consecuencias sociales, cuando están tan íntimamente unidos a los fenómenos sociales, que su acción esté necesariamente confundida... Así un funcionario es una fuerza social, pero es, al propio tiempo, un individuo. De aquí se desprende que puede utilizar la energía social que tiene en su poder... y por ello tener influencia sobre la constitución de la sociedad. Es lo que sucede con los hombres de Estado, y, más generalmente, con los genios. Aún cuando éstos no llenen una función social, sacan de los sentimientos colectivos de que son objetos una autoridad que también es una fuerza social y que, en cierta medida, pueden poner, al servicio de ideas personales. Pero ya se comprende que estas cosas son debidas a accidentes individuales y, por consiguiente, no pueden afectar los rasgos constitutivos de la especie social, que es el único objeto de la ciencia".²⁴ En esta cita encontramos un cúmulo de ideas que merecen ser tenidas en cuenta, pero por ahora sólo nos detendremos en su clara idea de las personalidades y su papel social.

23. Gabriel Tarde, *Las leyes de la imitación*, trad. Alejo García, ed. Daniel Jarre, Madrid, 1907, pp. 51-52.

24. Emile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, trad. A. Ferrer, ed. Dédalo, Buenos Aires, 1959, p. 126, nota 1. El subrayado es nuestro.

A pesar de lo expresamente dicho por Durkheim al negar toda actividad social a las personalidades, no quedamos plenamente convencidos de su afirmación.²⁵ Afirmaciones que, sin lugar a dudas, tienen como punto de origen su constante e imperioso deseo por establecer y delimitar el campo específico y auténtico de lo social. Por establecer una mera diferencia entre lo colectivo y lo individual. Por diferenciar la sociedad de un mecánico conglomerado de individuos. Puntos de vista que, con variantes, continúan sosteniendo los diferentes autores que forman parte del Año Sociológico. En la frase citada encontramos elementos para dudar de esas afirmaciones. Vemos como a pesar de que se niega a las personalidades, hombres de estado y genios, toda función social, —lo cual es un poco duro—, se les reconoce la capacidad de crear, de producir, “una influencia sobre la constitución de la sociedad”. Influencia que no se nos dice hasta qué grado pueda ser efectiva o creadora, negativa o retardataria, o hasta qué punto sólo está al servicio de personales intereses. En el actual momento de la investigación, elucidar lo anterior no tiene gran importancia, lo que nos interesa es tratar de mostrar cómo, también para Durkheim, las personalidades pueden cumplir una función social y poseer una problemática propia. No podemos menos que encontrar, a pesar de los argumentos que nos dá este autor, que aún en esta concepción negativa del papel de las personalidades se les dá y atribuye una cierta importancia en la vida de la sociedad. Y aunque esto no fuera así, no disminuye la importancia que entraña a su estudio y la necesidad que de él se tiene. Sólo habría un cambio de potencia: el problema radicaría en ver el por qué no tienen las personalidades ninguna importancia y por qué no cumplen ningún papel.

Un punto de vista emparentado con el de Durkheim es el sostenido en la mucho más reciente obra de Georges Gurvitch.

25. Las preguntas que quisiéramos hubiera contestado Durkheim se pueden formular de la manera siguiente: ¿Está o no una sociedad constituida por individuos? ¿Hasta dónde se puede reducir el papel de los individuos a meros accidentes sin consecuencias sociales? ¿Son el político y el genio individuos descolantes en una sociedad? ¿Si lo son qué papel desempeñan en ella? ¿Si no lo son, daría lo mismo que existieran o no? ¿Si no lo son, qué factores los reemplazan? Como decíamos, Durkheim ni se planteó ni da respuesta clara a estas preguntas. Pero quienes se las plantean no pueden menos que ver una incongruencia en el párrafo anteriormente citado.

Para este sociólogo, el considerar la existencia de un determinismo social y de una libertad humana depositadas en los individuos, mejor en una conciencia individual, es un prejuicio que no se debe tener en cuenta y que no debe darse y encontrarse más en ninguna investigación sociológica. Gurvitch se expresa de la siguiente manera: “Caracterizar la realidad social como rutina, tradición, estabilidad, organización fija o, más aún, como continuidad y uniformidad, proyectando en el individuo todo lo que es innovación, iniciativa, invención, creación, así como discontinuidad y contingencia, es cometer un evidente error de óptica”.²⁶ Es indudable que se tiene que estar de acuerdo con Gurvitch en lo que tiene que ver con la primera parte de la cita anterior. Pero también en este caso y autor aparece siendo como un poco forzado el restar casi toda la importancia al individuo en la sociedad. —Gurvitch trata de salvar este impase con su concepción del “Nosotros” y del “Yo”, pero tampoco es este el momento de adentrarnos en la discusión de este punto de vista—. El restarle importancia al individuo implica, como es claro y obvio, negar la existencia de esos individuos particulares que hemos venido llamando personalidades. Pero, tal como en el caso anterior, esta negación no resta mayor importancia al problema y tema que nos hemos propuesto. No podemos ni queremos en este estadio de la investigación tomar un partido definitivo. Debemos acatar tanto los enfoques positivos como los negativos, no nos debe interesar más sino su legitimidad y punto de vista personal o de escuela, que puedan resultar. Lo que si podemos hacer es lo que estamos intentando: mostrar cómo en el campo de estudio que abarca la sociología se puede formular una pregunta en torno a las personalidades, cómo es legítima su existencia y necesario su planteamiento.

Lucien Goldmann en un estudio intitulado *Ciencias Humanas y Filosofía*, sostiene la tesis de que esta ciencia debe tener como principal motivo el estudio de las cosmovisiones, intentando constituir lo que él mismo califica como una *sociología del espíritu*. Cosmovisiones que deben ser estudiadas a través de las concepciones artísticas y filosóficas; es decir, a través de las obras de filósofos y artistas, ya que éstas son las más coherentes expresiones y, también, las más adecuadas manifestaciones de la humanidad. Expresiones.

26. Georges Gurvitch, *Determinismos sociales y libertad humana*, Presses Universitaires de France, Paris, 1953, p. 2.

siones que tienen la particularidad distintiva de ser a la vez individuales y colectivas. El sociólogo del espíritu debe estudiar las diferentes cosmovisiones desde dos diferentes niveles: de la conciencia real de la sociedad en las que surgen primero, y, en el segundo, debería estudiar la expresión coherente de las diferentes visiones del mundo.²⁷ Para esta segunda forma de análisis se presenta como siendo de vital importancia la existencia concreta real y efectiva de obras filosóficas y artísticas, lo mismo que el conocimiento de la vida de las personalidades excepcionales que las construyeron. Parece que no es necesario subrayar el preponderante papel que Goldmann señala a las personalidades en esa su sociología del espíritu. —Desgraciadamente no conocemos ninguna investigación concreta efectuada con este atrevido método y los propósitos que señala Goldmann.

En la reflexión filosófica en torno de la historia y de la sociedad encontramos que las personalidades no sólo son tenidas en cuenta, sino que la diferente manera de su aceptación llega a definir el carácter general de la filosofía y de su autor. Se puede hablar de un individualismo, de un colectivismo, etc. El problema de las personalidades y de su acción no sólo se encuentra en las filosofías llamadas idealistas o subjetivistas, donde es mucho más comprensible que esto surja, sino también en las posiciones filosóficas, más radicalmente colectivistas, en filosofías donde parecería que la interpretación histórica descansa en leyes y formulaciones socio-económicas o en algo semejante.

En otro campo en el que las personalidades y su problemática tienen una amplia cabida es en el de los estudios de ética, de moral, tanto en su aspecto teórico como en las investigaciones que sobre estos hechos concretos se pueden efectuar. Basta con hojear someramente cualquier trabajo efectuado en estos campos para encontrarnos con tesis semejantes a esta: "De igual manera que la historia en épocas pasadas tenía como fin guiar la acción política, la conciencia moral tiene aún por finalidad la de esclarecer las iniciativas y supremas"²⁸, sostenida por Masson-Oursel. No sólo para este autor sino

27. F. Lucien Goldmann, *Ciencias humanas y filosofía*, Presses Universitaires de France, París, 1953, p. 133 ss.

28. Paul Masson-Oursel, *La moral y la historia*, Presses Universitaires de France, París, 1955, p. 138.

para, por ejemplo, Bergson, Lacombe y Berr, los ideales morales, la ley moral, sólo aparece cuando es encarnada en un santo o en un héroe, convirtiéndose las personalidades en guías de la moral. Convirtiéndose su peculiar manera de obrar en paradigmas a seguir, en actitudes a imitar.

Antes de entrar a esbozar la importancia que nuestro problema encuentra en la filosofía francesa contemporánea, creo que es conveniente examinar muy rápidamente ciertos puntos de vista que se pueden encontrar en filósofos de otras nacionalidades. Concepciones que, espero, ayudarán a comprender mejor la importancia que el problema de la personalidad tiene en ciertas formas de reflexión filosófica. —Nos damos clara cuenta que con ello nos salimos de los lineamientos generales trazados para este estudio. Pero no siempre es posible permanecer en ellos. Así como no se puede considerar efectivamente a ninguna manifestación cultural de una manera aislada, como si fuera única e insular, tampoco podemos considerar los movimientos filosóficos nacionales, (si es posible hablar de movimientos nacionales circunscritos a estrechos y restringidos límites geográficos, que son, las más de las veces, arbitrarios y que casi nunca corresponden a estrechas esferas de influencia o interinfluencias culturales), como entidades aisladas, como si fuesen únicos. A pesar de que siempre trataremos de quedarnos dentro del pensamiento escrito en francés, habrá ocasiones como la actual, en que nos veremos precisados a no hacer caso a los límites nacionales o ideomáticos. Discúlpenos, pues, estos saltos. Trataremos de que sean lo menos frecuentes que se pueda—.

Hegel por ejemplo, da una máxima importancia al papel de las personalidades en la historia, al papel de las personalidades como encarnaciones del *Espíritu Absoluto*, de la *Idea*. Bien conocida, y hartó repetida, es su frase sobre la personificación de la totalidad de la historia en la figura de un Napoleón a caballo. En sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* encontramos muy claramente expresado el concepto de que el progreso tiene sus instrumentos en las figuras máximas de la historia: en los héroes. En esos clarividentes que conocen cual es la verdad de su sociedad y su momento, que logran conocer cual es o va a ser la nueva figura dialéctica del desarrollo del "Espíritu" que necesariamente ha de surgir.

Frente a ellos "los demás deben obedecerles, porque lo sienten".²⁹ Hegel no se queda en este otorgar tan destacada importancia a las personalidades, sino que enfáticamente rechaza todo punto de vista que trate o busque obscurecer su acción, que tienda a empujarse o limitar a los grandes hombres. Para Hegel, en la *Fenomenología del Espíritu*, esta es la opinión "de los ayudados de cámaras psicológicos para quienes no hay grandes hombres, no porque éstos no sean héroes, sino porque ellos son solamente ayudados de cámara".³⁰

Para Simmel: "Derecho y Costumbre, Lengua e Ideología, Cultura y Trato Social, de hecho no se producen sin una actividad consciente de algunos individuos".³¹ La filosofía de la historia debe ocuparse, por lo menos en parte, de lo individual, que se manifiesta y presenta por intermedio de las "Personalidades absolutamente únicas". Otro pensador alemán, Eric Rothaker, sostiene la tesis de que la historia sólo llega a obtener una especial, particular y propia configuración cuando desde el fondo de las nacionalidades surgen "personalidades relevantes" que configuran lo que denomina un "estilo nacional".³² Meinecke propone la sustitución de una consideración de las fuerzas históricas humanizadas por una consideración individualizadora, personificadora, de la historia.³³ Para Max Scheller la importancia de las personalidades es bien grande no sólo por ser las más concretas manifestaciones de los diferentes valores que se han dado en la humanidad sino porque ve en ésta nuestra época un rápido y urgente cambio de las clases dirigentes que hacen imprescindible el conocer qué es, cómo se manifiesta y cómo actúa un jefe, un director social o un guía cultural, para poderlo escoger lo más apropiadamente que sea posible.³⁴

29. G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. José Gaos, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1953, vol. I, p. 79.

30. G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, cit. en su *Filosofía del Derecho*, trad. A. Mendoza de Montero, ed. Claridad, Buenos Aires, 1955, p. 124.

31. George Simmel, *Problemas de la filosofía de la historia*, trad. Elsa Thering, ed. Nova, Buenos Aires, 1950, p. 30.

32. Eric Rothaker, *Filosofía de la historia*, trad. Hilario Gómez, ed. Pegaso, Madrid, 1951, p. 19 ss.

33. Friederich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, trad. José Mingorrio y Tomás Muñoz, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1953, cf. Advertencia Preliminar.

34. Cf., Max Scheller, *El Santo, el genio, el héroe*, trad. Emile Marmy, ed. Vitte, Lyon, 1958.

Para el principal sostenedor del pragmatismo en su versión norteamericana, William James, los cambios de las sociedades y, por tanto, de la historia, en las diferentes generaciones se deben "de modo directo e indirecto a los actos y ejemplos de los individuos cuyo genio estaba a tal punto adaptado a las necesidades del momento... que se hicieron fermentos, iniciadores de movimientos".³⁵

Para concluir este rapidísimo recorrido citemos tres nombres más, pero ahora encuadrados en una corriente filosófica absolutamente opuesta a las anteriores: el *materialismo histórico*. Para Plékhanov, "son los hombres los que hacen la historia y, en consecuencia, la acción de los individuos juega necesariamente un papel". La fuerza de las personalidades hacen que en algunos casos, no poco numerosos, cambie el transcurso de la historia. Más aún, las características más propias e íntimas de las personalidades desempeñan un papel de importancia en la historia. Introducen en ella particularidades que no se explican únicamente por las leyes generales del desarrollo de un pueblo, sino que son debidas en gran parte a la existencia y acción de lo que se puede llamar "los accidentes de la vida privada" de las personalidades.³⁶ La personalidad, según Plékhanov, influyen directa y concretamente en la historia es cierto, pero siempre y cuando den o representen una respuesta a las necesidades sociales concretas de su época. Kostantinov en su obra sobre *El Materialismo Histórico* llega a escribir: "Aún rechazando el absurdo idealista de que las personalidades descolantes pueden crear la historia a arbitrio, el materialismo histórico reconoce la inmensa importancia de las individualidades destacadas".³⁷ Tanto Plékhanov como Kostantinov no hacen otra cosa que el complementar, reproducir y, en cierta manera, ampliar tesis que, con anterioridad a ellos, fueron clara y abiertamente sostenidas por Marx y Engels. Bástenos para aclarar lo anterior aducir la siguiente cita de Marx. "La Historia tendría un carácter muy místico si las "casualidades" no desempeñaran un papel, como es natural las casualidades forman parte del curso general del desarrollo y son compensadas por otras casualida-

35. William James, "Great Men and Their Environment", en *Selected Papers on Philosophy*, ed. Everyman, New York, p. 174.

36. Georgui V. Plékhanov, "El papel del individuo en la historia", en *Las cuestiones fundamentales del marxismo*, ed. Sociales, París, 1957, p. 245.

37. F. V. Konstantinov, *El materialismo histórico*, trad. W. Rocés y A. Sánchez V., ed. Grijalvo, México, 1957, p. 285.

des. Pero la aceleración o lentitud del desarrollo dependen en grado considerado de estas casualidades, entre las que figuran el carácter de los hombres que encabezan el movimiento al iniciarse éste".³⁸

Volviendo a los filósofos franceses, es del todo dable encontrar en sus obras tesis bien semejantes a las enumeradas anteriormente. Sólo citaremos algunos nombres, ya que en un posterior transcurso de la investigación tendremos la oportunidad de ampliar y analizar los conceptos que en ellos y en otros autores encontramos.

Bergson en su doctrina sobre el desarrollo de la humanidad da gran importancia y principalísimo lugar al "genio". Que no es ni el conductor político, ni el conquistador, ni el científico sino el místico que con su ejemplo es capaz de transformar una "religión estática" en una "religión dinámica". El hombre que es capaz de convertir una "sociedad cerrada" en una "abierta". La historia y el desarrollo de la sociedad son, para el autor de *Las Dos Fuentes de la Sociedad y de la Religión*, el producto individual de la obra de algunas o alguna personalidad determinada.

Ricoeur sostiene la tesis de que lo que la historia quiere, desea y necesita explicar y comprender son los hombres; el historiador tiene como gran meta el mostrar con la mayor claridad lo que otros hombres han vivido. La historia, y con ella el historiador, debe re-encuentrar y explicar al hombre. "La historia hace surgir los valores de la vida de hombres de otra época. Esta evocación de los valores, es finalmente la única evocación de los hombres que nos es asequible, a falta de poder revivir lo que han vivido".³⁹ El historiador para poder reencontrar y explicar los valores de los hombres que han sido debe tener muy en cuenta la existencia de las personalidades concretas que más han logrado hacerlo sobresalir. Debe aceptar por "hipótesis la fe de sus héroes", debe entrar en la problemática de esta fe "suspendiéndola". El papel que las personalidades desempeñan en la historia no es otro que el hacer posible y facilitar una "toma de conciencia" de la historia, por vía de la mediación de los valores en ellos personificados. La historia es historia "porque hay

38. Carlos Marx, *Obras escogidas*, trad. al español, ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, vol. II, p. 436.

39. Paul Ricoeur, *Historia y verdad*, ed. du Seuil, París, 1955, p. 35.

acciones singulares que cuentan, otras que no cuentan; hombres que pasan, otros que no; una batalla perdida, un jefe que muere muy pronto —¡o muy tarde!— y cambia un destino".⁴⁰

La historia para Raymond Aron, surge cuando el interés se dirige sobre realidades individuales, sobre fenómenos diferentes a otros fenómenos de la misma especie. Para Aron la diferencia entre un hecho colectivo y otro individual en historia no es muy marcada. En ambos casos lo "dato material" presenta una misma multiplicidad; la unidad debe resultar de una especie de "traducción" conceptual de la multiplicidad que representan los hechos. La diferencia surge por intermedio de la pluralidad de los hechos vividos en un momento histórico determinado. Aron presenta dos diferentes maneras de abordar el estudio de un momento histórico: comprender lo más objetivamente posible los actos de los hombres sin relacionarlos con las conciencias individuales que en ellos se puedan encontrar. La segunda manera de enfrentarse al problema implica una vuelta a la psicología como interpretación de la historia, puesto que la realidad histórica aparece en un nivel de orden intelectual y/o de conductas, de experiencias vividas y revivibles.⁴¹ En este segundo momento no deja de tener una cierta importancia el elucidar la actividad y actitud propia de las personalidades que entran en juego, puesto que es en ellas donde más claramente se encuentra la expresión de las conductas y experiencias vividas.

Sartre, en su último libro teórico, quiere mostrarnos cómo en nuestro momento histórico "la historia se hace sin conocerse", cómo en nuestra época no suele darse un conocimiento apropiado de los motores históricos,— salvo en ciertas corrientes marxistas. Para Sartre constituye uno de los más importantes aspectos de la reflexión intelectual contemporánea el tratar de mostrar y demostrar cuáles son, cómo se manifiestan y cómo obran estos motores. El papel de las personalidades debe ser tenido en cuenta para la solución de este impase, ya que se las puede considerar como uno o unos de los más efectivos motores históricos. Para Sartre, las personalidades viven lo universal y "esta universalidad toma la figura, el cuerpo y la voz de los jefes que se han dado; el suceso mismo, aunque sea un apa-

40. Ricoeur, *op. cit.* p. 93.

41. Cf. Raymond Aron, *Introducción a la filosofía de la historia*, ed. Callimard, 2 ed. París, 1938, p. 114 ss.

rato colectivo, se encuentra más o menos marcado por signos individuales, las personas se reflejan en la medida misma en que las condiciones de lucha y de estructura del grupo le han permitido personificarse".⁴²

Para finalizar con el recuento de este panorama recordemos las significativas palabras de Merleau-Ponty, para quien los héroes, las personalidades, y su culto han existido siempre: "La fe, nos dice, una vez despojada de ilusiones ¿no es lo mismo que ése movimiento por el cual, uniéndonos a otros y uniendo nuestro presente a nuestro pasado, logramos que todo tenga un sentido, terminamos con una palabra precisa el discurrir confuso del mundo? Los santos del cristianismo, los héroes de las revoluciones pasadas, jamás han hecho otra cosa. Simplemente trataban de creer que su lucha ya estaba ganada en el ciclo o en la historia. Los hombres de hoy no tienen ese recurso. El héroe de los contemporáneos no es Lucifer ni siquiera Prometeo: es el hombre".⁴³

42. Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, ed. Gallimard, París, 1960, p. 84.

43. Maurice Merleau-Ponty, "El héroe, el hombre", en *Sentido y sin sentido*, ed. Nagel, París, 1948, p. 380.

CAPITULO II

PERSONALIDAD E HISTORIA

§ 3. Significación de la voz "historia".

Es bien común encontrar que se suele emplear la palabra *historia* con más de una significación, mentando más de una realidad o forma y manifestación de ella que, como es bien claro, induce en más de una ocasión a lamentables confusiones, equívocos y malentendidos. En efecto, subjetivamente, se puede considerar a la historia como la narración actual del pasado humano. Objetivamente, se la puede ver conociendo ese pasado en cuanto tal. Se pueden distinguir en el empleo usual del vocablo historia otros dos sentidos: Indica el desarrollo objetivo de los acontecimientos y sucesos en el tiempo. Es decir, designa, se refiere y tiene que ver con los hechos concretos y los nexos que se puedan encontrar entre ellos o que se les pueda atribuir. Bajo el amplio rótulo de historia se mienta también, una manifestación concreta del pensamiento, una disciplina intelectual, que muestra tener como principal finalidad y motivo la elucidación y conocimiento del pasado, particularmente del que presenta la humanidad. Pero no sólo caen las anteriores acepciones bajo el término genérico y omnicomprendivo de historia, es del todo dable encontrar algunas más. Efectivamente, esta voz puede referirse tanto al acto de escribir o de describir el acaecer de algo, de alguna cosa. Así como al simple hecho de lo que ha sucedido. Este último sentido puede fácilmente, y realmente, descomponerse en varios otros; mejor, se le pueden encontrar varios otros matices que indican una notable diferencia. Tales serían, por ejemplo, entendiendo por historia lo que ha acontecido dentro de unos ciertos límites de espacio y tiempo, —historia de una cultura, sociedad o clase social—, es decir la historia de una estructura que presenta una determinada continuidad. Pero también es historia, también cae dentro de sus notas un matiz que bien pudiéramos llamar filosófico. Este será el que se encuentra cobijado bajo expresiones tan usuales en la literatura filosófica contemporánea como son los siguientes: "momento histórico", "la existencia histórica del hombre", "yo y mis circunstancias", "el hombre está en situación", es decir está en la historia, en su historia y de ella depende.

rato colectivo, se encuentra más o menos marcado por signos individuales, las personas se reflejan en la medida misma en que las condiciones de lucha y de estructura del grupo le han permitido personificarse".⁴²

Para finalizar con el recuento de este panorama recordemos las significativas palabras de Merleau-Ponty, para quien los héroes, las personalidades, y su culto han existido siempre: "La fe, nos dice, una vez despojada de ilusiones ¿no es lo mismo que ése movimiento por el cual, uniéndonos a otros y uniendo nuestro presente a nuestro pasado, logramos que todo tenga un sentido, terminamos con una palabra precisa el discurrir confuso del mundo? Los santos del cristianismo, los héroes de las revoluciones pasadas, jamás han hecho otra cosa. Simplemente trataban de creer que su lucha ya estaba ganada en el ciclo o en la historia. Los hombres de hoy no tienen ese recurso. El héroe de los contemporáneos no es Lucifer ni siquiera Prometeo: es el hombre".⁴³

42. Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, ed. Gallimard, París, 1960, p. 84.

43. Maurice Merleau-Ponty, "El héroe, el hombre", en *Sentido y sin sentido*, ed. Nagel, París, 1948, p. 380.

CAPITULO II

PERSONALIDAD E HISTORIA

§ 3. Significación de la voz "historia".

Es bien común encontrar que se suele emplear la palabra *historia* con más de una significación, mentando más de una realidad o forma y manifestación de ella que, como es bien claro, induce en más de una ocasión a lamentables confusiones, equívocos y malentendidos. En efecto, subjetivamente, se puede considerar a la historia como la narración actual del pasado humano. Objetivamente, se la puede ver conociendo ese pasado en cuanto tal. Se pueden distinguir en el empleo usual del vocablo historia otros dos sentidos: Indica el desarrollo objetivo de los acontecimientos y sucesos en el tiempo. Es decir, designa, se refiere y tiene que ver con los hechos concretos y los nexos que se puedan encontrar entre ellos o que se les pueda atribuir. Bajo el amplio rótulo de historia se mienta también, una manifestación concreta del pensamiento, una disciplina intelectual, que muestra tener como principal finalidad y motivo la elucidación y conocimiento del pasado, particularmente del que presenta la humanidad. Pero no sólo caen las anteriores acepciones bajo el término genérico y omnicomprendivo de historia, es del todo dable encontrar algunas más. Efectivamente, esta voz puede referirse tanto al acto de escribir o de describir el acaecer de algo, de alguna cosa. Así como al simple hecho de lo que ha sucedido. Este último sentido puede fácilmente, y realmente, descomponerse en varios otros; mejor, se le pueden encontrar varios otros matices que indican una notable diferencia. Tales serían, por ejemplo, entendiendo por historia lo que ha acontecido dentro de unos ciertos límites de espacio y tiempo, —historia de una cultura, sociedad o clase social—, es decir la historia de una estructura que presenta una determinada continuidad. Pero también es historia, también cae dentro de sus notas un matiz que bien pudiéramos llamar filosófico. Este será el que se encuentra cobijado bajo expresiones tan usuales en la literatura filosófica contemporánea como son los siguientes: "momento histórico", "la existencia histórica del hombre", "yo y mis circunstancias", "el hombre está en situación", es decir está en la historia, en su historia y de ella depende.

Esta polivalencia que presenta el término historia ha sido tratado de salvar en más de una manera. Se han tratado de diferenciar por medio del empleo de mayúsculas y minúsculas.¹ Por medio del empleo de "historiografía", que cobijaría el arte de la investigación de los hechos del pasado; "historia", que mentaría el pasado en cuanto real y en sí mismo; "Historia", que designaría toda actividad reflexiva sobre esa realidad, tanto la que se muestra por intermedio de la labor concreta del historiógrafo o del archivista, como aquella que constituye el problema fundamental de la filosofía de la historia.² No sólo de las anteriores maneras se ha pretendido salvar el grave impase terminológico que hemos señalado; Ortega y Gasset, por un lado, y Croce, por otro lado, han coincidido en señalar un nuevo tiempo de nomenclatura que pretende salvar definitivamente la presente situación. Para estos pensadores, especialmente para el primero, la expresión historia debe circunscribirse, en su empleo, para designar la realidad histórica en cuanto tal. "Una reflexión metodológica sobre la *historia rerum gestarum*"³, constituiría la ciencia, o mejor la técnica, encargada de aclarar, situar y circunscribir los conocimientos que se puedan lograr obtener de la historia en cuanto tal. Por ello bien merece recibir el nombre de *historiografía*. "El Análisis inmediato de la *res gesta*, de la realidad histórica", o sea la tradicional filosofía de la historia, sufre, de acuerdo con la proposición de Ortega, un cambio en su nombre: debería llamarse *Historología*.⁴

1. "Se escribe historia para designar la realidad histórica; *Historia*, para designar la literatura sobre la realidad histórica o la ciencia de esta realidad". José Gaos, *Orígenes de la filosofía y de su historia*, ed. Universidad Veracruzana, México, 1960, p. 11, nota 1.
2. En alemán se emplean las voces *Geschichte* e *Historie*, *Geschichtlich* e *Historisch*. Régis Jolivet propone que se empleen en francés los términos *Historique* e *Historial*, que señalaría más claramente la diferencia señalada. (Cf., "Definición y Sentido de la Historia", en *El hombre y la historia*, ed. cit., p. 11).
3. José Ortega y Gasset, *La filosofía de la historia de Hegel y la Historología en Obras Completas*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 3 ed. 1943, vol. II, p. 1520.
4. No vemos muy claramente la necesidad de dejar de lado la expresión "filosofía de la historia", para emplear la de *historología*, propuesta por Ortega y Gasset. La propia etimología de esa nueva voz, nos está indicando muy claramente que no es otra cosa que un "dar cuenta y razón" de la historia, es decir, que es filosofía de la historia, y no otra cosa. Por ello, si bien es cierto, que aceptaremos y emplearemos en lo sucesivo historia e historiografía en el sentido que le da Ortega, no lo haremos así con *historología*.

En cierta medida estos sentidos de la palabra historia corresponden a las dos grandes maneras que existen actualmente de enfrentarse a su estudio y a las dos amplias formas de hacer o trasladar la narración histórica. Para el historiador y crítico Henri-Irénée Marrou, se perciben en la actualidad dos maneras, dos perspectivas, de pensar, de acercarse y cercar la historia, que pueden aparecer simultáneamente o pueden surgir y darse contradictoriamente. La primera de ellas correspondería a una filosofía crítica de la historia, desarrollada a partir de Dilthey y sostenida en Alemania principalmente por Rikert, Simmel y Max Webber, en cierta medida se puede considerar que Jaspers y Heidegger se encuentran en esta misma posición. Continuadores de esta línea son en Francia: Aron, Dardel, Marrou y Ricoeur. Los sostenedores de esta amplia posición ya no conciben al historiador, o al historiógrafo, como un observador pasivo que se concreta en registrar los hechos que se encuentran dados, prefabricados, en los documentos que investigan. La historia es la obra de un espíritu activo, que la interpreta de acuerdo con su manera de ser y sus preocupaciones, imprimiéndole el sello de su estructura mental. No se podría ya considerar al conocimiento histórico como una mera copia pasiva de su objeto. Se encuentran en él rasgos y elementos de lo que se ha venido llamando una "subjetividad radical", que determina e impone los límites y fundamenta su legitimidad. Esta posición se detiene principalmente en el estudio de las condiciones de validez del método y del observador histórico. Se la puede caracterizar rápidamente diciendo que es una filosofía sobre la historia, que es una gnoseología histórica. La segunda gran manera de enfrentarse al hecho histórico corresponde a un renacimiento de una filosofía de la historia, en su sentido y aspectos más tradicionales y clásicos. Es decir, es una determinada reflexión sobre el objeto del conocimiento histórico, sobre las diferentes experiencias vividas por la humanidad en el tiempo, con vistas a obtener su significación y valor.⁵

No sólo nos topamos con variadas acepciones del término historia y con dos formas de reflexión histórica sino que también encontramos dos maneras de hacer historia, que, como en los casos

5. Henri-Irénée, "Filosofía crítica de la historia y sentido de la historia", en *El hombre y la historia*, ed. cit., pp. 3-4.

anteriores, no se encuentran totalmente separadas y, mucho menos, aisladas. A la primera de ellas se la puede llamar *Historia colectiva*, *Historia global*, este aspecto o modo de la historiografía es el que se interesa fundamentalmente por el estudio del devenir de los grupos humanos, de las naciones y, en especial de las civilizaciones. Como una de sus principales notas se encuentra el estudio y la descripción de las diferentes modalidades y valores humanos hechas por intermedio de análisis de los sucesos sociales pretéritos. Frente a este tipo de historiografía se yergue la llamada *Historia Personal*, en ella se pretende describir en conjunto la historia de las personalidades y el modo de existencia del mundo y la sociedad que las rodea. El resultado de estas dos actitudes frente a un manejar la historia debe ser, en el mejor de los casos, la investigación de un comportarse y acontecer auténticamente humano.

§ 4. Personalidades y formas historiográficas.

Trataremos de entrever el papel que desempeñan o que le son atribuidos a las personalidades en cada una de estas manifestaciones del estudio de la historia. En ella nos encontramos con un hecho primordial: La historia es la explicación de los hombres del pasado, "es el estudio de las actividades por las cuales el hombre, en el curso del tiempo, impone a la naturaleza, física, política y moral, un orden cada vez más humano, y accede el mismo, por su esfuerzo, a un sentido cada vez más perfecto de los valores que lo definen"⁶. La historia es, en resumen, el movimiento por el cual un individuo viviente aprende a conocerse reconociéndose en un mundo humano, para decirlo a la manera de Aron.

En esta historia evidentemente humana, o mejor humanizada, nos encontramos con el fenómeno de que no todos los hechos humanos, y aparentemente, los hombres que los producen, tienen una igual importancia y trascendencia. Algunos de ellos y ellas son eminentemente efímeros, tienen sólo una vigencia de momento, tan solo viven en un aquí y un ahora fugaz e instantáneo. Constituyen lo que pudiéramos llamar "la crónica de la actualidad histórica". Otros, muy por el contrario, tienen una importancia definitiva: di-

6. Jolivet, op. cit., p. 12.

rigen, orientan, dominan y determinan el curso y transcurso de la historia. Constituyen lo que pudiéramos llamar "los encabezados de sus grandes capítulos".⁷ Este segundo tipo de acontecimientos constituyen tradicionalmente el tema propio y problema central de la historia, de la historia considerada como ciencia, de la historiografía y de la reflexión filosófica sobre la historia.

Ya en páginas anteriores veíamos cómo la historia debe ser entendida como una ciencia *intencional* y no empírica. Como una ciencia que trata de discernir el sentido *legítimo* de un conjunto dado de datos, de experiencias y vivencias. Una historia en la que la "puesta en perspectiva", el encuadramiento, la ubicación, y los problemas que se deben estudiar son puestos por unos determinados hombres: los investigadores miembros de una sociedad concreta y viviendo los problemas de una época determinada.⁸ Dentro de este marco se puede decir que la historia, la historiografía y su reflexión posterior, comienza, surge con plena vida, cuando se dirige el interés humano sobre algunas realidades individuales, cualificadas o cualificables, diferentes a otros fenómenos de una misma especie.⁹ Las realidades individuales más propias, por pertenencia, de la reflexión y estudio del hombre dedicado y vocado a la historia son las humanas: "Historia ciencia del hombre, y los hechos, si: pero son hechos humanos, nos dice Febvre, el fin del historiador es reencontrar los hombres que los han vivido, y aquellos que dentro de ellos, más tarde, se han quedado, vivido en ellos, con todas sus ideas, para interpretarlos".¹⁰

Si la historia debe ocuparse preferentemente del estudio de lo individual, del hombre, debe encontrarse en un lugar destacado y preponderante dentro de ella la investigación del papel que cumplen o puedan cumplir las personalidades. Encontramos que, efec-

7. No es este el momento de enfrentarnos con el espinoso problema de cómo, porqué y cuáles son los hechos históricos que llegan a poseer importancia, que llegan a formar parte de la historia.

8. Cf. Maurice Merleau-Ponty, *Las ciencias del hombre y la fenomenología*, ed. Centro de Documentación Universitaria, París, 1961, pp. 3-4.

9. Interés que hace, como anota Aron, exista historia de todo menos de los fenómenos físicos naturales. Cf. *Introducción a la filosofía de la historia*, ed. cit., p. 31.

10. Lucien Febvre, *Combates...*, p. 13.

tivamente, para la gran mayoría de los autores es indispensable el tener en cuenta este hipotético papel. Hipotético, puesto que mientras para algunos de ellos la importancia de las personalidades es definitiva, para otros no lo es, ocupando sólo un lugar secundario entre otros muchos hechos mínimos. No deja de llamar la atención el hecho de que en no importa qué reflexión sobre la historia, se tiene en cuenta, en una forma o en otra, en un aspecto o en otro, otorgándole importancia o negándosela, el problema de las personalidades.

Para O. Philippe, la existencia y obra de ciertas personalidades son determinantes y definitivas en el curso de la historia. Así, la vida histórica de Jesús se le aparece "como iluminando los milenios". El papel que las personalidades desempeñan no sería otro que el de servir y fungir de grandes motores de la historia.¹¹ Simmel, en su obra sobre los *Problemas de la Filosofía de la Historia*, no es menos enfático: la historia se ocupa o debe hacerlo del exclusivo estudio de las personalidades absolutamente únicas. Otro autor que se decide a sostener esta tesis es Ricoeur, quien atribuye la existencia de algo así como una historia efectiva al hecho concreto de existir acciones y hombres que cuentan, que producen un efecto positivo en su medio ambiente, en su sociedad. Para Tarde, son las personalidades los únicos factores que pueden hacer despertar a una sociedad y llevarla hacia metas más elevadas, que sin ellas nunca podría alcanzar.

En cambio, para otros autores, como Aron, el problema de las personalidades es, como lo indicábamos, meramente secundario, llega a esta consideración empujado por la idea de la total inexistencia de un primer motor en la historia, de un principio causal de ella. Motor y principio, que de ser aceptados echarían por tierra las bases del método de investigación historiográfico más apropiado: el análisis y la comparación. Otros autores se ven llevados a compartir esta actitud por no conceder ninguna importancia al papel que puede desempeñar el azar en la historia. Azar que ven personificado en la figura de los grandes hombres. O bien, porque ven a la historia como resultado no de la obra de ciertas personalidades sino de un número inidentificable de individuos más o menos abstractos

11. O. Philippe, "La historia en sus relaciones con la sociología y la filosofía", en *El hombre y la historia*, ed. cit., p. 36.

e inconscientes. El sociólogo Gurvitch es uno de los más decididos sostenedores en Francia de este punto de vista. Cabe anotar que la gran mayoría de los sociólogos y antropólogos comparten este punto de vista. Quizás debido en parte a su origen, en parte a una escasez de material, y esto especialmente en lo que se refiere a los etnólogos, la orientación general de estas dos ciencias sociales ha sido la de minimizar el papel del hombre de excepción, para describir las creencias del grupo social en cuanto grupo y en cuanto unidad. Ortega y Gasset al escribir que "la historia, como la agricultura, se nutre de los valles y no de las cimas, de la altitud media social y no de las eminencias",¹² francamente se adhiere a esta tesis.

Es posible encontrar una posición intermedia, que da y quita y trata de asimilar algunas notas de ambos puntos de vista. Posición que corresponde, por ejemplo, a la que vienen sosteniendo los autores marxistas contemporáneos. El problema que nos ocupa, el problema de la participación de las llamadas masas y de las personalidades en la historia es uno de los problemas centrales de la concepción materialista de la historia. En una obra de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.¹³, claramente se encuentra la idea de que en ningún momento el marxismo niega el papel de las personalidades, pero siempre viéndolas en tanto que dirigentes de partido y estadistas, que puedan desempeñar en la evolución de las sociedades. Pero llega a sostener la tesis de que no son en ninguna medida las fuerzas decisivas o determinantes de esta evolución.

¿A qué se debe que se sostengan estos tan diferentes puntos de vista?

De una manera amplia y general se puede decir que el sostener una determinada posición frente al problema de las personalidades, en cierta medida, se debe y se produce de acuerdo con la concepción filosófica que se tenga del mundo. Ya que se puede considerar que la teoría de la historia se confunde con una teoría del hombre y del mundo, es decir, con una filosofía. Por otra parte, el desarro-

12. José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, ed. Austral, Buenos Aires, 4 ed., 1941, p. 51.

13. Cf. Academia de Ciencias de la U.R.S.S., *El papel de las masas populares y de la personalidad en la historia*, trad. M.B. Dalmacio, ed. Cartago, Buenos Aires, 1959, p. 63 ss.

llo y la evolución que se puede notar en las investigaciones históricas claramente se encuentran subordinados a una evolución y desarrollo anterior en la filosofía. Así, encontramos una "historia romántica" que corresponde a una filosofía romántica, una "historia fenomenológica" que corresponde a una filosofía fenomenológica, etc. También se debe tener en cuenta que la evolución o transformación de las sociedades determina, guía, por no decir crea, las concepciones que puedan existir sobre el mundo. Concepciones que son causa y objeto de una reflexión política, en el mejor y más amplio sentido de la expresión, de una teoría del hombre social, es decir de una filosofía. Concatenación de hechos que claramente podemos encontrar ejemplificados con el surgimiento de las llamadas teorías y morales "Heróicas" en momentos de recrudescimiento de ciertas posiciones políticas, en el más restringido y peor sentido de la expresión, que suelen ser llamadas totalitarias, pretendidamente fundamentadas en filosofías absolutistas. O cuando, debido a fuertes conmociones o transformaciones sociales, guerras o revoluciones, surge la necesidad de actuar y vivir, para sobrevivir, como héroe.

"Hay, por lo menos en la vida literaria muchos signos de una vuelta a la paz. Ya el héroe se aleja y, contra las morales 'heróicas' se elevan protestas que hoy son discretas y mañana serán públicas",¹⁴ escribe Merleau-Ponty en momentos inmediatamente posteriores al finalizar la segunda guerra mundial. En este párrafo se nos muestra cómo durante una guerra, época de indiscutible conmoción social, resurge, y por necesidades vitales, con un nuevo vigor la problemática de las personalidades. Con ello se explica también el porqué de 1945 a 1955 se publican con cierta irregularidad artículos y obras que si no están completamente dedicados al estudio de las personalidades, al menos son constantemente tenidas en cuenta. Es bien digno el hecho de que el "VI Congreso de Filosofía de Lengua Francesa" se haya dedicado al estudio de las posibles relaciones que pueden darse entre el hombre y la historia, en las ponencias presentadas en él se encuentran constantes y repetidas referencias al problema que nos viene ocupando.

Sería adoptar una posición parcial y simplista el aceptar como

14. Maurice Merleau-Ponty, "El héroe, El hombre", en *Sentido y Sinsentido*, ed. Nagel, París, 1948, p. 371.

únicas determinaciones y fundamentos del retorno al estudio de las personalidades en la historia las anteriores. No debemos olvidar que su existencia es un hecho innegable, del que se encuentra constantes referencias en la vida diaria (posible). Con más frecuencia de la que muchas veces es deseable se encuentran notas en los periódicos sobre la existencia de personalidades, en el sentido restringido en que empleamos la palabra. Los titulares de los diarios nos hablan de la existencia, de la labor y del impacto de estadistas destacados, de geniales inventores, de atrevidos cosmonautas, etc. Un hecho tan notorio, tan fácilmente notorio, tiene que haber influido directamente en los historiadores, y en general, en todo aquél que consciente o inconscientemente se pregunte sobre la realidad histórica, en todo aquél que se preocupe de efectuar una reflexión en torno de la historia. El hecho de que hasta hace muy poco tiempo se haya considerado a la historia como reducida al estudio y narración de la vida y acción de ciertas personalidades nos puede ayudar para aclararnos el porqué de esa casi universal aceptación, o preocupación, de la existencia de personalidades influyentes en la historia.

Las premisas básicas de las posiciones filosóficas fundamentales y fundamentantes pueden llegar a determinar la aceptación, la importancia o negación de ella, la forma de estudio y el papel que se conceda a la obra de personalidades. Es completamente comprensible que una filosofía que sostenga como rasgo saliente y típico, por ejemplo, la identidad de lo finito y lo infinito se vea conducida a considerar, si quiere ser fiel consigo misma, a las personalidades o bien como manifestaciones y encarnaciones de un Absoluto, Hegel, o bien como manifestaciones del poder divino, como instrumentos de una providencia que domina y rige la historia, Carlyle. En una concepción filosófica que sostenga que el hombre se encuentra encerrado en la cadena causal de la estructura del medio, al que debe adaptarse y se adapta, fácilmente se ve conducida a empobrecer y subestimar la importancia de las personalidades en el desarrollo de la vida de las sociedades y a atribuir todo el peso de la acción a ciertos procesos de índole económico-social. Tal es el caso de la mayoría de las posiciones materialistas y, más particularmente, el de concepciones positivistas y sociológicas como las de Durkheim.

Como hemos visto, se puede decir hasta ahora que casi ningún autor rechaza totalmente la importancia de las personalidades en el

desarrollo de la vida de las sociedades. Algunos afirman que son las modeladoras y guías de la historia. Otros, que si desempeñan algún papel en ella es definitivamente secundario y sin mayor importancia o, también se suele decir, se encuentra anulado por otros muchos factores. Creemos, que afirmar lo primero implica, en última instancia, el convertir la historia en una aventura arbitraria, en una azarosa aventura que exclusivamente depende de factores imprevisibles e inductibles. Admitir que en la historia las personalidades no desempeñan sino un mínimo papel, cuando se les otorga alguno, implica concebir la historia como un proceso des-humanizado, automático, sin mayor sentido. Si la historia es, y por tanto también la historiografía, como hemos repetido más de una vez, ciencia de hechos humanos se la puede considerar como la explicación de los hombres que han vivido, sufrido y actuado en el pasado. Es decir, como un darnos "cuenta y razón" de los hombres del pasado.

§ 5. Las personalidades y su acción en el pasado.

En ese pasado humano y humanizado, ¿de qué manera obran las personalidades?

Para Bergson, con su sola presencia. Ya que su existencia es una perenne llamada. Una personalidad verdaderamente descolante, verdaderamente importante y poseedora de una acción efectiva es aquella que es capaz de despertar una emoción, sea por su acción directa o por intermedio de sus más propias acciones: sus invenciones. Presencia, acción o invención constituyen el gran motor del progreso de la inteligencia, del progreso del hombre, el gran impulso que define y hace actuar a los hombres. Impulso que logra convertirse en atracción cuando se le une el respeto a un "Dios superior", plasmado por intermedio de una personalidad venerada y admirada, frente a ella los "hombres medios" aspiran a confundirse, a hacerse unos, para comulgar con la razón que las personalidades representan y han divinizado. Son ellas las que atraen y conducen al hombre medio hacia una sociedad ideal y un hombre superior. Haciendo que por esta, y en esta tendencia, élan, la sociedad concreta real, histórica, deficiente, progresa y tiende hacia una "Ciudad

Ideal".¹⁵ Para Bergson, todo el fundamento y peso de la evolución social, de la acción histórica, se debe a la existencia y presencia, actual o potencial, de una fuerte personalidad en esa comunidad. "Es inútil mantener que (el progreso) tiene lugar por sí mismo, poco a poco, en virtud de la condición espiritual de la sociedad en cierto período de su historia: La sociedad tiene que haberse dejado vencer o de algún modo dejarse conmover; y la conmoción es siempre dada por alguien".¹⁶ ¿Quién es éste alguien? ¿Qué mienta o quién mienta ese alguien? Para Bergson este alguien corresponde a lo que hemos venido llamando una personalidad. Pero no es una cualquiera, indeterminada o neutra, no es ni el conductor político, ni el conquistador, ni el científico, ni el guerrero, es el místico: "No es menos cierto que las almas místicas son las que han llevado y llevan todavía en sus movimientos a las sociedades civilizadas. El recuerdo de lo que han sido, de lo que han hecho se ha quedado en la memoria de la humanidad... La eficacia de la llamada tiene el poderío de la emoción que fue antes provocada y que puede serlo aún".¹⁷ Pero no sólo en las sociedades ya desarrolladas o en vías de evolución ocupan estas almas un lugar decisivo y definitivo, sino que son las responsables de la transformación de las sociedades primitivas. Más aún, el surgimiento de las personalidades hace que de la manada surja una sociedad primitiva y que posteriormente logre transformarse en una sociedad civilizada. Son ellas las que hacen que una "sociedad cerrada" se convierta en una "abierta".

No sólo en el pensamiento de ciertos filósofos de la escuela bergsoniana se encuentran puntos de vista semejantes a estos sino que también en obras de pensadores y estudiosos que están mucho más obligados a tener en cuenta los hechos concretos del desarrollo de las civilizaciones, es decir, en historiadores y filósofos de la historia, sin importar cual de los tipos que hemos antes enumerado de historia se dediquen a hacer.

Así, por ejemplo, encontramos que el historiador, historiógrafo y crítico de la historia Arnold J. Toynbee en su libro *El Estudio de*

15. Cf. Henri Bergson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, Presses Universitaires de France, 48 ed., París, 1946, Cap. I, especialmente pp. 30-37 y 65-68.

16. Bergson, op. cit., pp. 333-337.

17. Bergson, op. cit., p. 84.

la Historia sostiene que son "los individuos humanos y no las sociedades humanas las que hacen la historia humana". Los raros individuos que realizan el milagro de la creación social son algo más que hombres, puesto que "pueden hacer lo que a los hombres les parece milagro, por que ellos mismos son superhombres, en sentido no simplemente metafísico sino literal".¹⁸ ¿Qué factor o qué factores poseen o logran manejar estos individuos para lograr ocupar el privilegiado sitio y nombre de superhombres? Para Toynbee este nuevo factor es la personalidad pero, y como en Bergson, no es ésta una personalidad cualquiera. Es la "místicamente iluminada" cuya relación con la gran masa de la sociedad es la misma que encuentra Toynbee, guardadas proporciones, entre las civilizaciones y las sociedades humanas primitivas y que, como ellas, responden a las mismas leyes históricas de "Incitación—y—Respuesta", de "Retiro—y—Respuesta". Estas personalidades son esclavas de una misión que no se han impuesto: "se encuentran, de inmediato, con que no pueden morir ni vivir por sí mismas, que, habiéndose elevado, no pueden descansar en tanto no hayan atraído hacia ellas a todos los hombres, porque es para eso que han venido al mundo".¹⁹ Toynbee llega a hacer la concesión de que no es siempre un sólo individuo el promotor del desarrollo y evolución social. En algunos casos, los más pocos, esta se produce por influencia directa de una "minoría creadora", por un reducido conjunto de "pioneers". Frente a los cuales la sociedad, la enorme mayoría de la colectividad, se encuentra siempre rezagada, como sucede cuando frente a ella se encuentra y hace patente una "alma mística". El que los agentes del progreso sean una minoría no cambia nada, puesto que debe ser considerada como constituyendo un grupo personalizado, sometido a los mismos accidentes y a las mismas leyes que encuadran y explican la obra de las personalidades absolutamente únicas.

En resumen, tanto para Bergson como Toynbee, y diciéndolo a la manera de éste último, "Las personalidades superiores, genios, místicos llamémosles —como se quiera— no son más que una levadura en la masa de la humanidad ordinaria".²⁰

18. Arnold J. Toynbee, *El estudio de la historia*, trad. Luis Grasset, ed Emecé, Buenos Aires, 1951, vol. III, p. 251.

19. Toynbee, *op. cit.*, vol. III, p. 254.

20. Toynbee, *op. cit.*, vol. III, p. 227.

Pierre Lacombe sostiene el punto de vista de que el actor histórico, el personaje, obra sobre sus conciudadanos, sobre su sociedad, desde fuera, convirtiéndose en algo así como en su representante oficial, sobre todo, cuando surgen y se hacen patentes conflictos de índole política o militar. La personalidad se convierte, en el pensamiento de Lacombe, en la figura de un estadista, único tipo de hombre en el que se confunden y reúnen estos dos aspectos. Cuando en la diferente personalidad en turno los antecedentes políticos poseen una fuerte preponderancia, es dable encontrar algo así como un mutuo acuerdo entre ella y el resto de los individuos de su sociedad en torno al fin esencial y último que necesariamente se ha de lograr, o que por lo menos se debe buscar. Cuando dos pueblos, dos naciones, dos culturas, se encuentran enfrentadas políticamente, y una de ellas se muestra como poseyendo una gran superioridad, el "jefe" no tiene por qué tener una importancia notoria, no es indispensable para la sociedad más fuerte que su director destaque y brille por encima de todo término medio común. En el caso, hartamente frecuente, de existir algo así como una igualdad de fuerzas, las cualidades individuales, subjetivas y propias del jefe no sólo logran alcanzar una destacada preponderancia sino que logran marcar el resultado de la lucha de fuerzas de un sello propio y característico. El jefe, la personalidad, ha ganado la pelea, la discusión política o diplomática decisiva desde ese momento lleva un nombre propio.

En la acción de índole militar, en esa otra posibilidad que encuentra Lacombe para permitir una acción decidida y franca de las personalidades en el acontecer social e histórico, existe también una preponderante ventaja representada siempre en la figura del jefe. De existir un desacuerdo entre él y el medio social, la hipotética ventaja suele inclinarse hacia el polo que marca la personalidad que detenta un único poder, hacia quien logra hacerse obedecer por todos, hacia quien logra vencer, por su empuje humano, a un medio social apático, sobre quien lograr despertar la modorra de una colectividad reacia a cualquier acción. En este caso, puede surgir una nueva alternativa, que produce la existencia de un acuerdo tácito entre la personalidad directora en turno y el medio social que lo rodea y del que forma parte. Ahora es cuando más notoria se hace la influencia de las cualidades intelectuales y morales que pueda mostrar o poseer la personalidad guerrera. Para Lacombe, el medio social, la

sociedad que actúa y forma a la personalidad, la sociedad en la que actúa y a la que forma, se le entrega ampliamente, sin reservas; la ha logrado seducir. La sagacidad e importancia social, momentánea e histórica, del jefe depende del progreso que pueda saber obtener de ese ofrecimiento y posterior entrega. A la vez que la utilidad que la personalidad pueda obtener de la sociedad que se le ofrece depende, en relación y proporción directa, de su valor y valores personales.

Entre estos últimos valores propios de la personalidad y que hacen que, de poseerse, ella pueda mostrar una labor histórica efectiva se encuentra lo que el propio Lacombe llama *simpatía*. Valor que no se encuentra, o por lo menos así piensa este autor, ni en la realidad que son los hombres comunes ni en la obra momentánea que puedan llegar a producir. Sólo se la encuentra y sólo obra por intermedio de los hombres de excepción, de las personalidades, ya que éstas se encuentran, o así deberían estarlo, muy por encima de las apetencias, querencias, competencias, necesidades e intereses particulares o de clase. Los motivos más destacados y que con más fuerza producen la necesidad del surgimiento de una personalidad y su acción— según Lacombe desconocidos para la inmensa mayoría de los historiadores, “son la impotencia mental de las colectividades y su carácter moral tan bajo”,²¹ “verdades” que no desdeñan de calificar de primer orden y de gran importancia. La labor de la personalidad en la historia de las sociedades se concentraría y reduciría en un transformar la potencia de estas virtudes de negativas que suelen ser a positivas que deben ser. Así, la personalidad se nos ha convertido de un funcionario que era, en un reformador social, en el más amplio sentido de la palabra, en un sentido colectivo, en un sentido vital, y también en un sentido moral.

Max Scheller en no pocos puntos coincide con las tesis sostenidas por Lacombe. Tesis a las que fácilmente se les puede encontrar un fuerte nexo, una notoria similitud semejante a las que veíamos representadas por el intermedio del pensamiento de Bergson y Toynbee, para no citar sino dos autores que, cada uno en su campo, son de indudable importancia.

21. Pierre Lacombe, *La historia considerada como ciencia*, trad. J. L. de Angelis, ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948, p. 284.

Ya desde las primeras definiciones que da Scheller sobre las personalidades se nos hace patente las diferentes maneras que este autor concede al obrar de las personalidades sobre la sociedad y la historia. Hemos hablado de sus definiciones, puesto que para Scheller no existe la posibilidad de hablar de una personalidad única, ni de buscar un tipo ideal de personalidad que reuniese en sí misma las principales notas que presentan las diversas figuras concretas e históricas y que, con o sin razón, suelen ser calificadas de positivas y paradigmáticas. Son tres las principales manifestaciones que se pueden encontrar del género personalidad: El Santo, El Genio, El Héroe. Tipos humanos, manifestaciones antropomórficas en el mundo, por intermedio de las cuales se suelen hacer patentes las tres grandes divisiones de valores que, en su tabla axiológica, nos presente este filósofo.

“El Santo, escribe Scheller, encierra en él todas las otras formas de grandeza humana, aún la del genio, del héroe, del salvador en el sentido de aquél que procura a los hombres el bien y la salud física. Todos los otros tipos de modelos existentes se acercan al tipo del Santo... Gracias a ello, el Santo obra sobre todos los valores de la vida y todos los dominios de la cultura. Su aparición en la historia y su campo de acción delimita los períodos y las divisiones de la historia universal”²². Genio, es el individuo que encarna y representa en el mundo los valores espirituales puros. Se los puede encontrar bajo tres manifestaciones derivadas de las ideas puras de lo bello, el conocimiento puro y el derecho. Son Genios el artista, el filósofo y el sabio, el legislador y el juez. La influencia, importante o secundaria, que pueden llegar a cumplir se encuentra en su obra y sólo en ella. Su obra los encuadra y define. Por ella trabajan, por medio de ella la transmiten. El Héroe, es, para Scheller, el tipo ideal de la persona humana, que se define por el hecho, no tan simple, de consagrarse a “realización de lo noble”: que se consagra, tan vitalmente que arriesga su vida, a la realización de los valores vitales puros. “El Héroe es un hombre de voluntad, o lo que es al mismo tiempo, un hombre de energía”.²³

22. Max Scheller, *El santo, el genio, el héroe*, trad. E. Marny, ed. Vitte, Lyon, 1958, p. 66, nota 14.

23. Scheller, op. cit., p. 112.

¿Cuál sería la principal labor efectiva que pueden, deben, cumplir las personalidades en la historia? Es para Scheller, la de crear un contagio emotivo, bajo la acción de un estímulo directo, en el seno de las masas. Bajo el impulso y empuje de las personalidades "la masa puede cumplir en ciertas circunstancias actos que ninguna de sus partes, aisladamente, sabría, querría o desearía cumplir. En una masa en estado puro el hombre se convertiría simplemente en animal; pero esto no impide que aun las masas y los rebaños organizados tengan sus jefes"²⁴. En este punto Scheller está haciendo suya la tesis del sociólogo austriaco von Wieser, quien sostuvo y mantuvo como una de las principales leyes que rigen el devenir concreto de las sociedades aquello que el mismo llamó "Ley del pequeño número": en toda colectividad humana consciente, en todo grupo con una mínima conciencia de su unidad, siempre se encuentra un pequeño número de individuos que manda y dirige. Clase social, puesto que no es otra cosa lo que von Wieser está teniendo en cuenta que se encuentra constituida por lo que tradicionalmente se ha venido llamando jefes, los mejores, la élite y crema social.— Ley que no es otra cosa que la concepción de los pioneros de Toynbee o la circulación de las élites de Bergson—. Ese contagio emotivo de que nos habla Scheller y que la personalidad puede despertar surge al considerarla como modelo que se debe imitar, por ver en ella y por intermedio de ella la máxima encarnación de los valores supremos. Así, se convierten las tres grandes manifestaciones de los valores en modelos tipos de ellos. Las figuras históricas y concretas de los grandes hombres son, en la gran mayoría de los casos, figuras mixtas, parodiando el conocido refrán bien pudiéramos decir con Scheller que toda personalidad tiene algo de santo, de genio, de héroe. Pero es únicamente por medio de estas figuras que los modelos tipos pueden tener en la historia y en la sociedad una influencia real y positiva. Así, modelo, tipo y jefe se unen en un individuo particularizado y se crea el hombre histórico concreto. Un hombre que por tener un aspecto empírico, su participación con la idea de jefe, y un aspecto apriorístico, ser manifestación de la suprema idea del valor, puede relacionar, reunir, y hacer actuar ambos aspectos, naciendo con él, por él y por intermedio de él la historia concreta.

24. Scheller, *op. cit.*, p. 24.

Para Raymond Aron uno de los principales motivos de investigación historiográfica y de su reflexión filosófica se encuentra y hace patente en el análisis de los posibles objetivos que se puedan descubrir en el "individuos". Individuo, que en cierta medida, y no en poca, corresponde a lo que ya es usual que comprendamos con el término personalidad. Entre esos múltiples motivos individuales y humanos ocupa un destacado lugar eso que se suele llamar las decisiones. Los medios adoptados y adaptados a los fines concretos que su autor se propone efectuar. Es posible llegar a tener un cierto conocimiento de esas hipotéticas decisiones, aunque sean meramente asertórico y aproximativo, ya que las intenciones de los individuos, de los hombres en términos más amplios, que llegan por una causa u otra a desempeñar una determinada función social son bien claras y, más aún, llegan a hacerse evidentes en y por el transcurso del tiempo. Muy a pesar de la posibilidad de esta diaphanidad de decisión y acción, subsiste el problema de la interpretación de estas acciones, es decir, el problema central y fundamental de la interpretación de la historia. Ya que ningún individuo, como tampoco el conjunto de los hombres, se somete, sufre, de una manera un tanto pasiva la presión e influencia de otros individuos o la acción y consecuencia de determinados sucesos desencadenados por individuos concretos. Puntos de vista que muestran, permaneciendo dentro de la línea de pensamientos de Aron, cómo los sucesos históricos no son por su naturaleza ni la manifestación de las ideas, como lo quiere Tarde, ni el resultado de una acción individual, como así lo quieren la gran mayoría de los autores que hasta ahora hemos mencionado. Aron condensa su propio punto de vista en una frase que bien merece la pena de ser citada: "Resumiremos citando la vieja fórmula: los hombres hacen su historia, pero no saben qué historia hacen"²⁵.

La frase anterior de Aron nos muestra una cierta perplejidad frente al acontecer humano, frente al devenir y la acción histórica. Perplejidad que bien puede ser calificada de típica, por manifestarse en más de un filósofo de la historia, en más de un historiógrafo. Perplejidad, que puede conducir, al ser llevada hasta sus últimos extremos, al planteamiento de una radical antinomia, que fácilmente conduce hacia una laguna y punto muerto al pensamiento

25. Aaron, *Introducción...*, p. 137.

pretendidamente aclarador de la historia. Puesto que sí, como, lo hace Aron, se niega la importancia de las personalidades y se rechaza enfáticamente la existencia de una responsabilidad total en la historia, a pesar de haberse previamente aceptado la existencia de una cierta responsabilidad que bien pudiera llamarse relativa, puesto que "es responsable el que, por sus actos, ha contribuido a desencadenar el suceso del que se buscan sus orígenes".²⁶ Cita en la que claramente se ve como se afirma la existencia de individuos que cumplen una labor en cierto punto descolante en la historia. Idea en la que se nos muestra, o así se lo quiere hacer, la existencia de una responsabilidad relativa, es cierto, pero que no por ello deja de ser efectiva. Responsabilidad que se encuentra en relación directa con las consecuencias que una determinada manera de obrar, que un determinado individuo ha desencadenado, con la iniciativa y la acción, con la toma de conciencia y con su ejecución, y que por intermedio de ellas y ellos se manifiestan. En resumen, con las consecuencias efectivas, que se nos antojan palpables, que han podido producir los actos y las acciones de las personalidades. Pero Aron se afirma, un tanto tercamente, en la tesis de que ni un individuo ni un acto pueden llegar a ser la causa de la existencia o de la acción desarrollada y mostrada por un acontecimiento.

El decir que los hombres hacen su historia, pero no saben qué historia hacen, implica el mantenerse en lo que bien pudiéramos llamar una tercera posición. Posición que pretende mediar entre dos extremos claramente deslindados y definidos: toda acción histórica tiene como únicos responsables a ciertos individuos únicos, las personalidades descolantes. Todo el peso de la acción histórica recae, por medio de un juego de acción y reacción, en una multitud indiferenciada y de individuos, en lo que se ha venido llamando, no sin cierto dejo peyorativo, la masa y sus leyes sociológicas y psicológicas de acción e interacción. El tratar de mantenerse dentro de una posición intermedia y mediadora, y en este caso concreto, no aclara ni dá razones de peso en torno a una solución del problema que nos ha venido preocupando. El propio Aron, al expresar que el atenerse a fórmulas abstractas permite a la vez justificar el determinismo y dar razones para la existencia de un cul-

26. Aaron, op. cit., p. 170.

to a los héroes se dá muy clara cuenta del callejón sin aparente salida del que se encuentra. Pero es indudable que frente a estos dos tipos de soluciones se estrella Aron, por más que diga y repita que el problema de las personalidades es un falso problema, por el simple hecho de no ser posible darle una solución general. Por más que diga que este problema no es auténticamente filosófico, por rebasar los cuadros de una pretendida solución científica.

Anteriormente nos referíamos al hecho de que el mantenerse en la posición preconizada por Aron produce un estancamiento en la reflexión filosófica sobre la historia o en no importa qué tipo de pensamiento que tenga como meta la historia o no importa cuál de sus problemas. Ya que el no dar una coherente y satisfactoria respuesta a la pregunta sobre la acción de las personalidades en el pasado, en el sentido de no importa cuál de las alternativas enunciadas anteriormente, hace que no sea posible, por no decir imposible, buscar dilucidar el problema básico de toda reflexión sobre la historia, de toda filosofía de la historia: que es, cómo surge, cómo se manifiesta, y cómo se produce el llamado progreso de la humanidad.

Se puede percibir en el pensamiento de Aron una cierta antinomia, producto de su concepción central de la historia como inconsciente y carente de individuos responsables y sus afirmaciones, la mayor de las veces veladas o tácitas, sobre el papel que el individuo, para hacer uso de su terminología, puede representar o cumplir en el curso y desarrollo de la historia. Aron nos presenta, pero una vez más en forma velada, dos alternativas de solución. Si a su idea de la historia como el autoreconocerse del hombre en un mundo humano se le agrega la segunda vía de proceder y enfrentarse a ella, la vía psicológica que atribuye gran importancia y definitivo relieve a las conductas vividas y revivibles de las conciencias históricas, es fácil concluir que el peso de la historia recae sobre ciertos individuos, sobre ciertos hombres que por su acción se han hecho y se nos presentan como únicos. Pero si por el contrario nos atenemos con exclusividad al primero de los métodos de acercamiento histórico que propone: el buscar cada vez más intensamente una más amplia y mayor objetividad de los actos y sucesos históricos, sin llegar a relacionarlos en ningún momento con posibles conciencias individuales y, se agrega, su idea de la absoluta

inexistencia de algo así como un primer motor histórico, todo el acento, el énfasis, la responsabilidad y el peso de la historia recae en una serie, más o menos grande, más o menos compleja, más o menos importante, de acontecimientos históricos que han perdido, porque así lo quiere el investigador, la carga de humanidad que en ellos se manifiestan y que en ellos se encuentra, y que, en última instancia, hace que se produzcan y tengan repercusiones. Aron no llega hasta este extremo, es cierto, pero dá las bases ideológicas y filosóficas para llegar hasta él. Y para ello basta con seguir un poco el curso de sus conclusiones para encontrarnos con esa paradoja, que nos parece insalvable, siempre que permanezcamos dentro de los lineamientos de su pensamiento, al menos tal como aparecen formulados en su obra principal *Introducción a la Filosofía de la Historia*.

Según Paul Ricoeur, destacado representante del grupo "Espíritu", constituido alrededor de la figura y obra de E. Mounier, lo que la historia quiere explicar y comprender es, en última instancia, la acción de los hombres o, lo que es lo mismo, lo que la historia desea explicar y comprender es a los hombres. Lo experimentado, sufrido y vivido, por unos hombres en el pasado es lo que la historia debe tratar de reconstruir por medio del estudio de la totalidad de las relaciones causales. Lo que la historia, tanto como técnica o como reflexión, debe tratar de reconstruir no es otra cosa que "esa realidad absoluta del carácter humano inagotable en el pasado".²⁷ Para llegar a esta ambiciosa meta la historia, el historiógrafo y el filósofo de ella, deben tener en cuenta y estar animados por un doble deseo, por una doble voluntad de acción: La voluntad de reencuentro y el deseo de explicación.

En esta manifestación de la historia como la ciencia de lo vivido por los hombres, nos encontramos de inmediato con un primer escollo: la intervención de la subjetividad del hombre que pretende reencontrar y explicar la vida de otros hombres en el pasado. Impase que pretende salvar Ricoeur, y quizá lo logre, lo veremos más adelante, analizando el objeto propio del estudio de la historia: los hombres. La historia en cualquiera de los grados de objetividad en que se encuentre o en no importa en cuál de los niveles

27. Paul Ricoeur, *Historia y verdad*, ed. du Seuil, París, 1955, p. 35.

de reflexión en que se manifieste, se interesa no por la totalidad de las acciones y manifestaciones de los hombres, cualesquiera que sean, y sin importar al orden a que pertenezcan, sino por algo que les es mucho más propio, por algo que posee una mucho mayor importancia para los hombres y para quienes estudian las acciones de los hombres: los valores humanos. "Esta evocación de los valores que es finalmente la única evocación de los hombres que nos es asequible a falta de poder revivir lo que otros hombres han vivido".²⁸ Conocimiento y evocación de los valores que sólo se puede encontrar y efectuar cuando se logra obtener la existencia de un interés, de una tendencia y preocupación por parte del historiador para ir al encuentro de esos valores. Sin la existencia de un interés vital y una previa afinidad valorativa es, según Ricoeur, imposible el hacer la historia, como estudioso de ella, o comprender la historia, como hombre de un medio presente.

El reducir la historia a esta comprensión, revivificación y penetración con los valores expresados por los hombres de épocas pasadas implica, y según nuestra opinión, el compartir la fe, el anhelar vivir etapas pasadas y el recrear, recreándose, acciones y decisiones, que por ser pasadas perdieron ya su efecto, o por lo menos su aplicabilidad en la vida diaria de una sociedad presente. Motivaciones, que de poder darse y encontrarse, llevarían a la historiografía, a la reflexión de la historia y a la historia misma a convertirse en lo que se podría llamar una nueva apologética. Apologética de los hombres, de las personalidades, que se han considerado como los paradigmas o portadores por excelencia de los valores que el historiador anhela comprender y tratar de revivir, para hacerse uno con ellos. Apologética, que a nuestros ojos no merece el nombre de historiografía y mucho menos el de historia, que sólo es, en el mejor de los casos, el intento de justificar algunas determinadas figuras de la historia. Figuras que, para su escogencia como motivos de reflexión y estudio, no dependen de ciertas condiciones objetivas o de ciertas manifestaciones inherentes a ellas, es decir de ciertas condiciones históricas, sino de una peculiar y subjetiva tendencia propia del sujeto, en este caso del estudioso, que se enfrenta a una determinada personalidad que ha escogido para su estudio. Frente a ello se puede nuevamente encontrar un doble tipo de justificación: mien-

28. Ricoeur, op. cit., p. 36.

tras que por un lado se trata de hacer justicia a un gran hombre, como suele decirse con harta frecuencia, por el otro se pretende tomar de esa figura y de sus acciones la justificación no sólo del porqué de esa escogencia sino de los valores que en ella se pretende están encarnados. Así vemos, que existe una justificación no simplemente teórica sino vital para haber llamado a esta actitud, que se da concretamente en ciertos tipos de análisis históricos, con la expresión un tanto desprestigiada que es la apologética. Ricoeur pretende no caer en estos extremos al afirmar que el investigador "debe ser capaz de admitir por hipótesis su fe (en y de las personalidades); lo que es una manera de entrar en la problemática de esta fe 'suspendiéndola', 'neutralizándola' como fe actualmente profesada"²⁹. No creemos que esta referencia al método fenomenológico de Husserl, de quien Ricoeur es traductor y comentarista, logre salvar el problema. Lo que se está implicando en la cita anterior y a lo que se está haciendo referencia es a una fenomenología como método de investigación y no a una filosofía fenomenológica como fundante y fundamentadora de una reflexión de la historia y sus problemas. El "suspender la fe" que comparte el historiador con sus héroes ni aclara la participación de ellos en la historia ni la actitud de quienes así los estudian. Como tampoco logra aclarar el nivel y la participación en el acontecer histórico del hombre común y del hombre como personalidad.

El que la historia se encuentra animada con un afán, por una voluntad, de explicación y reencuentro es un hecho que no deja lugar a dudas, como ya desde las primeras páginas de esta investigación lo hemos querido expresar. Pero el que posea estas características no implica, ni debe hacerlo, el concluir en una historia apologética, historia que sólo pretende, en última instancia y primer análisis, exaltar hasta lo irracional a ciertas figuras pretendidamente claves. Pretendidamente, puesto que en su escogencia como motivo de estudio no se implica norma alguna, salvo las personales y subjetivas inclinaciones de quienquiera elevar y sublimar una determinada actitud valorativa frente a la vida. Posición que pretende ir más allá de toda forma crítica y aún teleológica de la historia y la historiografía.

29. Cf. Ricoeur, op. cit., pp. 16-17 y 93.

En las concepciones de Ricoeur de la autoridad como máxima expresión de las aptitudes humanas, con función unificadora y ordenadora de la sociedad, se nos hace patente el importante papel que las personalidades logran cumplir en la sociedad y en la historia. Papel y función que por excepcionales no dejan de estar teñidos de una carga negativa, ya que el afán de poder, y el poder mismo, es "la tentación de las pasiones". Encontrándose así, en la más alta expresión de la historia del hombre, una curiosa y explosiva mezcla de grandeza y culpabilidad. Así la historia adquiere una nota trágica, y así la historiografía nos muestra una visión dramática que repercute en cada uno de sus agentes y, por intermedio de ellos, en cada uno de los exegetas de las personalidades y en ellas mismas, no sólo en los detentadores de alguna forma de poder sino también en aquellos que hacen posible la existencia de algo así como un proceso histórico.³⁰ Este carácter existencial, que hace pensar en un destino, aunque no en uno ciego, se encuentra claramente representado en las grandes figuras de la humanidad, en las personalidades que, para expresarnos a la Tonybee, son esclavas de una misión que no han buscado y de la que no pueden apartarse, de una misión preñada de altos y bajos, de gloria y tragedia, como corresponde a esa visión dramática de las pasiones en el poder, de la historia de la autoridad.

Tesis emparentadas con estas de Ricoeur mejor aún, que se nos muestran como siendo sus derivaciones, son las sostenidas por un Masson-Oursel al escribir que la única conciencia humana verdaderamente digna de respeto y acatamiento es la desgarrada, la desgraciada. "La conciencia que goza se degrada inmediatamente, la que no puede sufrir se encuentra en un nivel más bajo. Todo lo que hay de grande fue obra de descontentos"³¹. Es bien fácil el ver por intermedio de esta cita como la principal manifestación y acción de la historia, el progreso, se debe y tiene como únicos autores a las personalidades si, pero a las desgarradas, a los pocos hombres que han pretendido en el transcurso de la historia de la humanidad rom-

30. Si bien es cierto que es posible el decir que el problema de las personalidades no es un problema filosófico, aunque es una afirmación de carácter bien discutible, pero no por ello deja de ser un problema estrictamente histórico y de cierta importancia ya que, tanto por sí mismo como por sus complicaciones, sobre todo por las segundas, se hace central, por no decir medular.

31. Paul Masson-Oursel, *La moral y la historia*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1955, p. 105.

per con los nexos triviales y cómodos de la vida diaria. Rompimiento que lleva en sí un triple aspecto, un triple movimiento, del que no parece darse cuenta Masson-Oursel: se crea un desgarramiento, un rompimiento, que surge en y por la conciencia de una desadaptación con la sociedad en que se vive, desgarramiento que funge como motor inicial y fin del progreso, que produce y posibilita el sentimiento de respeto y admiración conque el común de las gentes se enfrentan a las personalidades. Estas dos actitudes frente a ellas serían las que llevarían a una sociedad a seguir tras las huellas de esas conciencias desgarradas.

Quizás más coherente que Masson-Oursel sea Bernard Shaw, cuando por boca de uno de sus personajes dice: "El Hombre razonable se adapta al medio; el hombre fuera de razón ensaya adaptar el medio; por eso el progreso es obra de imbéciles"³². Y es más coherente el dramaturgo, ya que tiene en cuenta lo que el moralista no tiene y llega hasta donde aquél no se atreve a llegar. Llega, no sin cierta ironía, a una de las pocas conclusiones posibles de derivar de esas tesis. Tesis que, en sus dos aspectos, son bien difíciles de sostener, sobre todo cuando se quiere tener en cuenta la realidad concreta del pasado. Tesis a las que es bien fácil llegar cuando se pretende mostrar una actitud moralizante y cuando se quiere derivar de ella, buscando rastrearla en la historia, para concluir con una visión plenamente moral de nuestro presente.

32. Bernard Shaw, cit. L. Febvre, *Combates* . . . , ed. cit., p. 11.

CAPITULO III

PERSONALIDAD Y SUCESO

§ 6. Suceso e historia

En párrafos anteriores nos referíamos al valor que puede encontrarse tanto en la vida como en la acción de las personalidades. En esa primera formulación adquirían valor, o reflejaban alguno de ellos, en la medida en que podían convertirse o presentarse con las características de un *hecho histórico*. Así, el problema de la acción de las personalidades nos lleva a enfrentarnos, en la medida de lo posible, y en aquello que tiene que ver con el presente estudio, con un nuevo e importantísimo factor de lo histórico —entendido no importa cuál de sus manifestaciones tradicionales y enfrentado con no importa cuál de los métodos hasta ahora propuestos—. Este nuevo factor bien puede ser entendido y comprendido como el núcleo de la historia, como el elemento básico de la historiografía; es el *suceso*, el *acontecimiento*, el *evento*, el *hecho* o *circunstancia histórica*. Que de todas estas maneras se acostumbra a denominar.¹

De un primer golpe de vista parece como completamente innecesario el enfrentarse al estudio de lo que es, sea o constituya un suceso histórico. Aparece como definitivamente absurdo y fuera de lugar el cuestionar, o cuestionarse, sobre qué es o cuáles son, no digamos las características peculiares que hacen que un acontecimiento común se convierta en un suceso histórico, problema que puede mostrarse dotado de cierta validez, sino cuestionar el por qué del suceso histórico mismo. El preguntarse si existe, en sí y por sí o en función de algún otro elemento, algo así como un suceso histórico. El preguntarse sobre la posibilidad total, parcial o relativa de su conocimiento.

Preguntas éstas que de ser planteadas a un historiógrafo o a un archivista nos valdría ganarnos todo su desprecio y conmiseración. Ya que para el historiógrafo común, tanto como para el

1. Para comodidad y unificación de vocabulario sólo emplearemos la expresión *suceso*, sobreentendiéndose que es sinónimo de acontecimiento, hecho, acción o de no importa qué expresión o giro que implique la idea de un suceso clave en el devenir de los hombres.

per con los nexos triviales y cómodos de la vida diaria. Rompimiento que lleva en sí un triple aspecto, un triple movimiento, del que no parece darse cuenta Masson-Oursel: se crea un desgarramiento, un rompimiento, que surge en y por la conciencia de una desadaptación con la sociedad en que se vive, desgarramiento que funge como motor inicial y fin del progreso, que produce y posibilita el sentimiento de respeto y admiración con que el común de las gentes se enfrentan a las personalidades. Estas dos actitudes frente a ellas serían las que llevarían a una sociedad a seguir tras las huellas de esas conciencias desgarradas.

Quizás más coherente que Masson-Oursel sea Bernard Shaw, cuando por boca de uno de sus personajes dice: "El Hombre razonable se adapta al medio; el hombre fuera de razón ensaya adaptar el medio; por eso el progreso es obra de imbéciles"³². Y es más coherente el dramaturgo, ya que tiene en cuenta lo que el moralista no tiene y llega hasta donde aquél no se atreve a llegar. Llega, no sin cierta ironía, a una de las pocas conclusiones posibles de derivar de esas tesis. Tesis que, en sus dos aspectos, son bien difíciles de sostener, sobre todo cuando se quiere tener en cuenta la realidad concreta del pasado. Tesis a las que es bien fácil llegar cuando se pretende mostrar una actitud moralizante y cuando se quiere derivar de ella, buscando rastrearla en la historia, para concluir con una visión plenamente moral de nuestro presente.

32. Bernard Shaw, cit. L. Febvre, *Combates* . . . , ed. cit., p. 11.

CAPITULO III

PERSONALIDAD Y SUCESO

§ 6. Suceso e historia

En párrafos anteriores nos referíamos al valor que puede encontrarse tanto en la vida como en la acción de las personalidades. En esa primera formulación adquirían valor, o reflejaban alguno de ellos, en la medida en que podían convertirse o presentarse con las características de un *hecho histórico*. Así, el problema de la acción de las personalidades nos lleva a enfrentarnos, en la medida de lo posible, y en aquello que tiene que ver con el presente estudio, con un nuevo e importantísimo factor de lo histórico —entendido no importa cuál de sus manifestaciones tradicionales y enfrentado con no importa cuál de los métodos hasta ahora propuestos—. Este nuevo factor bien puede ser entendido y comprendido como el núcleo de la historia, como el elemento básico de la historiografía; es el *suceso*, el *acontecimiento*, el *evento*, el *hecho* o *circunstancia histórica*. Que de todas estas maneras se acostumbra a denominar.¹

De un primer golpe de vista parece como completamente innecesario el enfrentarse al estudio de lo que es, sea o constituya un suceso histórico. Aparece como definitivamente absurdo y fuera de lugar el cuestionar, o cuestionarse, sobre qué es o cuáles son, no digamos las características peculiares que hacen que un acontecimiento común se convierta en un suceso histórico, problema que puede mostrarse dotado de cierta validez, sino cuestionar el por qué del suceso histórico mismo. El preguntarse si existe, en sí y por sí o en función de algún otro elemento, algo así como un suceso histórico. El preguntarse sobre la posibilidad total, parcial o relativa de su conocimiento.

Preguntas éstas que de ser planteadas a un historiógrafo o a un archivista nos valdría ganarnos todo su desprecio y conmiseración. Ya que para el historiógrafo común, tanto como para el

1. Para comodidad y unificación de vocabulario sólo emplearemos la expresión *suceso*, sobreentendiéndose que es sinónimo de acontecimiento, hecho, acción o de no importa qué expresión o giro que implique la idea de un suceso clave en el devenir de los hombres.

hombre de la calle, el suceso histórico no es un problema: es algo que está ahí, en los libros, en las historias, en los archivos, en los documentos, en la tradición, en las ruinas. Todo eso es muy cierto. Efectivamente seríamos dignos de todo desprecio si tan sólo por un momento dudáramos de esa 'verdad'. Pero también es cierto que encontramos tanto en los libros, en las historias, en los archivos, en los documentos, en la tradición y en las ruinas toda una serie de acciones, de hechos que no son 'históricos', que nada dicen, que no tienen trascendencia ni importancia. Como si esto fuera poco, se encuentra, sin lugar a dudas, un fenómeno todavía más importante y significativo: muchos de los datos que apaciblemente dormían, por no tener importancia, por no ser sucesos o por no mentarlos, adquieren y toman toda la necesaria importancia para aparecer y ser considerados como poseedores de todos aquellos atributos que se consideran indispensables para ser dignos de figurar como sucesos históricos plenos y acabados. Desde luego no nos estamos refiriendo a lo que pueda encontrarse en documentos desconocidos o perdidos, el problema en este caso es completamente diferente y definitivamente obvio. Muy por el contrario, estamos teniendo en cuenta aquellos datos conocidos por historiógrafos y archivistas y, por ellos mismos, desechados en un momento y aceptados, analizados y aprovechados en otro. Tampoco nos estamos refiriendo a los datos que en una investigación concreta y determinada puedan ser dejados de lado por no corresponder a los fines generales que previamente se ha trazado el investigador. Por el contrario, estamos pensando en hechos tales como por ejemplo: el desconocimiento, por indudable desprecio, en que hasta hace relativamente muy poco tiempo se tuvo a los hechos económicos y a los datos que los mentaban, a aquello que hoy denominamos "Sucesos Económicos". Para el historiógrafo de los siglos XVII y XVIII las noticias que se encontraban en los archivos sobre el precio del trigo o de las papas en Francia, o sobre la producción textil en Flandes, o sobre las importaciones o exportaciones que de Cádiz se hacían hacia Veracruz o Cartagena de Indias eran meras curiosidades enfadosas y sin mayor significación, sin posibilidades aclaratorias. Pero hoy, todos lo sabemos, aún los profanos, estos hechos son o representan sucesos históricos de gran importancia. Así pues, el dato que ayer era despreciado y se encontraba muerto hoy es su-

ceso viviente afanosamente buscado y rastreado.² —Igual sucede aunque en otro nivel y por diversas causas, que trataremos de analizar más adelante, con las personalidades. Aquella que ayer era despreciada, desconocida o minimizada, la acción que ayer no tenía la menor de las importancias, hoy puede ser glorificada y destacada como expresión de singular importancia para el mejor conocimiento de un determinado momento de una sociedad concreta—.

Por lo anterior podemos darnos cuenta del principal e importantísimo lugar que debe ocupar, y de hecho ocupa, en toda reflexión sobre la historia y sus problemas el análisis del por qué y del cómo de esa transformación y cambio de potencia que hace que un simple hecho, que un dato menospreciado, se convierta en la manifestación y relación de un suceso. Análisis que lleva aparejado otro mucho más importante y por el cual se debería poder desentrañar qué sea y constituya las notas esenciales de cualquier suceso histórico, sin importar de qué tipo sea o que manifestación de la ciencia histórica pueda cobijarlo. Quizás el esclarecer uno de estos factores produzca la comprensión del otro y nos ayude al esclarecimiento del papel de las personalidades y el impacto de su acción.

¿Cuál es, de existir, la diferencia entre un suceso histórico y un hecho intrascendente temporalmente acaecido en el pasado? Antes de tratar de dar respuesta debemos detenernos, aunque sólo sea por un momento, tratando de esclarecer otro interrogante mucho más fundamental, por constituir el postulado básico en torno al cual debe descansar toda interpretación que se pueda hacer sobre el suceder histórico: ¿Qué es lo histórico? ¿Es posible encontrar alguna constante, alguna característica, casi nos atreveríamos a decir esencial, del devenir histórico en cuanto tal?

Lo histórico, nos dice un destacado historiador, "es aquello que produce o ha producido efectos"³. Por sí sola esta definición no parece ser susceptible de aclararnos gran cosa. Ya que si es his-

2. Confróntese, por ejemplo, la interesantísima investigación que hace el historiador F. Braudel sobre los sucesos económicos en la época de Felipe II. (*El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, ed. Fondo de Cultura Económica, México.)

3. Edward Meyer, "Sobre la teoría y la metodología de la historia", en *El historiador y la historia antigua*, trad. Carlos Silva, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1955, p. 34.

tórico todo aquello que produce efectos, que tiene consecuencias, podríamos pensar que en el momento mismo en que las consecuencias dejan de obrar, de existir, parejamente el supuesto hecho histórico debería dejar de tener importancia, debería dejar de ser. El mismo historiador Meyer se encarga de transformar esa definición en un interrogante que parece poder darnos nueva luz: "La pregunta histórica podría formularse así: ¿Qué es lo que produce estos efectos? Lo que reconozcamos como fundamento de ellos será un acontecimiento histórico"⁴. El método, puesto que no es otra cosa lo que E. Meyer está postulando, nos indica que en alguna forma, hasta ahora misteriosa, debemos recrear uno o algunos de los aspectos y manifestaciones del supuesto hecho, aunque no nos dice cómo hacerlo, para poder actualizarlo y verlo como formando parte de nuestro presente, para tratar de ver los aspectos como efectos. Con la aplicación de este peculiar método se nos puede y debe hacer patente una nota fundamental de lo histórico: no es uno o muchos sucesos sino un proceso. Aparentemente regido y gobernado por la inexorable ley de causa-efecto.

De ser la afirmación anterior valedera y plena de sentido hace aún falta aclarar cuáles son las notas peculiares, propias del proceso histórico. En páginas anteriores escribíamos, como para nosotros, la historia entendida, comprendida y enfrentada como ciencia debe ser vista como una ciencia intencional que debe buscar el sentido legítimo de un conjunto dado de datos, experiencias y vivencias. Una ciencia social en la que el horizonte de posibilidad, los problemas y los fines deben ser puestos por unos hombres determinados en un momento determinado: los trabajadores de la historia, los historiógrafos, los usualmente llamados historiadores. Por ello concluimos: "la historia comienza cuando se dirige el interés sobre realidades individuales cualificadas o cualificables, diferentes a otros fenómenos de una misma especie". Anotábamos también, que esto era lo que hacía que sólo existiese una historia que descansase y tenga como finalidad el estudio de las acciones, pasiones, intenciones, obras y vivencias humanas⁵. Los acontecimientos y los procesos naturales en sí mismos pueden ser descritos como secuencias de hechos que no guardan entre sí más relación que la

4. Meyer, op. cit., p. 34.

5. Cf. supra, p. 37 y nota 9.

formal de encadenamientos del tipo causa-efecto, salvo que intervenga en ellos un nuevo factor que, por así decirlo, les de vida. Ese nuevo factor que hace que los procesos naturales puedan convertirse en históricos no es otra cosa que la intervención humana. En el caso del llamado mundo de la naturaleza no es el encadenamiento de causa-efecto en sus fenómenos, y dentro de ellos, el factor que puede hacerlos ver bajo una dimensión histórica o como formando parte de un proceso histórico. Es en la intervención de la actividad humana donde descansa la historicidad de la naturaleza y sus procesos. —Se puede argüir, como de hecho suele hacerse con más frecuencia de la necesaria, que el mundo natural es en sí y ante sí mismo histórico. Que, por ejemplo, las ciencias geológicas son las encargadas de hacer patente ese devenir histórico propio de las capas terrestres. Que la química nos muestra el desarrollo histórico que es dable encontrar en la combinación y formación de los diferentes elementos que se dan y encuentran en el mundo natural. Esto es cierto. Pero no debemos olvidar o dejar de lado otro hecho tan valedero o más que el anterior: cuando la geología nos quiere mostrar ese su carácter histórico lo que está haciendo es relacionarnos o bien cómo el hombre ha intervenido en su campo de acción, qué relaciones ha mantenido con el mundo natural, o bien cuál es el desarrollo que como unidad, como ciencia, han tenido los estudios, hechos por los hombres, del mundo físico. Lo natural, lo físico, sólo es histórico en la medida en que se relaciona o es relacionado con el elemento aportador de historicidad por excelencia: el hombre y las relaciones humanas—.

nifiesto, una nota característica de lo histórico: es un proceso pre-

Podemos decir que hemos encontrado, o se nos ha hecho manifiesto esencialmente centrado en torno de lo humano, en torno de manifestaciones humanas reales, potenciales o ideales. Pero, esas manifestaciones humanas deben ser entendidas y comprendidas como acontecimientos insulares, aislados, o como un conglomerado de procesos que no muestren entre sí mayores nexos o interrelaciones, o como la ordenada suma de procesos que naturalmente se ordenan y dirigen hacia un fin predeterminado y concreto?

Según uno de los más renombrados sostenedores de lo que bien pudiéramos llamar la moderna escuela histórica inglesa, Robin G. Collingwood, no existen hechos históricos aislados. Y no existen,

porque no tendrían ninguna significación, no dirían nada. De existir, y debemos pensar que si existen, su existencia, sólo sería negativa o, en el mejor de los casos, parasitaria. Tomarían su realidad, es decir, mentarían algo, sólo en función de un proceso del cual aparecerían formando parte o al cual pudieran ser asimilados de acuerdo con las necesidades de un determinado estudio⁶. Así pues, para el autor de la *Idea de la Historia* sólo existen, sólo se encuentran en la historia procesos, que no están aislados, que mientan no importa qué tipo de actividad humana, ni procesos o secuencias de acontecimientos, susceptibles de mostrar acciones o interacciones entre sí. El así ver la historia sería el comprenderla dentro de los marcos de una total deshumanización, sería el verla tan fría y rígida como se muestran los procesos naturales. Si muy por el contrario, se quiere ver a la historia de acuerdo con las características que en el anterior párrafo anotábamos como siendo las propias de lo histórico: proceso pretérito centrado en torno de lo humano, es menester, y siguiendo el pensamiento de Collingwood, verla como la manifestación de procesos de acciones humanas que, por ello mismo, tienden o apuntan hacia un interior, hacia un núcleo propio y esencial, que está constituido y consiste en procesos de pensamiento. El historiador debería mantenerse y contentarse, según nuestro punto de vista, y en su labor como investigador, en una búsqueda y redescubrimiento de esos procesos. Así, "toda historia es historia del pensamiento" y sólo tienen historia los procesos humanos⁷. Podemos considerar, de compartir este punto de vista del autor que nos viene ocupando, que las manifestaciones humanas históricas, las manifestaciones del pensamiento, no son en modo alguno una suma de procesos que naturalmente se ordenan hacia un fin predeterminado y concreto. Sostener esta última afirmación implicaría introducir un punto de vista teleológico o providencialista dentro de los campos de acción más propios del hombre y del desenvolvimiento de la libertad humana.

Si lo único que nos muestra la historia son los múltiples y variados procesos de acciones humanas y los procesos de pensamiento

6. Nos topamos en este momento, como ya lo hemos apuntado, con un nuevo problema al que nos referiremos más adelante: la ingerencia de la subjetividad del historiador en la investigación y narración de la historia.
7. Robin C. Collingwood, *La idea de la historia*, trad. E. O'Gorman y J. Hernández C., ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952, p. 249.

que los han originado y a los que dan origen, ¿son hechos históricos todas las acciones humanas, sino lo son, de dónde proviene, en qué se basa y fundamenta, esta posible división?

Collingwood muy claramente expresa, en su ya citada obra, que sólo algunos de los hechos humanos son merecedores de ser catalogados como históricos. Aquellos que claramente se diferencian de las acciones y procesos biológico-animales pueden ser catalogados como formando parte de ese amplio proceso que es la historia. "Así pues, nos dice este crítico de la historia, el historiador no se interesa en el hecho de que los hombres comen, duermen y practican el amor y satisfacen así sus naturales apetitos pero se interesa en las costumbres sociales que los hombres crean con el pensamiento a manera de marco dentro del cual hallan satisfacción estos apetitos según maneras sancionadas por la convención y la moral"⁸. Francamente la respuesta que hasta ahora nos ha dado Collingwood no parece en modo alguno dar mayores luces a la última pregunta que le hemos y nos hemos propuesto. No encontramos en ella una mayor explicación, ya que creemos que la distinción fundamental que nos ha presentado, creación de costumbres sociales, bien puede cobijar tanto a las creaciones y acciones humanas que tienden a satisfacer o suplir las necesidades naturales de los hombres, que serían lo histórico, con la manifestación y ejecución de esas mismas necesidades vitales. Bien podemos considerar, y puede que no sea erróneo el hacerlo, que la satisfacción del hambre, del sueño y del apetito sexual pueden llegar a ser manifestaciones de importantes procesos históricos y sociales, y no manifestaciones de meros procesos naturales y, por ende, ahistóricos. Y bien puede llegar a serlo, puesto que el origen de muchos, sino de la gran mayoría, de los llamados acontecimientos históricos radica en la búsqueda de la solución a una determinada necesidad o anhelo natural, colectivo o personal, pero siempre social. Gran parte de la llamada historia de la ciencia, del más propio proceso del pensamiento, descansa en el afán de buscar nuevas y más fáciles soluciones a unas determinadas necesidades humanas. La historia de las relaciones y procesos económicos, la historia de las instituciones sociales, culturales o religiosas claramente nos están mostrando un afán semejante.

8. Collingwood, *op. cit.*, p. 250.

Con Patrick Gardiner ⁹, podemos denominar la concepción que sobre el proceso histórico mantiene Collingwood como "la teoría del interior y del exterior", puesto que, tal como lo hemos querido mostrar, el meollo constitutivo de lo histórico descansa, para este último autor, en los procesos de pensamiento que constituyen su interior y que modelan, lo que podríamos llamar, su aspecto y manifestación formal, su lado externo. Las explicaciones que sobre las conductas humanas nos puede proveer esta teoría se encuentran referidas en su totalidad a esa múltiple y variada escala de intenciones, deseos, esperanzas, planes, etc. que es dable encontrar en el desarrollo de la historia. Una historia entendida como el estudio de lo que los hombres han hecho en el pasado estaría necesaria e íntimamente interesada en la búsqueda de un cierto tipo de explicaciones, sino del todo semejante a las anteriores, por lo menos fuertemente emparentadas con ellas. Ya que estas intenciones, deseos, esperanzas y planes son producto y causa de acciones humanas, de acciones y hechos históricos. Pero debemos recordar que no son causas en el sentido común de la expresión. Y no lo son, por estar teñidas de una peculiaridad particularizante: no son causas observables, a lo menos en un sentido científico, son causas ideales que aparecen formando una unidad con las acciones externas que pretenden fundamentar y explicar. Su conocimiento sólo podría darse en y por un previo proceso de reduplicación, de revivencia, de reexplicación, de reactualización que debería producirse en la mente del interesado o del investigador. Esta teoría "de los motivos internos" como explicación del hecho histórico y por ende, de la generalidad de la historia, puede mostrarse y ser considerada como una transición entre las diversas razones y puntos de vista que llevan a sostener la hipótesis de que los motivos no constituyen ni representan causas en el desarrollo de la historia y la teoría diametralmente opuesta que confiere todo el peso y la importancia a las motivaciones y los motivos.

Dejando de lado otros aspectos del pensamiento de Collingwood que por más llamativos y significativos que sean no caben en los estrechos límites de esta investigación, y deteniéndonos un poco más en su teoría de las acciones humanas en la historia, no

9. Patrick Gardiner, *La naturaleza de la explicación histórica*, trad. J. L. González, ed. Universidad Nacional Autónoma, México, 1961.

deja de llamar la atención el que considere en los hechos históricos dados, concretos, conocidos, la existencia de una íntima y esencial división: el hecho histórico conocido sería lo "externo", algo que nos remite hacia un hipotético "interior". Es hipotético ese interior, en el sentido de la gran dificultad que presenta su conocimiento, que presenta su revivencia, la cual debe manifestar, mentar o recordar un determinado proceso mental pretérito. El desentrañar el sentido de la historia, misión fundamental del historiador, consistiría en un comprender, por repetición de vivencias, unas "escondidas" manifestaciones del pensamiento.¹⁰ Pensamos actualmente que si bien es indiscutible que una de las finalidades de toda investigación histórica es aquella que hemos tratado de exponer a través y con el pensamiento de Collingwood, y que nos muestra cómo los hechos históricos y sus secuencias se hacen inteligibles por medio de los motivos, inmediatos o mediatos, que pudieron tener los hombres que los efectuaron y habiéndonos hecho patente y notorio el hecho de que uno de los fines de la investigación histórica, de cualquiera que sea ella o cualquiera que sean sus fines, radica en lo que se pudiera llamar una investigación comprensiva de conciencias. Pero a pesar de todo, no debe, como parece no hacerlo, contentarse la ciencia histórica con permanecer en este nivel, por más alto o importante que sea. Tampoco pensamos que, como quiere el historiador Meyer, la fundamental misión del historiador, en este caso, del historiógrafo, debe limitarse a un "investigar los hechos que realmente han sucedido... en esto reside el fundamento sólido de toda historia".¹¹ No, la historia no puede considerarse de una manera tan fácil, tan simple. "Ustedes recogen los hechos, decía Febvre a sus alumnos. Para eso van a los archivos. Esos depósitos de hechos. Ahí no hay más que agacharse para coleccionarlos. ¡Ah ustedes! los limpian bien. Los colocan sobre el escritorio. Y hacen lo que hacen los niños cuando juegan con rompecabezas y tratan de reconstruir la bella figura que se les ha embrollado... el juego se ha acabado. La historia está hecha. ¿Qué más desean? Nada. Salvo: saber por qué. ¿Por qué se hace historia? ¿Y qué es

10. En esta teoría encontramos una dificultad metodológica, ya que de darse lo que Collingwood quiere, la historia se convertiría en un tejido de procesos especialísimos que, no sería atrevido pensar, dificultaría enormemente si no anularía la posibilidad de alcanzar esa "re-vivencia".

11. Meyer, *op. cit.*, p. 33.

pues, la historia".¹² Lo que se busca y desea encontrar en los hechos históricos no es su materialidad, su realidad física, por así decirlo, sino, pero siempre a través de ella, su significado humano. Que no puede ser conocido fuera de ella y que se encuentra siempre en ella misma. Que, en cierta manera, es esa misma realidad. Pero no lo es aislada o suspendida, ni mucho menos, muerta. Sino que muy por el contrario, puede ayudar a crear, a hacer surgir una realidad humana, una relación entre hombres dentro de una etapa social pasada y los miembros de una colectividad presente, sin importar de qué índole sea, sin tener en cuenta si es negativa o positiva, pero siempre buscando y tratando de mantener su realidad y su ser real.

El objeto de la historia está constituido por "acciones humanas de todos los lugares y de todos los tiempos" en la medida en que han tenido o tienen una determinada influencia en la existencia, estructura y modalidades de un grupo humano y, por intermedio del grupo, en una determinada sociedad humana.¹³ Con ello no queremos negar ni la existencia ni la acción de una subjetividad en la historia. Pero pensamos que se manifiesta de otra manera. Tampoco queremos negar la concepción de la historia sostenida por un Collingwood: "Toda historia es historia del pensamiento". Pero, debemos agregar, toda historia debe presentárenos dentro del desarrollo de una vida colectiva, dentro de la vida de una sociedad determinada y en una etapa concreta de su desarrollo y trayectoria. Es decir, dentro de un determinado marco, con características particulares y peculiares, y en un momento fijo e incambiable. Y todo ello, por intermedio de los fríos y estáticos datos que se encuentran en los archivos, en los libros, en las historias, en los documentos, en la tradición, en las ruinas, conocidos como verdaderos e interpretados, analizados y puestos al día. Es en la interpretación, intento de apropiación por posesión y comprensión, de lo que se creen que mientan y significan esos datos como se puede llegar a revivir el pasado. El historiador, pues, tiene que parir la historia, tiene que darle vida, tiene que mostrar o bien la supervivencia de un determinado proceso o la coincidencia de uno ya cumplido y un o unos acontecimientos presentes, de su presente, o viceversa.

12. Febvre, *Combates* ed. cit., p. 117.

13. Cf. Goldmann, *op. cit.*, p. 15.

Tiene que actualizar el pasado. Y lo actualiza intelectualmente. Y ello es así ya que todo conocimiento de lo histórico se nos presenta, nos llega, mediado por formas de pensamiento. Formas que suelen aparecer tomando dos vías aparentemente diferentes, pero que se nos presentan como constituyendo dos aspectos complementarios de un mismo tipo de actividad humana. Bien podemos decir, sin temor a caer en exageraciones, que lo que se encuentra en documentos y archivos, lo que se encuentra por intermedio de los llamados datos, es el impacto que unos sucesos han dejado en la mente de un observador, que, casi nunca, puede considerarse completamente imparcial. Que, por una determinada posición personal, sea ella de índole política, sea producto de una profesión, de una determinada fe religiosa o filosófica, o consecuencia de pertenecer a una determinada clase social, o por influjo de cualquier otro tipo de intereses, lo hace contemplar, observar y comentar al proceso en cuestión de una determinada manera radicalmente diferente a como pueda hacerlo otro individuo colocado en otra posición y viviendo otra circunstancia. Tal es el caso por ejemplo, de la narración que de la "conjura democrática de Catilina" conocemos por intermedio de un observador que luchó contra ella: Cicerón, y lo que nos han dado a entender otros narradores que no se vieron envueltos en esa lucha de la plebe romana: Plutarco. No es sólo esta la fuente de lo que se puede llamar "parcialidad histórica". Ya que lo que el historiador quiere encontrar y buscar en y a través de las observaciones-datos no son otra cosa que menciones de acciones y hechos que dirijan su pensamiento, pretendidamente omnicomprendivo, hacia una determinada actitud que pueda coincidir con las personales inclinaciones y puntos de vista del investigador. Que lo puedan llevar hacia unos hechos humanos o intelectualmente humanizados, capaces de coincidir con sus puntos de vista y concepciones de los problemas, que sean capaces de hacer despertar en él a lo menos una sombra de comprensión. Quien tenga por más importante exponente y vocero de su sociedad a la personalidad, bien sea por inclinaciones personales o por una postura frente a la vida, dedicará toda su actividad como investigador de la historia al tratar de rastrear y seguir en el pasado la problemática acción y pasión de las personalidades, tal como efectivamente lo hizo un Carlyle. Quien, por el contrario, considere que el factor más importante de las colectividades no se encuentra represen-

tado en la vida de unos hombres particulares sino en las instituciones, verá a la historia como el campo de acción más propicio para el desarrollo, evolución y progreso de unos organismos jurídico-estatales, tal como nos lo ejemplifica un Mommsen. Quien sostenga que las sociedades se definen de acuerdo con las relaciones económicas que en ella y sus partes pueden darse, naturalmente se verá llevado a atribuir todo el peso de la acción histórica a dichas relaciones, tal como nos lo muestran no sólo los historiadores marxistas sino ciertos investigadores contemporáneos como Braudel.

A lo que parece,¹⁴ nos encontramos con el hecho de que el "comprender intelectualmente" el devenir humano en su totalidad y en las partes en que se puede subdividir, no se dá solo en las llamadas historias de la cultura en donde es perfectamente comprensible que se dé algo semejante, sino que también se encuentra y dá en en aquellas manifestaciones de la historia que bien pudieran ser llamadas materiales, y no materialistas. En aquellas concepciones de la historia que nos quieren mostrar un *homo faber*, un *homo oeconomicus*, como siendo definitiva y radicalmente más importante que cualquier otra forma o manifestación de la acción humana vista a través del devenir de la humanidad. Sea legítimo el hacer esta división o no, no es esto lo que nos preocupa; lo que al parecer encontramos y encuentran los investigadores que así se enfrentan e interpretan así a la historia no es otra cosa que el impacto, el aspecto, la manifestación y las vivencias que a ellas se refiere y que una determinada acción material ha producido o desencadenado, por medio de un despertar, en el ánimo, en el intelecto, de un o unos hombres que la vivieron y la observaron y que de ella nos dejaron sus recuerdos. Bástenos recordar, por ejemplo, las tristemente famosas rachas de "hambruna" que con relativa frecuencia acosaban al campesinado europeo durante la Edad Media, o bien, la ruptura que en la vida económica de los habitantes indígenas de América se produjo como consecuencia y reacción frente a la conquista y colonización europea. O bien, la bancarrota y proletarianización, que a consecuencias de la revolución industrial, se vió sometido el campesinado inglés a mediados del siglo pasado.

14. Teniendo en cuenta las variadas inclinaciones que se pueden encontrar en la historia, por intermedio de sus investigadores y tal como lo hemos querido ejemplificar más arriba.

Estos hechos, y todos los que se quieran aducir, han llegado hasta nosotros a través y por intermedio de cronistas, viajeros, recopiladores, periodistas e historiadores. Y no nos los han mostrado tal como lo haría, o debería de hacer, un frío y desapasionado observador científico, un observador absoluto. Nos lo relatan de acuerdo como los vivieron, o creyeron hacerlo. Nos los muestran de acuerdo y en función de sus personales interpretaciones, por intermedio de sus ideas y creencias. Es decir: nos llegan interpretados y tamizados por medio de su subjetividad.

De ser aceptada esta concepción intelectualista y subjetiva del devenir historiado, bien puede hacérsenos clara la radical imposibilidad que se encuentra en un considerar a la historia como un conglomerado de procesos aislados que no muestran entre sí mayores nexos. Y ello es así, porque podemos encontrar un primer y primordial factor unificante de lo histórico: Las acciones, puntos de vista e intenciones no ya únicamente de los hombres que han vivido los sucesos y hechos de la historia, sino de los hombres que la han estudiado y que la estudian. Bien podemos decir, que los nexos existen y se dan porque previamente existen unas subjetividades unificantes, puesto que son ellas las que van interpretando, y no hay otra manera, a la historia como cumpliendo las leyes de un desarrollo causal, o de un desenvolvimiento dialéctico o sometida a una evolución casual.¹⁵

Con la interpretación de las cuestiones anteriores podemos tratar de apuntar la existencia de unas notas que se nos presentan como peculiares y, más aún, como características de la historia y, por tanto, del suceso histórico. La historia, la historiografía, bien pudiera ser la ciencia de los hechos y los sucesos acontecidos y sufridos por los hombres y por ellos mismos hechos en el pasado, pero tal como los ven unos determinados hombres en un presente concreto y real. Por tanto, podemos agregar, es histórico todo aquello que se considere como teniendo alguna influencia sobre una determinada sociedad o estructura comunitaria. Sería histórico to-

15. No hace mucho nos habíamos preguntado sobre la posibilidad de enfrentarnos a los hechos históricos atribuyéndoles la modalidad de ser "sucesos insulares". Pensamos que es el momento de contestar esta pregunta negando su posibilidad y remitiendo su solución a la interpretación de la anterior pregunta.

do aquello que deja atrás al individuo para tocar la vida social. Sería histórico toda acción individual que trasciende a su autor y llega a formar parte de una herencia social. Una vez más, la historia se nos presenta como una ciencia de acciones que puede ser vista como una ciencia de procesos, es cierto, pero de procesos humanos o eminentemente humanizados.

¿Si son las acciones humanas las que constituyen el principio y fin de las ciencias históricas, se está queriendo decir que la totalidad de ellas, que la vida y los hechos de los hombres de todos los tiempos constituyen el material sobre el cual debe versar la historia? ¿De existir una limitación en la suma del material histórico, en base a qué normas, método o criterio se puede efectuar una selección?

Sin importar de qué tipos sean o hacia qué direcciones apunte la historiografía, podemos destacar un hecho concreto: el número de acciones y sucesos con que puede contar un investigador puede ser considerado como inagotable e infinito. Haciéndose imposible en una investigación, por más meticulosa y laboriosa que pueda ser, pretender agotar el conocimiento del suceso histórico que se pretende desentrañar y conocer. Dejando de lado el hecho de la radical imposibilidad que presenta el conocimiento de muchos acontecimientos por carencia del material histórico necesario e indispensable para toda investigación, —hecho que nos muestra como en el primigenio substrato de la historiografía puede obrar el azar, sobre este tema tendremos ocasión de volver más adelante—, y quedándonos en el caso bien frecuente y común de la existencia de un material historiográfico conocido y comprobado, nos damos cuenta que todo él no tiene el mismo valor, que no siempre puede ser considerado como veraz, a pesar de mentar un hecho real. El investigador se encuentra con una multitud de sucesos, con todas unas colecciones de material historiográfico que puede y debe ser dejado de lado. Y esto plantea un problema fundamental: “¿cuáles entre los sucesos de que tenemos noticias, pueden considerarse realmente como históricos?”¹⁶ La pregunta formulada por Meyer bien puede transformarse y hacemos cuestión sobre el criterio de selección del material histórico.

16. Meyer, op. cit., p. 34. El subrayado es nuestro.

Recordemos lo que hace un momento señalábamos: el historiador tiene la posibilidad de aprehender su objeto en relación consigo mismo, pensando en sí mismo, como hombre de un determinado momento que vive y ocupa un lugar en una sociedad determinada. Se enfrenta al suceso, lo recrea y le aplica su sello, explicándose y explicando el presente de su sociedad por intermedio de unos acontecimientos pasados. Si esto es así, el criterio de selección del material histórico corresponde al interés histórico del presente, manifestado por intermedio de los intereses personales del estudioso. Citemos una vez más las ideas de un reconocido historiador: “los campos o los que se proyecten en mayor medida el interés (el del investigador) dependerán de la orientación del tiempo en que vivimos: unas veces se destaca este aspecto y otras veces aquel... No existe, en este punto, ninguna norma absoluta... este interés puede recaer tanto sobre un individuo como sobre una colectividad, sobre un pueblo, un estado, una cultura; pero, históricamente, ninguno de estos objetos interesa pura y exclusivamente por sí mismo, sencillamente porque exista o haya existido alguna vez, sino por su carácter relevante.”¹⁷ Lo que este historiador está tratando de hacer notorio es el hecho de que en su disciplina de estudio no se trata de mostrar lo exclusivamente genérico, lo que es común a hombres de variadas y diferentes épocas, lo que se ha convertido en el acervo de toda la humanidad o lo que mientan maneras comunes de actuar y que no son peculiares de un determinado momento o de una determinada cultura. Lo que se está queriendo mostrar es lo relevante, para emplear la terminología de Meyer, es decir, lo característico, lo singular, o, mejor, lo específicamente singular, lo que distingue un suceso de otros, lo que diferencia una institución de otra semejante o análogas a ellas. El historiador considera al suceso que se ha hecho cuestión no como miembro de una familia, de una clase, sino como algo que posee el suficiente número de notas para poder ser visto en sí mismo y por sí mismo. Pero si el historiador, el historiógrafo, busca y ve en los sucesos históricos su mismidad, lo hace dándose cuenta que lo que caracteriza a los sucesos, lo que los hace cobrar importancia y lo que hace útil a la disciplina intelectual que versa sobre ellos, es la multiplicidad y duración de efectos producidos, la intensidad

17. Meyer, op. cit., pp. 34-35.

de la repercusión que el suceso histórico posee en el espacio y en el tiempo. Nos interesa un hecho acaecido en el pasado no sólo por él mismo, sino por la carga de humanidad que nos está haciendo patente, por las influencias que de él podemos encontrar en nuestro presente, por las explicaciones que de él podemos obtener para comprendernos como hombres y como miembros de una colectividad, como herederos de la vida y la acción de otros hombres. Si bien es cierto que las acciones humanas son el principio y el fin de la historia, también lo es que no todas las acciones o instituciones humanas pueden ser consideradas como mentando o como constituyendo hechos históricos. No todas tienen la posibilidad de hacerse trascendentes. Y es en última instancia el historiador quien escoge, de acuerdo con su momento, cuáles de estas instituciones y acciones merecen ser historiadas. La consideración histórica es la que convierte a una, o algunas, de las numerosas, variadas y múltiples acciones humanas en acontecimientos y sucesos concretos. Y lo hace destacándolas, dándoles relevancia y prestancia. Haciéndolas ejemplar, en los dos sentidos de la palabra, de la masa infinita de los hechos producidos en un mismo momento y con un sentido semejante. Todo ello en función del presente del historiógrafo, entendiendo por tal su individualidad y el impacto de la gama de intereses y posiciones espirituales y materiales que se entrecruzan, encuentran y le constituyen su mundo, su época.

En las primeras páginas de este capítulo nos habíamos planteado el problema, que le dio origen, de la distinción existente entre un suceso histórico y un hecho intrascendente acaecido en el pasado y la posibilidad existente de un cambio de potencia entre los dos factores de la distinción. Parece ser que ya contamos con el material suficiente para llegar a obtener una respuesta más o menos clarificadora y adecuada:

Es histórico todo hecho, suceso o proceso que produzca un impacto, que sea trascendente, pero teniendo en cuenta una doble peculiaridad: 1. Trascendente en un sentido témporo-espacial y mostrando una acción continua, es decir, en el sentido de una supervivencia más o menos continua y no sólo fácilmente reconocible en la actualidad, sino reconocida como tal en otros momentos y circunstancias históricas. Tal es el caso de la trascendencia e in-

fluencia en la vida histórica de las sociedades de las llamadas religiones superiores, o la influencia y trascendencia de ciertas actitudes vitales ejemplificadas en y con las figuras de ciertos reformadores: Jesucristo, Buda, Lutero, Bolívar y Lenin.

2. Trascendencia discontinua, producto de las necesidades momentáneas de una determinada sociedad o parte de ella, de una clase. Es en este segundo significado donde se hace más patente la intervención de la subjetividad creadora del historiógrafo. Estamos en el campo de la re-invenición, re-creación, o re-vitalización de la historia. Como ejemplo podemos volver a traer la ya mentada historización de los fenómenos y hechos económicos o la importancia histórica que últimamente se otorga a ciertas clases sociales y la lucha que pueden presentar. Tal es el caso de la importancia que desde hace unos cuantos años se está dando en Francia al campesinado y sus relaciones sociales como factores esclarecedores de la historia.¹⁸

§ 7. La iniciativa privada y la historia.

“Se ha dicho, señala Charles Gousel, que son los grandes hombres los que hacen la historia: hay que añadir, inversamente, que es la historia la que hace a los grandes hombres”¹⁹. Es pues tiempo, de que veamos no ya los conceptos que se han entretejido en torno del impacto de las obras y la figura misma que las personalidades pueden presentar en la historia, sino lo que bien pudiera ser llamado “la iniciativa privada y la historia”. La historia entendida como campo de acción y surgimiento de las personalidades y la influencia que ellas pudieron llegar a producir en el devenir y, por el contrario, el influjo y la acción de la historia sobre las personalidades.

18. Tal es el caso de la llamada “Historia Social” o de la “Historia de las Mentalidades”, para citar sólo dos casos. Estas modalidades se pueden ejemplificar en Francia con las obras de un Marc Bloch, Lucien Febvre, o de un Charles Petit-Dutallis. Cf. Marc Bloch *La Sociedad Feudal*. La Formación de Nexos de Dependencia, ed. Albin Michel, París. Lucien Febvre, *El Problema de la Incredulidad en el Siglo XVI*. La Religión de Rabeleis, ed. Albin Michel, París. Charles Petit-Dutallis, *Las Comunidades Francesas desde sus orígenes hasta el Siglo XVIII*, ed. Albin Michel, París.

19. Charles Gousel, *Balace de la sociología francesa contemporánea*, trad. J. Ferrer, ed. América, México, 1945, p. 101.

Para Pierre Lacombe toda ciencia, sin tener en cuenta cuál, por no importarle en el caso que se plantea, debe tener la posibilidad de prever y conocer la naturaleza del objeto a que se enfrenta, debiendo presuponer las últimas manifestaciones que pueda presentar su objeto-problema. Potencial de previsión que no es siempre el mismo, ni tiene los mismos alcances en todas y cada una de las diferentes ciencias, ya que todas ellas se encuentran supeditadas a las características propias del diferente objeto al que se enfrentan y problematizan. Así, las ciencias naturales físico-matemáticas tendrían una mayor posibilidad de previsión frente a las ciencias de la cultura y una mucho más amplia posibilidad frente a las llamadas ciencias sociales. Entre estas últimas se encuentra la historia y se destaca por la anterior característica. No sólo por la complejidad propia que presenta el estudio de la historia y de lo histórico, sino porque es en su campo donde más se hace notoria y notable la intervención e influencia de las acciones humanas. Acciones que crean o hacen surgir toda una gama de posibilidades que, por así decirlo, no sólo se entrecruzan y chocan, sino que, y por ello mismo, hacen bien difícil, si no imposible, la existencia de algo así como una previsión histórica. Las influencias que dan vida a esta nueva nota, para Lacombe esencial, de la historia no son las acciones y pasiones de todos y cada uno de los hombres. Son con definitiva exclusividad las acciones, pasiones e influencias de los grandes hombres²⁰. Pero, continúa expresando nuestro autor, a pesar de todo la historia debe prevenir y prever y no sólo mostrar lo que ha sido y lo que ha sucedido. Al prever la historia debe poder mostrar una actitud de reserva y decirnos algo así: "Si surgen tales condiciones históricas deben presentarse y darse tales y cuales fenómenos, salvo la acción de las grandes personalidades, de los grandes hombres, en suma: de las personalidades".

El historiógrafo, tanto como el filósofo de la historia, tiene como meta el enfrentarse y esclarecer, en la medida de sus personales posibilidades y limitaciones, lo que del pasado interesa e importa más al hombre del presente. Y ello es, para Lacombe, el progreso, bien sea el entendido como devenir de idea o el comprendido como transformación de instituciones. Es en este campo del progreso

20. Pierre-Lacombe, *La historia considerada como ciencia*. trad. J. L. de Angelis, ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948, p. 304.

donde las personalidades encuentran su más pronto nivel de acción. El progreso no es sólo un campo de acción de las personalidades sino el inmediato resultado y la directa labor de ellas mismas, ya que "la opinión pública... es generalmente hostil al progreso". Este amplio radio de acción es el que muestra y presenta un mayor número de inconvenientes y dificultades para su esclarecimiento, análisis y estudio. Ya que el historiógrafo, al menos el de la época en que escribe Lacombe, no puede conocer por limitaciones debidas a estrechas concepciones y raquíticos medios y métodos, "la fuerza del maquinismo social". Es decir, la acción e impacto social de las personalidades. Desconocimiento que los ha llevado a concebir y admitir que una sociedad puede ser forzada por un hombre superior. Debiéndose admitir, para poder explicar este fenómeno aparentemente irreductible, la existencia de algo así como un genio nacional, responsable y causante de las acciones propias de las personalidades. así, "el gran individuo escapa a la ciencia: es una causa perturbadora"²¹.

El entender a las personalidades como causas perturbadoras es lo que, cree Lacombe, ha llevado a los historiógrafos y a los teóricos de la historia a sostener la tesis de que los grandes hombres no surgen por sí mismos sino que se hacen y se transforman en y por la conducta general de las colectividades en que se desarrollan. El sostener esta tesis otra semejante no elimina ni definitiva ni parcialmente la contingencia que representan las personalidades y, para obviar el problema, suelen concluir: "que los grandes hombres no son sino los representantes de su país; ellos encarnan sus ideas y sus aspiraciones". Tesis con las que en ningún momento Lacombe se encuentra de acuerdo. Y no se hace co-partícipe de ellas por considerarlas como demasiado exclusivas y unilaterales. Ciertamente, claramente nos dice, las personalidades actúan en cierta medida como los representantes de su medio y, aún más, "como hombres universales". Pero el que esto sea así no implica el afirmar que no haya nada de personal, propio y subjetivo, en el papel que desempeñan o en el que a través de la historia nos muestran. El sostener este punto de vista no sería otra cosa que un pecar contra lo más definitivamente histórico que puede encontrarse en la historia: la evidencia de los hechos de los grandes hombres. "¡Cómo!, exclama La-

21. Lacombe, *op. cit.*, p. 206.

combe, no hay nada de esta individualidad única que se llama Juana de Arco en la labor que Juana de Arco cumple, nada de Mahoma en lo que hace Mahoma; y lógicamente nos lleva; nada de Napoleón en la epopeya del primer Imperio; Napoleón encarnando las ideas, las aspiraciones de su tiempo. Napoleón representando únicamente no se que de común... igualmente no aportando en la ejecución de los designios franceses una medida de potencial intelectual que le sea propia y que influya admiración. Se convendrá de que es duro de aceptar y, sin embargo es necesario llegar hasta ahí o la tesis se derrumba... el individuo no es nada en su destino; a su alrededor hay una conducta que lo lleva".²²

El punto central del argumento de Lacombe en torno al espinoso problema de la historia como campo de acción de las personalidades y su influencia, se encontraría expresado en su teoría sobre la historia entendida como progreso y comprendida como ciencia. Sus argumentos se pueden reducir a uno solo de muy fácil expresión: la historia, la historiografía diríamos nosotros, debe ser una actividad científica. Pero no debe ser una ciencia especial ni tampoco una ciencia diferente, sobre todo en sus métodos y fines, al resto de las otras ciencias. Pero el que exista una determinada similitud entre la historia y las demás preocupaciones científicas no debe ni puede hacer que se la entienda de una misma manera o que se la comprenda con un estado anímico similar al que hace que se comprendan las otras ciencias. Lacombe quiere que la historia-ciencia que promulga no sólo sea en sus métodos y fines del todo semejante al resto de sus hermanas, también quiere que sus procedimientos de investigación, por ser claras manifestaciones de su método, sean en un todo semejantes a los mantenidos y sostenidos por las ciencias empíricas y naturales de fundamento matemático. De existir esta primaria igualdad podría la historia sostener y concluir tesis y afirmaciones en un todo semejantes a las que es usual se den, por ejemplo, en las ciencias llamadas exactas. Semejanza, que, como ya lo hemos visto, para Lacombe, descansa en la necesidad y posibilidad de alguna forma de previsión. Pero también es cierto que este autor se da clara cuenta, como también ya lo hemos señalado, de la imposibilidad radical de una previsión histórica semejante a la sostenida y man-

22. Lacombe, *op. cit.*, p. 30.

tenida por otra ciencia. La previsión histórica sólo podría ser relativa, sería una previsión de segundo grado, por estar fuertemente teñida por lo subjetivo, por la libertad, es decir por lo más imprevisible. Carencia de previsibilidad que no es otra cosa que el producto de la existencia en la historia de las personalidades como los principales y, en ciertas ocasiones, más decisivos motores de ella. Puesto que, también para este autor, las personalidades cumplen el papel de producir y guiar el devenir temporal de los hombres y de las colectividades produciendo por su directa acción aquel movimiento que se considera como el más característico de los que puedan darse en la trayectoria compleja y complicada que trazan las sociedades: el progreso.

El principal motivo por el que pudo llegar Lacombe a sostener esa modalidad en el estudio de la historia bien pudo haber provenido de la divulgada concepción de la ciencia, sobre todo de la sustentada en base y teniendo en cuenta las ciencias exactas como paradigmas a seguir en el estudio y análisis de todas y cada una de las actividades culturales, prácticas o de cualquier otro índole de los hombres. No debemos dejar pasar sin mencionar el hecho de que Lacombe escribe en una época en la que es bien notoria y aceptada la influencia del positivismo. Del cual bien pudo haber tomado los lineamientos generales de su concepción científicista de la historia. A través de ella se nos hace bien notoria una confusión entre los variados niveles las diferentes actividades y actitudes científicas o frente a la ciencia. Es un hecho bien claro en su pensamiento el deseo de aplicar o calcar los alcances de las ciencias naturales a los logros hipotéticos de las ciencias sociales. Como en las primeras es posible una predicción,²³ debe ser o mostrarse como posible algo semejante en las segundas. Pero ya hemos tratado de mostrar cómo dentro del propio pensamiento de Lacombe se muestra la imposibilidad de existir una previsión histórica. El haberse dado cuenta de ella lo lleva a otorgar un lugar preponderante al segundo de los factores en juego: las personalidades. Presentándosele la historia real así como la no escrita, como el campo de acción casi ex-

23. Que de hecho ya se había dado y explotado, bástenos recordar una de las teorías naturales más divulgadas en aquella época: El Evolucionismo Darwiniano.

clusivo de una Juana de Arco, de un Mahoma o de un Napoleón. Como campo de operación casi exclusivo de lo más contingente, por más subjetivo e imprevisible.

La historia es ciencia, si, pero es ciencia social y, como tal, tiene sus propios procedimientos, sus peculiares maneras de enfrentarse a los hechos que o bien caen en su campo o bien se los apropia, sean ellos culturales o provenientes de un impacto científico, sean ellos guerreros o provenientes de influencias religiosas. La historia como "empresa razonada de análisis"²⁴, o lo que es lo mismo, como actividad científica, no tiene por qué recurrir o buscar algún tipo de previsión. Debe contentarse, y puede hacerlo, y no es poco, con la visión y comprensión de los hechos de los hombres en el pasado. La historia, su reflexión y su filosofía deben proceder como quería Hegel que procediera su Ciencia: "Al decir, aún una palabra acerca de la teoría de cómo debe ser el mundo, la filosofía, por lo demás llega siempre demasiado tarde. Como pensar del mundo surge por primera vez en el tiempo, después de que la realidad ha cumplido su proceso de formación y está realizada. Lo que el concepto enseña, la historia lo presenta, justamente, necesario... Cuando la filosofía pinta el claro oscuro, ya un aspecto de la vida ha envejecido y en la penumbra no se lo puede rejuvenecer, sino sólo conocer: el buho de Minerva inicia su vuelo al caer el crepúsculo"²⁵.

Consideraciones como las que hace Lacombe llevan a ver el devenir histórico como una manifestación escatológica. Así, sus consideraciones sobre la historia se nos antojan casi en un todo semejante a las consideraciones que durante la Edad Media imperaban en y sobre la historiografía. "La revelación cristiana, resume el crítico e historiador Collingwood, ofrecía una visión de toda la historia del mundo, desde su creación en el pasado hasta su fin futuro, dentro de la perspectiva, intemporal y eterna de Dios. De esta suerte, la historiografía medieval miraba hacia el fin de la historia como algo determinado por Dios y al mismo tiempo, como algo que

24. Cf. *Supra*, p. 9 ss.

25. Hegel, *Filosofía del derecho*, trad. A. Mendoza, ed. Claridad. Buenos Aires, 1955, p. 36.

el hombre sabía de antemano por revelación"²⁶. Es comprensible que en la Edad Media se mantuvieran y sostuvieran concepciones de este tipo frente a la historia, pero es un poco fuerte el que a principios del siglo XX se les dé, o pretenda dar, un nuevo vigor. El historiador, el historiógrafo, debe enfrentarse al estudio del pasado, no tiene por qué tener en cuenta un hipotético futuro. El surgimiento de una visión futurista de la historia bien puede deberse al aislamiento y universalización de uno de sus elementos constitutivos, concibiéndoselo como un agente extratemporal y, por ello mismo, que se encuentra fuera del proceso que lo dirige y cobija. Ciertamente para Lacombe ese elemento no es la divinidad, pero lo es la ciencia. Ciencia deshumanizada, ciencia divinizada, atemporal en su concepto pero temporal en su resultado. Se concibe a la ciencia y a sus leyes como operando por sí y ante sí, sin tener en cuenta los propósitos de los hombres que las crean e integran y la función social que desempeñan en las comunidades históricas. Nos parece que en este tipo de concepciones en la historia se da una mucho mayor importancia a la estática y no a la dinámica de los acontecimientos, de los sucesos. Parece que se está atribuyendo y colocando en su segundo plano los rasgos particulares que determinan y configuran una época histórica o una secuencia de sucesos. Haciéndose descansar todo el peso del análisis en la búsqueda y elucidación de los momentos y aspectos recurrentes, sobre aquello que se considera ser igual en todo momento, en todo tiempo, y para todos los hombres. Sólo en base de estas premisas es posible imaginar la posibilidad de una previsión o predicción histórica. Para preveer es necesario consierar los invariantes que se han manifestado en y a través de lo sucedido o que es posible encontrar en lo acaecido. Lo que, aparentemente, puede volver a darse y encontrarse. En esta visión muerta, estática, del pasado todos los acontecimientos son individuales e intercambiables. "Físicamente" se distinguen, tienen y ocupan un lugar determinado en el tiempo, pero en su significación son iguales, son inmutables, son invariables. La historia-ciencia aparecería cumpliendo una necesidad causal completamente independiente de la acción de los deseos de los hombres concretos y temporales que constituyen el origen y la finalidad, no teleológica,

26. Robin G. Collingwood, *La idea de la historia*, trad. E. O'Gorman y J. Hernández, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952, p. 20.

de la historia y de su estudio. La causalidad, puesto que en cierta medida, previsión y causalidad se unen, a lo menos en posiciones escatológicas y en ciertas modernas teorías sociológicas, que puede y debe presentar la historia es la que se puede dar y encontrar en la efectividad de su pleno desenvolvimiento y desarrollo y no la que puede provenir de alguna clase de imposición, sin importar cuál sea, de qué tipo sea o en función de qué intereses se encuentre.

Henri Beer, pensador mucho más cercano a nosotros, a lo menos en lo que hace a las fechas, sostiene frente a los problemas que preocupaban a Lacombe un punto de vista si no radicalmente opuesto por lo menos muy superficialmente emparentado. Diferencias que sobre todo se hacen notables en su concepción de la historia y de la historiografía como *síntesis científica*.²⁷ Para Beer, la historia, considerada como una síntesis de los logros de las diferentes manifestaciones de las ciencias sociales, puede tener, en cierta manera, algún tipo de previsión. Previsión que entra en juego en la historia en la medida en que forma parte de ella y de su estudio el desenvolvimiento de las individualidades, de las personalidades. La previsión que encuentra Beer en la historia sintético-científica es bien diferente a aquella que en la historia-ciencia encontraba Lacombe. Este nuevo tipo de previsión, por depender de la existencia de las personalidades, es previsión, o mejor, anticipación de hechos psíquicos. Así, encontramos una fuerte y radical diferencia en las concepciones de estos dos autores: para Lacombe las personalidades introducen una carga de anarquía en la historia. La intervención de lo subjetivo dá al traste con las preocupaciones científicas frente a lo histórico. Beer, claramente sostiene un punto de vista totalmente antagónico: son las personalidades, entendidas como entidades subjetivas e introductoras de subjetividad, quienes hacen posible una previsión de hechos psíquicos. Que es de menor importancia, ya que, si bien es cierto las personalidades ocupan un lugar indiscutible en la historia, su padecer y acción personal, subjetiva, no lo es todo en el devenir de los hombres y de las entida-

27. No debemos olvidar que este autor es uno de los principales sostenedores de la renovación contemporánea de la ciencia histórica en Francia. Sobre todo de la que se ha efectuado a través del movimiento del cual es vocera la *Revista de síntesis histórica*.

des: "Pero a hechos de orden personal, que están bajo la dependencia directa de la individualidad, siguen hechos exteriores al individuo, de variable número e importancia."²⁸

El que exista esta posibilidad de predicción, con todas las limitaciones que pueda tener y que pueda otorgar este autor, muestra al unirse y hacerse una con los llamados hechos exteriores, la existencia concreta en la historia, y con nuestra terminología, de individuos y personalidades, de acontecimientos contingentes y de sucesos. Además, esta previsión psíquica podría llevar al historiógrafo no sólo hacia una más completa comprensión de las más íntimas motivaciones del individuo histórico y, con ello y por ello, a una mejor, aunque no definitiva, elucidación de esos hechos exteriores que la personalidad histórica debe tener en cuenta y debería, en el mejor de los casos, poder modificar o tratar de hacerlo. Así pues, la relativa y limitada previsión y su conjunción con la amplia gama de factores externos a la personalidad que el historiador se hace cuestión mostraría, según Beer, como uno de los factores más importantes, sino el definitivo, de la labor concreta de las personalidades reales en su influencia. Una de las grandes metas de todo historiógrafo y de toda actividad histórica que quiera ser consciente y coherente consigo misma es el estudiar, analizar y definir el alcance y la amplitud de la influencia propia que presentan las personalidades a través y por intermedio de su vida y acción sobre esos factores que Beer llama externos.

No es éste el único pensador de la historia que cree que la importancia de las personalidades o, lo que viene a ser lo mismo, que la acción histórica que puedan presentar, debe ser entendida en términos relativos a su influencia real o ideal sobre los sucesos concretos de un momento histórico determinado, o sobre el devenir parcial o global de una sociedad. Ya que, por ejemplo, se debería, al seguir esta línea de pensamiento en una labor concreta de historiógrafo, al estudiar y analizar una personalidad tal como Napoleón, rastrear su influencia militar y política en la Europa de su época y mostrar la influencia que instituciones como el "Código Napoleónico" muestran al crear, o al reflejar, una nueva manera

28. Henri-Beer, *La síntesis en historia*, ed. Albin Michel, 2 ed., París, 1953, p. 76.

de ser social, una nueva manera de relacionarse el individuo y la sociedad, una nueva manera de enfrentarse a la vida que, hoy, se nos presenta como histórica.²⁹

Friedrich Meinecke, pensador colocado en una posición filosófica que poco tiene que ver con las anteriores, en cierta manera coincide con ellos al destacar como principal fuente de acción de las personalidades la influencia directa en y sobre los acontecimientos que en sus vidas o durante ellas se han producido. Y, en cierta medida, hace suya la concepción de las personalidades como introductoras de un elemento de imprevisibilidad en la historia. Por ello adquiriría esta ciencia que es la historia unas notas y unas peculiaridades propias bastante lejanas de las que se pretenden alcanzar, o alcanzan, las ciencias universalistas de fundamento natural o físico-matemático. "Las personalidades conductoras", escribe Meinecke al revisar la filosofía de la historia de Vico, y las guerras son las que prestan, en primer lugar al proceso histórico su patente

29. Hablamos en este párrafo de una influencia ideal, con ello nos referimos y queremos dar a entender que no debe restringirse el estudio de las personalidades, de no importa cuál de sus facetas y manifestaciones, al campo de las personalidades y actuaciones concretas, al campo de las personalidades con un claro pasado y con una clara acción en el pasado. Su estudio debería ampliarse hasta llegar a cobijar a las llamadas personalidades ideales, a las personalidades sin un clara y definida existencia histórica, a aquellas que bien pudiéramos llamar "personalidades míticas". Podemos poner en duda o descartar su existencia real pero no podemos dejar de ver su "influencia ideal" en la existencia, transformación y evolución de algunas de las más características instituciones sociales de las culturas humanas, sean estas históricas o no, sean primitivas o se encuentren en un elevado período de vida cultural. "No nos interesa particularmente ver, escribe un psicólogo contemporáneo, si en realidad vivieron Rip van Winkle, Kamaru-Semán o Jesucristo. Sus historias son las que nos interesan y éstas están tan ampliamente distribuidas por el mundo, unidas a diferentes héroes de diferentes países, que el problema de si es o no histórico, vivo, este u el otro aportador local del tema universal sólo puede tener una importancia secundaria. El subrayar este elemento histórico llevaría solamente a la confusión, y serviría para ofuscar el mensaje de la imagen". (Joseph Cambell, *El héroe de las mil caras*, trad. L.J. Hernández, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 211.). Si bien reconocemos la importancia y la realidad de esta modalidad de la personalidad y de su estudio, aunque no estamos totalmente de acuerdo con la un tanto exagerada presentación de Campbell, debemos no darle mayor importancia, ya que de hacerlo nos veríamos obligados a tocar y adentrarnos en problemas que nos alejarían de los lineamientos trazados desde un comienzo.

carácter de peculiaridad e imprevisibilidad, que lo hacen imposible de ser captado con leyes de carácter universal".³⁰ Aquí pues, también, se encuentra claramente expresada la idea de que con las personalidades y su influencia entra en la historia un nuevo factor que si bien no es definitivo, es por lo menos, un elemento que puede caracterizar eso que llamamos historia y que, además de caracterizarla, la convierte en una ciencia diferente de las otras, pero emparentada con las llamadas ciencias sociales. A diferencia de Beer, Meinecke no atribuye todo el peso de esta nueva caracterización a las personalidades, hace que ella surja de la unión de las iniciativas de los conductores y las catástrofes bélicas. Guerras que, en la gran mayoría de las ocasiones y situaciones escapan al influjo de las personalidades aunque éstas sean sus conductores y aparentes creadores, abriendo nuevos caminos al desarrollo de la "evolución general". Evolución de la sociedad, marcha hacia ella, deseo de alcanzarla por apropiación o usufructo contribuyen a crear el más propicio campo de acción para la actuación de las personalidades, sin importar a qué orden o nivel pertenezcan, sin tener en cuenta el que sean militares, culturales o religiosas.

Según Meinecke lo que define a las personalidades no es la posible influencia que puedan haber mostrado o desarrollado, como tampoco lo es la "llamada" que puedan hacer emanar de su figura o por intermedio de su acción. Las personalidades logran adquirir un relevante lugar y una gran importancia en la vida de las sociedades de acuerdo con la labor efectiva que cada una de ellas logre mostrar. Por el poder que pueden desempeñar en un trazar nuevas rutas a los hombres y a las colectividades y así abrir nuevas metas a la historia. No es pues la influencia, sino la acción efectiva. No es lo que pueden haber hecho o hayan deseado hacer, sino la labor cumplida lo que define a un conductor y lo convierte en una personalidad notoria y notable.

Las ideas de Meinecke en torno a las personalidades pueden, en cierta medida, aparecer como el caso típico de quienes analizan a la historia desde un doble punto de vista: desde un aspecto in-

30. Friederich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, trad. J. Mingorro y T. Muñoz, Fondo de Cultura Económica, México, 1943, p. 62. El subrayado es nuestro.

terno, desde la acción subjetiva de los aparentes sostenedores de la acción histórica y desde lo que bien pudiera llamarse el análisis de lo externo de la historia. Exterioridad que en este caso se encontraría constituida y conformada por las guerras, concibiéndoselas como exteriores, puesto que constituyen o representan las manifestaciones más visibles y, por visibles, más comprensibles. Y todo ello no sólo para el cronista o el historiógrafo, sino para quienes viven en el momento en que los acontecimientos surgen, están presentes, cuando se suceden y desenvuelven.³¹

En la obra que redactara Max Scheller sobre sus personales ideas en torno a las personalidades nos encontramos con una concepción mucho más radical que las anteriores. No sólo para Scheller los acontecimientos-época no tienen ninguna importancia, sino que por el contrario todo el peso de la historia descansa sobre una de las partes que, según este autor, integran el complejo que hemos venido llamando personalidad. La historia se reduce, para Scheller, hacer la narración, de los ideales, normas y leyes morales que toman los hombres para normar su conducta social y personal. Creándose leyes e imposiciones morales, que deben su existencia y acatamiento al hecho de ser reflejos de los sistemas y tablas de valoración aparentemente creadas y realmente mantenidas por unos "hombres modelos". Así, la reflexión del filósofo o del analista de la historia debería reducirse a mostrar lo más claramente posible el origen, formación y desarrollo de los creadores de valores, o, es lo mismo, mostrar y elucidar el centro del alma de la historia. Para Scheller, y esto es lo que más nos interesa destacar, el hombre común, el hombre base de la historia, no puede tener o mostrar frente a los forjadores de valores una actitud diferente a la de aparecer como su manso seguidor. La personalidad por sus propios medios o por influjo y acción de los valores que encarna, se impone, se apodera de los hombres y los hace actuar de la manera que desea

31. Desde luego, no creemos que se deba considerar como únicos sucesos exteriores de marcada importancia, o, para emplear la terminología propuesta por Collingwood "acontecimientos que hacen época", "acontecimientos-época", a los conflictos bélicos. Deberíase también tomar en cuenta los grandes momentos de la cultura, de la investigación científica, del desarrollo económico, etc. Limitación que no deja de extrañar en un seguidor y continuador de Dilthey.

antes de que ellos puedan o quieran escoger el camino a seguir.³² Como ya sucedía en el pensamiento de Bergson, el individuo, el hombre sencillo, el hombre de la calle, se convierte en un ser inerte e inerte, en un ser caracterizado por una absoluta pasividad, al que hay que llevar 'como de la mano'. Si en el individuo debe darse y se da esta actitud meramente receptora frente a la personalidad encarnadora de valores, en el caso de la masa la situación se torna mucho más aguda, mucho más grave y dolorosa. Puesto que a pesar de todo, sobre todo a pesar de la imposibilidad de una más o menos libre escogencia, el individuo puede llegar a ser consciente de su actitud frente al guía y al conductor, en tanto que la masa no puede ni siquiera tener esa vía de posible escape ya que es lo que se representa con su nombre: conglomerado amorfo con una absoluta y definitiva carencia de algo así como una conciencia. El hombre en comunidad se convierte, para Scheller, en miembro no ya de una horda, en la que es posible notar y distinguir algo semejante a una especie de principio individualizador, sino en una manada, mucho más semejante, si no idéntica, a una mezcla de animales que a un conglomerado de seres humanos conviviendo en sociedad.

Ideas como las de Max Scheller llevan a sostener que la única actuación valedera y definitivamente positiva que pueden hacer y mostrar las personalidades se reduce y concreta a un reflejar acciones morales positivas, a un personificar valores ético-religiosos o de cualquiera otra índole. Si así se concibe la acción histórica de las personalidades es necesario, más aún es indispensable, para poder comprenderlas y situarlas, el concretarse, en el campo propio del estudio de la historia, a lo que se podría llamar *determinar grados de responsabilidad*. Pero no de una responsabilidad cualquiera, no de una responsabilidad libre o pretendidamente fundada en la libertad, sino de la concreta responsabilidad que entraña el ser "creador de valores" o representante visible y temporal de ellos. Grados de responsabilidad que podrían y deberían ser elucidados por la historia y ante la historia. Así pues, parece que es el deseo de Scheller, la historia y los estudios historiográficos se convertirían en un tribunal de valoración, que, de acuerdo con una preestablecida gama

32. Max Scheller, *El santo, el genio, el héroe*, trad. E. Mamy, ed. Vitte, Lyon, 1958, p. 29.

de valores, juzgaría a un determinado individuo, vería si una personalidad ha sabido y podido guiar a una masa en la prosecución y vida de los valores. Es decir, si por la directa intervención de un individuo-personalidad le ha sido posible a todo un pueblo, a toda una sociedad, alcanzar un ideal de vida más pleno y más de acuerdo con alguna norma axiológica. Esta historia erigida en tribunal bien podría tener otra función que cumplir y, sería una meramente educadora y formadora de un determinado y preestablecido tipo de conciencia en el pueblo, en la masa, llegaría a cumplir esta finalidad dedicándose a mostrar por intermedio de los representantes de los valores, por intermedio de la preponderante labor de los menos, las normas de acción que deben seguir los más. Pero en donde se puede encontrar la más plena y concreta labor que puede cumplir una historia, que quiera verdaderamente ser tal, es en el "descubrimiento de los valores eternos" que se han de manifestar y concretar en las personalidades históricas reales o irreales: en el conductor de pueblos, en el guerrero, en el político, en el creador de religiones y en el santo.

La historia para Scheller, como ya hemos anotado y resumido, se reduciría a ser el campo de acción y manifestación de los valores entendidos como esencias puras e intemporales, mediados por la directa acción de unos hombres clave. Un enfrentarse al estudio de la historia de la manera sostenida y promulgada por este autor nos parece no sólo conducir a ese determinar grados de responsabilidad extra histórica, sino a un tomar las personalidades como ejemplos, como constituyendo o representando avances u obstáculos en el progreso de la humanidad hacia la obtención plena, en esta vida histórica, de los valores ideales y eternos. Así, se vería a la historia como un proceso ascensional hacia una superación de los valores y por los valores. La historia, tanto la vivida como la escrita, no tendría cabida para aquello que se apartara de esta suprema finalidad, haciéndose muy limitado el interés y el campo de acción para y frente a los hombres con minúscula, sostenedores y fermentos de todo acaecer y desarrollo histórico.

"Determinar los grados de responsabilidad, atribuir esta o aquella consecuencia a su libre decisión (de las personalidades), colocarlas como ejemplos u obstáculos, tratar de extraer enseñan-

zas de su vida, se torna insensato", escribe Isaiah Berlin,³³ si bien es cierto, no refiriéndose concretamente a la doctrina schelleriana sobre el papel de las personalidades. Pero creemos que esta fuerte frase crítica en gran medida la posición de Scheller y señala el punto más débil de ella. Ya que son esos los posibles fines que cree ver y encontrar Scheller en la historia. Desde luego, tampoco hacemos nuestra la posición adoptada por Berlin frente al problema que nos viene preocupando. Y no lo hacemos ya que se nos presenta como siendo demasiado restringida y tratando de ver en la vida y acción de las personalidades tan solo una de sus facetas que, si bien es cierto, no son múltiples e indefinidas tampoco se pueden limitar al mero estudio de su conducta. Con ello no queremos dar a entender que pensamos que debe dejarse de lado el estudio y valoración de conductas humanas tal como nos la presenta y muestra el estudio de las personalidades. Muy por el contrario, creemos que deberían ser tomadas en cuenta en lo que son, en lo que representan y valen. Valen por y de acuerdo con los efectos históricos, reales y concretos, que hayan querido o podido representar, pero siempre con la condición de que sean hechos históricos dados. Es decir, en la medida en que no son productos de uso único de un reducido grupo de hombres. En la medida en que trasciende a sus creadores y sostenedores haciéndose comunes. La conducta de las personalidades o, lo que es lo mismo, la acción de la iniciativa privada en la historia, reflejo y producto de un egoísmo particularizante y actuante, se hace valioso en la medida en que son capaces de producir obras de civilización, obras de cultura, en todos los sentidos de la palabra, en su sentido ideal y en su sentido material. Por ser las obras de cultura reflejos de acción humana no creemos posible el estudiarlas desde un sólo punto de vista, desde un sólo ángulo, con una sólo finalidad, cualquiera que ésta sea: económica, política, social o histórica y, mucho menos, de acuerdo con una preestablecida y ahistórica "Tabla de Valoración".

Las personalidades, indudablemente, reflejan, producen y crean valores. Pero son valores humanos, sujetos si no a sus creadores y sostenedores, a lo menos, a la época histórica en que se dan estos y viven aquellos, a las características propias y peculiares motiva-

33. Isaiah Berlin, *Lo inevitable en la historia*, trad. N. Lamer, ed. Galatea-Nueva Visión, Buenos Aires, 1957, p. 38.

ciones de ese momento. Los valores que se encuentran y muestra la historia no son más que eso, pero no son menos, son históricos y no eternos. Las personalidades fueron lo que fueron, actuaron como debieron haber actuado. Su acción no necesita disculpas y, por estar presente y completa, no las pide. Pudieron haber actuado de otra manera. Pudieron haber tenido la oportunidad de elegir libremente o no el rumbo de sus acciones, de su vida. Eso desde luego. Pero esto no es lo que en definitiva importa e interesa a la historia y debe importar al historiógrafo. Lo que en cambio sí tiene plena vigencia y total importancia, es su acción tal como la conocemos: acabada, cumplida, muerta. O, lo que es lo mismo, nada podemos hacer por las personalidades, no podemos disculparlas ni condenarlas, pero podemos y debemos tratar de comprenderlas, debemos y podemos estudiarlas. Por todo ello no creemos que la "iniciativa privada" sea una causa "perturbadora de la historia".³⁴

La vida y acción, la obra histórica de las personalidades, son humanas y como humanas mientan, se refieren y caen siempre sobre lo humano. El personaje histórico real o irreal responde a una exigencia elemental de la creencia común que puede expresarse así: *todo reloj supone un relojero, toda acción histórica postula un autor*. Exigencia que debe ser tenida en cuenta y no por común desechada. Obra histórica que sólo es valedera y plena si es eficaz, si ha logrado despertar una conciencia, si inicia una nueva forma de vida o marca un hito, y es eficaz y valedera en la medida que logra responder a un tácito anhelo común. En la medida en que logra despertar y hacer surgir la activa colaboración de un determinado grupo social. En la medida en que encuentra cooperación y participación por parte de su sociedad. Y sólo puede encontrar cooperación y participación social si responde a las necesidades de la colectividad y si, por ello mismo, se crea una nueva norma de ser en comunidad, que, en su organización y desarrollo poco o nada tiene que ver con la personalidad originaria.³⁵

34. Cf. Febvre, *Combates* . . . , ed cit., pp. 209-210.

35. Lo que hemos señalado para la personalidad individual puede y debe ser extendido hasta las llamadas "minorías creadoras", hasta lo que Toynbee llama "pioneers".

CAPITULO IV

PERSONALIDAD Y EXISTENCIA

§ 8. La personalidad como autora de sucesos.

A continuación debemos tratar de estudiar las modalidades, nexos e influjos que se pueden encontrar, describir y estudiar entre la personalidad como autora y productora de acciones y los sucesos propiamente tales. En páginas anteriores nos habíamos enfrentado con lo que en este momento denominábamos "la iniciativa privada y la historia", la problemática allí tocada puede aparecer bien semejante a la que corresponde a este nuevo apartado. Habíamos llegado a la conclusión de que esa iniciativa privada no puede considerarse, grosso modo, ni como una ni como la principal causa perturbadora de la historia y su curso. En las páginas siguientes trataremos de enfrentarnos, y de acuerdo con el procedimiento que hemos tratado de seguir, al estudio y posible desentrañamiento de la acción de las distintas personalidades y tal como la pueden presentar o indicar el curso normal de la historia¹.

En la sección anterior habíamos tratado de mostrar cómo se puede considerar a la historia y a su núcleo, el suceso, como "un proceso pretérito esencialmente centrado en torno de lo humano", asentado en torno de la acción humana, en torno de una praxis colectiva o individual. Para tratar de hacer más adecuada y comprensible esta idea debemos detenernos un momento antes de continuar con nuestro tema tomando prestada de Jean-Paul Sartre lo que se pudiera denominar y entender como una definición contemporánea del hombre tal como pretendemos conocerlo y tratamos de ver y comprender. Así pues, para Sartre, y en sus *Reflexiones sobre la Cuestión Judía*, antes que nada el hombre puede ser definido y comprendido como un ser en situación. Como un individuo que cons-

1. Hablamos de una normalidad en la historia con el único fin de destacar y hacer más notoria la problemática que en el presente momento de esta investigación nos hemos propuesto: la acción de la personalidad como inherente y propia de la historia. Con ello no pretendemos dar a entender que hemos olvidado o pasado por alto que es este el punto focal que en la actualidad debemos tratar de investigar y elucidar.

ciones de ese momento. Los valores que se encuentran y muestra la historia no son más que eso, pero no son menos, son históricos y no eternos. Las personalidades fueron lo que fueron, actuaron como debieron haber actuado. Su acción no necesita disculpas y, por estar presente y completa, no las pide. Pudieron haber actuado de otra manera. Pudieron haber tenido la oportunidad de elegir libremente o no el rumbo de sus acciones, de su vida. Eso desde luego. Pero esto no es lo que en definitiva importa e interesa a la historia y debe importar al historiógrafo. Lo que en cambio sí tiene plena vigencia y total importancia, es su acción tal como la conocemos: acabada, cumplida, muerta. O, lo que es lo mismo, nada podemos hacer por las personalidades, no podemos disculparlas ni condenarlas, pero podemos y debemos tratar de comprenderlas, debemos y podemos estudiarlas. Por todo ello no creemos que la "iniciativa privada" sea una causa "perturbadora de la historia".³⁴

La vida y acción, la obra histórica de las personalidades, son humanas y como humanas mientan, se refieren y caen siempre sobre lo humano. El personaje histórico real o irreal responde a una exigencia elemental de la creencia común que puede expresarse así: *todo reloj supone un relojero, toda acción histórica postula un autor*. Exigencia que debe ser tenida en cuenta y no por común desechada. Obra histórica que sólo es valedera y plena si es eficaz, si ha logrado despertar una conciencia, si inicia una nueva forma de vida o marca un hito, y es eficaz y valedera en la medida que logra responder a un tácito anhelo común. En la medida en que logra despertar y hacer surgir la activa colaboración de un determinado grupo social. En la medida en que encuentra cooperación y participación por parte de su sociedad. Y sólo puede encontrar cooperación y participación social si responde a las necesidades de la colectividad y si, por ello mismo, se crea una nueva norma de ser en comunidad, que, en su organización y desarrollo poco o nada tiene que ver con la personalidad originaria.³⁵

34. Cf. Febvre, *Combates* . . . , ed cit., pp. 209-210.

35. Lo que hemos señalado para la personalidad individual puede y debe ser extendido hasta las llamadas "minorías creadoras", hasta lo que Toynbee llama "pioneers".

CAPITULO IV

PERSONALIDAD Y EXISTENCIA

§ 8. La personalidad como autora de sucesos.

A continuación debemos tratar de estudiar las modalidades, nexos e influjos que se pueden encontrar, describir y estudiar entre la personalidad como autora y productora de acciones y los sucesos propiamente tales. En páginas anteriores nos habíamos enfrentado con lo que en este momento denominábamos "la iniciativa privada y la historia", la problemática allí tocada puede aparecer bien semejante a la que corresponde a este nuevo apartado. Habíamos llegado a la conclusión de que esa iniciativa privada no puede considerarse, grosso modo, ni como una ni como la principal causa perturbadora de la historia y su curso. En las páginas siguientes trataremos de enfrentarnos, y de acuerdo con el procedimiento que hemos tratado de seguir, al estudio y posible desentrañamiento de la acción de las distintas personalidades y tal como la pueden presentar o indicar el curso normal de la historia¹.

En la sección anterior habíamos tratado de mostrar cómo se puede considerar a la historia y a su núcleo, el suceso, como "un proceso pretérito esencialmente centrado en torno de lo humano", asentado en torno de la acción humana, en torno de una praxis colectiva o individual. Para tratar de hacer más adecuada y comprensible esta idea debemos detenernos un momento antes de continuar con nuestro tema tomando prestada de Jean-Paul Sartre lo que se pudiera denominar y entender como una definición contemporánea del hombre tal como pretendemos conocerlo y tratamos de ver y comprender. Así pues, para Sartre, y en sus *Reflexiones sobre la Cuestión Judía*, antes que nada el hombre puede ser definido y comprendido como un ser en situación. Como un individuo que cons-

1. Hablamos de una normalidad en la historia con el único fin de destacar y hacer más notoria la problemática que en el presente momento de esta investigación nos hemos propuesto: la acción de la personalidad como inherente y propia de la historia. Con ello no pretendemos dar a entender que hemos olvidado o pasado por alto que es este el punto focal que en la actualidad debemos tratar de investigar y elucidar.

tituye, forma y amalgama un todo sintético con su situación biológica, económica, política y cultural. El que sea y constituya esta síntesis implica que no es posible hacer una distinción o separación entre él y ella. Y esto es así, ya que es la síntesis misma la que constantemente lo está formando y está decidiendo sobre sus posibilidades. Pero no podemos dejar pasar sin advertir que es el hombre el que, inversamente, da sentido a su situación al escogerse en ella y con ella. Este dar sentido a la situación por inmediata influencia de esa personal y libre escogencia representa el factor que hace posible y comprensible la existencia de una diferencia de los hombres entre sí. "Lo que hay de común entre ellos, textualmente dice Sartre, no es una naturaleza sino una condición, es decir, un conjunto de límites y restricciones: la necesidad de morir, de trabajar para vivir, de existir en un mundo habitado de antemano por otros hombres"². Vemos pues como para Sartre, y desde luego para la gran mayoría de los autores, la herencia histórica constituye una de las más importantes partes de ese todo sintético que es el hombre y que el hombre mismo constituye, anima y da vida. Por ello, y para este mismo pensador, ese ser que llamamos hombre ocupa en el universo viviente un lugar privilegiado y único, que puede definirse por la presente y constante posibilidad que tiene de definirse por su propia praxis y comprenderla de acuerdo con la posición que ocupa o haya elegido ocupar en el mundo, en su sociedad. "Formado por su acción cotidiana sobre la materia el obrero ve en la sociedad el producto de fuerzas reales obrando de acuerdo y según leyes rigurosas. Su 'materialismo' dialéctico significa que se enfrenta al mundo social de la misma manera que al mundo material. El burgués, por el contrario, y el antisemita en particular, han escogido explicar la historia por la acción de voluntades individuales... Se comportan frente a los hechos sociales como los primitivos que dotan al viento o al sol de una almita. Intrigas, cábalas, la trampa de uno, el valor y la virtud de otro; es lo que determina el desarrollo de su comercio, es lo que determina el desarrollo de su mundo"³. Que ello sea así, y Sartre parece no dudar de la realidad y efectividad de esta tesis, no obliga a definir al hombre por su historicidad, ya que han habido y se encuentran sociedades sin historia, las llamadas primitivas, y

2. Jean-Paul Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, ed. Gallimar, París, 1954, p. 72. El subrayado es nuestro.

3. Sartre, *op. cit.*, p. 43.

es hipotéticamente posible pensar en la existencia de hombres sin historicidad, sin trayectoria y memoria histórica o sin conocimiento de ella. Pero obliga enfrentarse al hombre como al individuo que posee la permanente posibilidad de vivir y revivir históricamente las rupturas que se encuentran y dan en las sociedades que forma y lo forman. Si se define y ve al hombre, y con él a la colectividad de que forma parte, por la potencialidad de vivir históricamente ese su pasado, encontramos que se lo está estudiando a posteriori: que se lo contempla surgiendo y actuando en el seno de una sociedad que posee la particularidad de ser histórica, como lo es la occidental, por ejemplo, de provenir y ser el resultado de transformaciones sociales en el pasado⁴.

Este ver a posteriori al hombre y a la historia que ha hecho y lo ha producido, es de singular importancia, ya que implica un análisis y, por él, un conocimiento del hecho histórico lo más alejado posible que sea de todo prejuicio extrahistórico que pueda teñir y transformar el suceso en cuestión.⁵ Sólo dejando del lado del apriorismo, y hasta donde ello sea posible, se puede llegar a determinar si un hecho, una obra o el proceso acaecido en el pasado son merecedores de ser considerados y catalogados, por tener las notas imprescindibles y necesarias, como sucesos. Sólo así podrá llegar a ser posible el determinar si el suceso refleja móviles supraestructurales, de grupos o de individuos conformados por ciertos condicionamientos de base. O si es posible llegar a explicarlos refiriéndose inmediatamente a conflictos de intereses materiales, económicos, o personales, psíquicos. Piensa Sartre que para llegar a adquirir una plena conciencia de la necesidad, más aún, de la obligatoriedad, de una concepción a posteriori del devenir y del suceso se muestra como indispensable el pasar por la mediación de la subjetividad de unos hombres concretos. Es menester analizar la historia en función de unas determinadas personalidades, y desde un doble punto de vista: a) la vida, pasión, obra y acción de las personalidades en

4. Jean-Paul Sartre, *Cuestiones de métodos*, ed. Gallimar, París, 1960, p. 103, nota 1.

5. Aunque ya sabemos que el intento de hacer una historia sin perjuicio no deja de ser un tanto utópico, pero continuamos pensando que esta idea puede tener una gran importancia normativa y metodológica.

cuestión y b)-el impacto, las relaciones, adecuación e integración que pueda darse entre el individuo y la masa, entre la personalidad y la sociedad, por intermedio del suceso.

No es Sartre el único autor que de esta forma piensa frente al tema que estamos apuntando y esbozando. Esta manera de encarar el problema tampoco es privativa de filósofos o críticos de la historia. Comparten este punto de vista historiógrafos tan merecidamente connotados como un Lucien Febvre, —de quien podemos pensar no conoció la formulación sartriana de estas tesis—, cuando en el prólogo de su *Martín Lutero* escribe: “ese problema de las relaciones del individuo y la colectividad, de la iniciativa personal y de la necesidad social, que es, probablemente, el problema capital de la historia: comprenderlo es nuestro propósito”⁶. Como también lo es el nuestro, debemos pues acatar y tratar de imitar la formulación que tan destacados autores están dando y han dado al problema que nos preocupa y que ellos mismos nos muestran como relevante y de singular importancia.

Bien podemos considerar a Raymond Aron como uno de los pensadores franceses que últimamente más se han preocupado por desglosar el intrincado panorama con que se presenta la historia, a lo menos en esa forma que es usual se nos la presente, y de esbozar y tratar de descubrir nuevos caminos para una más recta y mejor interpretación de los sucesos, particularmente en aquello que concierne y tiene que ver con la participación humana en el surgimiento, mantenimiento y evolución del suceso. En *La Introducción a la Filosofía de la Historia* condensa, un poco fuertemente, su propio punto de vista frente a los nexos que se dan entre individuo e historia cuando se expresa de la siguiente manera: “Resumiremos citando la vieja fórmula: los hombres hacen su historia, pero no saben qué historia hacen”⁷. Si es claro que los hombres hacen su propia historia y crean su propio devenir, verdad de Pero Grullo, no se nos hace tan comprensible que no sepan qué es lo que están haciendo, en qué tipo de acción se encuentran empeñados, ni cuál es la meta, subjetiva y siempre provisional, que por intermedio de sus acciones, conscientes o no, pretenden poder alcanzar y crear en

6. Lucien Febvre, *Un destino...* ed. cit., p. 9.

7. Raymond Aron, *Introducción...* ed. cit., p. 137.

ella pretendidas posibilidades de solución a sus problemas, contradicciones, luchas e inestabilidades que dieron origen a un determinado proceder que luego, en ciertos casos, ha de manifestarse como histórico. Es indudablemente obvio, y ya lo hemos apuntado en alguna parte, que no siempre existe una clara conciencia en los protagonistas de la historia y que en ciertas ocasiones es más fácil comprender los motivos de un proceder histórico una vez que éste ha “pasado”. Además, no en pocas y aisladas coyunturas se actúa de una manera determinada, buscando se produzca un efecto y las consecuencias que surgen son bien diferentes. Pero, podemos pensar, siempre es dable encontrar a lo menos un atisbo de conocimiento de lo que se ha perseguido, si es éste el fin que se ha dado o no, es otra cuestión.

El “algunos casos” a que nos referíamos en el párrafo inmediatamente anterior nos lleva a enfrentarnos al punto que consideramos central de la visión y argumentos de Aron. Si en ciertos momentos encontramos que los hechos humanos pretéritos se convierten en sucesos reales y tangibles ¿qué notas peculiares deben poseer los individuos concretos que los han efectuado? Por lo pronto nos dice Aron, deben ser responsables. Existe, pues, una *responsabilidad histórica* que se presenta no como una entidad abstracta e ideal, sino como una acción humana histórica y concreta. Peculiaridades que se manifiestan poseyendo estas notas cuando Aron apunta lo siguiente: “Es responsable el que, por sus actos, ha contribuido a desencadenar el suceso del que se buscan sus orígenes”⁸. De la cita anterior bien podemos deducir que la responsabilidad histórica se encuentra en función y razón directa con las consecuencias reales, efectivas y concretas que la acción individual de un hombre o de un grupo han podido desencadenar. O por las que es posible se manifiesten en un futuro. O por la iniciativa que por intermedio de la acción concreta se manifiesta o puede hacerse tal. Al examinar este punto de vista nos sentimos tentados a concluir que para este autor existe en la base, fondo y trasfondo de toda actividad humana e histórica una responsabilidad total, integral, definitiva. Pero Aron no se encuentra en ningún momento de acuerdo con esta derivación de su pensamiento y, por el contrario, la rechaza. Y lo hace desde un doble punto de vista, por intermedio de una doble ar-

8. Aron, op. cit., p. 170.

gumentación. Desde un ángulo causal y desde una perspectiva que se puede designar como ético-histórica. Ya que, y según el primer punto de vista, ni un individuo determinado y concreto, ni un acto efectuado bajo determinadas condiciones y tratando de buscar tales o cuales soluciones pueden ser la causa, por ellos mismos, de lo que hemos venido llamando un suceso. Así pues, ni la acción personal, o de una personalidad, ni la acción de un determinado grupo social son las únicas fuentes causales de los sucesos. De acuerdo con la segunda de las argumentaciones, la ético-histórica, no existe una responsabilidad integral ya que en el campo de la eticidad es imposible hablar de una responsabilidad que se acerque a este tipo. En él sólo es dable encontrar una responsabilidad relativa y fragmentaria. Pero a pesar de ello, quien pretenda conocer e interpretar el pasado debe siempre tener en cuenta esta responsabilidad histórica parcial y no definitiva, sólo así se puede comprender el porqué de la existencia de una circunstancia normal produciendo efectos probables y, más aún, condenables⁹.

No sería nada extraño que el mantener este relativista punto de vista frente a la acción de los individuos en la historia, sean considerados como personalidades o no, se deba a la influencia de una importante tesis, sino es la principal, que mantiene este mismo autor: *No existe un tal primer motor del movimiento histórico*: "tal sería en una palabra la conclusión de nuestro estudio... ya que existe contradicción entre la afirmación a priori o a posteriori de un principio causal y la hipótesis metódica del determinismo, a saber: el análisis y la comparación"¹⁰. El que no exista, se de o encuentre un primer motor, o algo semejante, no lleva implicado el total desconocimiento de la acción de las personalidades sobre el suceso. Esa posición ideológica que Aron llama el determinismo no llega hasta este extremo. Por el contrario sustenta el siguiente punto de vista, fuertemente imbuído de una posición causal: todos los hechos se encuentran encadenados entre sí, y al destacar un detalle puede convertirse en un hecho general duradero, puede llegar a manifestarse como un suceso. Así, el detalle que es la personalidad histórica no puede ser considerado como un mero individuo aislado y total e históricamente responsable. La personalidad sola no es su-

9. Cf. Aron, *op. cit.*, pp. 174-176.

10. Aron, *op. cit.*, p. 253.

ficiente, tiene que ser la expresión de un grupo, de una época o de alguna necesidad presente y, luego, histórica. El "genio" que "crea" sucesos debe estar y encontrarse a la par con las circunstancias de su momento, por disímiles que parezcan y por variadas que sean. Por ello frente a las personalidades el historiógrafo debe analizar al individuo y a la situación, para buscar aclarar y precisar lo que la realidad debe al uno y a la otra. Este procedimiento no lleva, no entraña, desafortunadamente, la posibilidad de presentar una solución general, no es auténticamente filosófico, nos dice Aron, puesto que revela, hace patente y muestra la mayoría de las notas constitutivas de una investigación científica¹¹.

Si en no importa qué concepción que se tenga y promulgue sobre la historia de la humanidad se atribuye un preponderante lugar en ella a la actuación de fuerzas, leyes, fácilmente identificables como siendo diferentes y manteniendo un escaso o nulo parentesco con las libres voluntades humanas y, con las también libres, posibilidades de elección, la explicación e interpretación que se pueda dar del suceder se presentará en términos semejantes a los de su planteamiento, en términos de la evolución de esas fuerzas y leyes a las que se les ha otorgado una destacada actuación. Pudiéndose fácilmente presentar aquella tendencia, que como en el caso de Aron, lleva a afirmar que los individuos presentan y mantienen un escaso y limitado radio de responsabilidad histórica. Y el argumento se presenta así, porque no se concibe ni acepta como plenamente libres a los individuos y sólo se les concede un reducidísimo campo sobre el cual pueden tomarse y darse la elección. Muchos de los actos y actuaciones que se suelen suponer humanamente libres, por lo menos por estar dentro del campo de control del individuo, se nos están presentando en esta posición determinista, como estando fuera de la esfera o del campo de una acción humana, libre y particular. Los hombres, tanto la masa como la personalidad, actuarían las más de las veces en su vida no en función de una elección o de una libertad, sino en razón de unas ciertas características en gran medida incontrolables, como lo puede ser la herencia, el medio social y geográfico, las leyes biológicas y las físicas, o una cierta combinación de estos factores determinantes. Y si ellos son los que im-

11. Cf. Aron, *op. cit.*, pp. 180-181.

peran más real y fácilmente, es comprensible que la responsabilidad humana frente al suceso, del que sólo en parte el hombre es autor, sólo pueda ser concebida como limitada y fragmentaria. Sólo versa sobre la pequeña parte realmente humana del hombre. Sólo cae sobre aquello que el hombre ha podido elegir libremente. De ser este planteamiento correcto, no sólo la responsabilidad humana desempeña un papel limitado sino que no puede existir y darse en la historia, y en el presente, aprobación o reprobación, tampoco podría darse "remordimientos". Los peores excesos y los más grandes crímenes, los más importantes logros de la ciencia y la cultura, los más destacados avances de la técnica, no tendrían un o unos responsables. Fue sólo el medio y no la personalidad negativa de Hitler, o la clase social nazi, los que asesinaron a millones de hebreos. Fueron las circunstancias, una bucólica modorra y la caída de una manzana, las que hicieron posible la formulación de la ley de la gravitación universal. Fueron la bondad de una señora, un regalo de unas joyas y una larga vida de peregrinar mendigando ayuda las que entregaron a España un imperio. Pero, ¿será esto posible? ¿Será posible que los hombres no sepan y se desentiendan de la historia que hacen? ¿Será posible que su intervención en y sobre el suceso sea mínima o nula? Lo dudamos.

§ 9.—Personalidad y existencialismo.

Tanto en la obra filosófica como en la meramente literaria de Jean-Paul Sartre se pueden encontrar los esbozos de una concepción de la historia ampliamente emparentada con las anteriores, especialmente con las que hemos ejemplificado por intermedio de Bloch y Febvre, concepción que más claramente se encuentra expuesta en su última obra teórica: *La Crítica de la razón dialéctica*. Pero, para poder obtener una más amplia comprensión de las tesis y puntos de vista sostenidos en este estudio, se nos hace indispensable el remontarnos hasta su primer gran obra: *El ser y la nada*. Puesto que sus ideas puntos de vista y análisis de la existencia, acción y función de las personalidades en la historia al ser presentadas sin tener en cuenta su obra anterior, y de ser posible el conjunto de toda ella, pueden llegar a aparecer como carentes de fundamentación y con el carácter de afirmaciones más o menos gratuitas. Nos debemos contentar con esbozar muy rápidamente las

principales características de algunas de sus tesis especialmente de aquellas que consideramos más importantes para la comprensión y elucidación de los temas mentados anteriormente.

"Estoy condenado, escribe Sartre, a existir para siempre más allá de mi esencia, más allá de las causas y motivo de mis actos: Estoy condenado a ser libre. Esto significa que no pueden encontrarse otros límites de mi libertad que la libertad misma; o, si se prefiere, que no somos libres de dejar de ser libres."¹² La libertad, según esta tesis, se nos aparece como una constante y permanente posibilidad de ruptura, de anonadamiento, del mundo. Es ésta la estructura misma de la existencia. No es, ni implica, un capricho momentáneo o un deseo de inmediato que se pierde por y en su inmediatez. Sus raíces se hunden, muy por el contrario, en lo más íntimo de la existencia. "Un existente que, como conciencia, está necesariamente separado de todos los demás, ya que ellos están en relación con él sólo en la medida que son para él, un existente que decide de su pasado, bajo forma de tradición y a la vez de su futuro, en lugar de dejarle pura y simplemente determinar su presente, un existente que se hace anunciar por algo que le es ajeno, o sea, por un fin que él no es y que proyecta al otro lado del mundo, he aquí lo que llamamos un existente libre."¹³ Esta libertad tiene que ver, se refiere y está en consonancia con el *proyecto fundamental*, que comprende y encierra los actos y deseos particulares. Que constituye la última posibilidad de la existencia humana: *La elección originaria*. A la elección del proyecto le es inherente la libertad originaria, la libertad incondicionada. Ello no implica en ningún momento el dejar de lado, el no tener en cuenta, un margen de contingencia representado por las acciones particulares. Con ellas, muy por el contrario, se introduce la posibilidad de modificar el proyecto inicial: "La angustia que cuando es revelada manifiesta a nuestra conciencia nuestra libertad, testifica la modificabilidad perpetua de nuestro proyecto inicial". El hombre, pues, se encuentra perpetuamente posibilitado, mejor aún, amenazado, por la posibilidad de rechazo o anulación de su proyecto. Por la posibilidad de dejar de ser y convertirse en otro. "Por el sólo hecho de que nuestra elección absoluta es frágil, escribe Sartre, apoyando en ella

12. Jean-Paul Sartre, *El ser y la nada*, ed. Gallimar, 50 ed., París, 1957, p. 515.

13. Sartre, *op. cit.*, p. 530.

nuestra libertad, ponemos a la vez su perpetua posibilidad de convertirse en un más acá pacificado por el más allá que yo sería".¹⁴

La libertad de que habla Sartre es la que permanece dentro de los límites de la acción, de la facticidad del mundo. Facticidad que, tanto como la acción, es indeterminada y proviene de la libertad que la coloca en el ser por intermedio de la elección. Así el hombre se hace responsable no sólo de sí mismo sino del mundo y de todo lo que acontece en él. Hechos y acontecimientos que dependen, en última y primigenia instancia, de la libertad y consecuente elección originaria. Para Sartre, todo lo que le puede acontecer al hombre es humano. Lo inhumano no tiene cabida en su pensamiento: "Las más atroces situaciones de la guerra, las peores torturas, no crean un estado de cosas inhumano: No existe una situación inhumana; sólo por miedo, por huida y recurso a situaciones mágicas, decidiré sobre lo que es inhumano, pero esta decisión es humana y cargaré con su total responsabilidad".¹⁵ Tampoco existen para Sartre, a la altura de *El ser y la nada*, hechos accidentales. Un acontecimiento social que en alguna manera logre afectar a un individuo, y no importa de qué manera, no le es extraño, le pertenece y debe apropiárselo. Esta guerra me pertenece y "la merezco, en primer lugar, porque podría sustraerme a ella con el suicidio y la deserción: estas posibilidades últimas son las que siempre deben estar ante nosotros, cuando se trata de afrontar una situación. Si no me he sustraído a ella, la he elegido... en todo caso se trata de una elección".¹⁶

La estructura ontológica del proyecto puede y debe ser descubierta por medio de y en el *psicoanálisis existencial*, el único instrumento apto y útil para mostrarnos y demostrarnos cómo en el fin de todo acto humano se encuentra una determinada elección libre y un determinado deseo de ser un en-sí, fáctico y objetivo. Tendiéndose hacia la meta ideal de ser una conciencia que funde y fundamente su propio ser en-sí: "Es éste el ideal que se puede llamar Dios. Así se puede decir que lo que hace más concebible al proyecto fundamental de la realidad humana, es el hecho de

14. Sartre, *op. cit.*, p. 543.

15. Sartre, *op. cit.*, p. 639.

16. Sartre, *op. cit.*, pp. 639-640.

que el hombre es el ser que proyecta ser Dios... es lo que le anuncia y le define en su proyecto último y fundamental".¹⁷ Así el hombre se nos presenta como un deseo de ser Dios, es cierto, pero también es cierto, se nos presenta como un deseo fallido. La síntesis del en-sí de las cosas del mundo y el para-sí de la conciencia es la gran finalidad hacia la que tiende el hombre sin nunca poderla alcanzar. Este imposible tránsito del en-sí y el para-sí es la meta hacia la cual continua, incesantemente, tiende la acción humana. Este problema existencial supone y presupone la elucidación de la eficacia trascendente de la conciencia. Se hace indispensable en este nivel el enfrentarse a una ética que complete los análisis ontológicos.¹⁸ En *El ser y la nada* Sartre apunta hacia una moralidad que debe prescindir totalmente del "espíritu de seriedad", de la tendencia a considerar las cosas como ya provistas de un valor trascendente a la subjetividad humana. No es posible enfrentarse al hombre como al ser "para el cual existen los valores" sin darse cuenta que "todas las actividades humanas son equivalentes, puesto que todas tienden a sacrificar al hombre para hacer surgir la causa de sí, y que todas por principio están destinadas a fracasar. Siendo así lo mismo emborracharse en soledad que guiar a los pueblos. Si una actividad es superior a la otra, no es por causa de su motivo real, sino por causa de la conciencia que posee su objetivo final; y, en este sentido, sucedería que el quietismo del borracho solitario será superior a la vana agitación del conductor de los pueblos".¹⁹

Como ya veíamos, el hombre posee un recurso altamente valioso en su vida: el modificar, dirigir, su futuro, su porvenir, introduciéndose así y no sólo en la vida de los hombres, sino en la de las colectividades, lo que se ha venido llamando un *eterna moratoria*. Puesto que la muerte, la detención absoluta de la libertad, es el único camino que lleva hacia el desprendimiento y comprensión de la esencia humana, de la esencia de este hombre determinado y concreto. Para Sartre, es cierto, la historia es una ciencia,

17. Sartre, *op. cit.*, p. 653.

18. En lugar de esa reflexión sobre la moral que anunciara en las últimas líneas de *El Ser y la nada* Sartre nos ha dado, en su *Crítica de la razón dialéctica*, un análisis de la actividad concreta, de la praxis, de los hombres.

19. Sartre, *op. cit.*, pp. 721-722.

pero es la ciencia de las esencias de los hombres que han dejado de ser, de los muertos. Sólo, claramente nos expresa Sartre, es posible juzgar a los muertos. Sólo frente a ellos podemos tener una especie de objetividad. En términos generales, podríamos decir, la historia es para Sartre, a lo menos a la altura de *El Ser y la Nada*, una *cirugía mortuoria*. Una ciencia experimental que debe estudiar al ser en-sí detenido. Es una ciencia experimental que enfáticamente se niega a hablar de lo que se encuentra abierto ante el futuro. Ciencia que estudia lo concreto y determinado: interpreta al en-sí, pero no lo hace de una manera definitiva, su interpretación no es verdadera eternamente, no se puede llegar a determinar su sentido de una vez por todas. Por ser también ciencia de lo social y su pasado, se haya afectada por esa perpetua moratoria que la hace eminentemente imprevisible y por tanto inductible. El único momento que cobra una real y definitiva importancia, tanto en la trayectoria común de los hombres como en la historia particular de cada uno de ellos, es el último. En el que decide por todos los demás. Con anterioridad a su cumplimiento es completamente imposible el establecer un juicio completo y con pretensiones de validez. Ya que en este momento y por este momento se puede cambiar toda una actitud, toda una concepción, toda una manera de ser y de obrar. Contaminándose todo el conjunto de las acciones, de hechos y deseos que hicieron parte y conformaron una vida.

Elegir vivir de una determinada manera, tener el valor de morir de acuerdo con la elección libre y personal es el gran dilema del hombre y de los hombres. Del hombre con nombre y del nombre como colectividad. La muerte personal o la muerte social,²⁰ entrega, por así decirlo, a ese hombre o sociedad a los demás. Los hace entrar en la historia, los entrega y enfrenta a los "otros, a los jueces". ¡Fue sólo un desfallecimiento corporal!, dice uno de los personajes de *Huis-Clouse*, explicando su muerte. Sólo que todo ha quedado para siempre en suspenso... ¡Garcin es un cobarde! he aquí lo que han decidido mis compinches. De aquí a seis meses dirán 'cobarde como Garcin'... Estos morirán, pero detrás vendrán otros que volverán a tomar la consigna: les he dejado mi vida entre

20. Si es posible hablar de muerte de una sociedad, de una cultura.

sus manos... *Hacen el balance sin ocuparse de mí y tienen razón, puesto que he muerto*. Muerto como una rata. *He caído en el dominio público*".²¹

Los hombres, podemos concluir con Sartre, poseen frente a la historia un doble papel que corresponde a la doble actividad que el hombre debe desempeñar en su vida: son actores y jueces. Autor y actor de la historia, ya que son sus acciones, deseos, elecciones libres y actuaciones de mala fe algunos de los elementos más importantes y constitutivos de la evolución histórica. Juez de los demás y de la historia somos los hombres por ser los únicos que podemos sopesar, comprender, valorar y justipreciar la vida y las acciones humanas y, con ellas y por ellas, desentrañar o adjudicar un sentido a la historia. Sólo el hombre, considerado como elemento constitutivo de una sociedad y como individualidad, puede explicarse y explicarnos el recóndito y cambiante sentido de la historia. Explicación que tiene como medio y fin el sometimiento a las perspectivas, actitudes y, porqué no, valores humanos de una determinada época y sociedad. Sometimiento que produce y explica la necesidad de una constante revisión calificativa y revalorativa del pasado humano en función de un presente concreto y determinado. Haciéndonos patente, de compartir estas tesis, la razón última de la existencia y necesidad de múltiples y variadas interpretaciones del devenir histórico: nos hace comprender el por qué de una historia del Imperio Romano interpretada a la manera y según la época de un Tito Livio, a la manera de un Seutonio, o dentro de los lineamientos de una "Ciencia Nueva", de acuerdo con un Mommsen o un León Homo.

Las historias cambian porque el hombre que se enfrenta al análisis del suceder histórico no es nunca el mismo. El hombre dota a la historia y a su visión de ella de un doble cambio, de una doble manifestación del acontecer: el devenir propio de la historia, de las acciones libres que la constituyen y crean, y la transformación producto del constante trastocar de valores y perspectivas que frente a los hechos históricos pueden tener y hacer suyas hombres de diferentes épocas y de diferentes culturas, o miembros de

21. Jean-Paul Sartre, *Huis-Clouse*, ed. Gallimar, París, p. 105. El subrayado es nuestro.

una misma sociedad, pero en diversos momentos de su evolución, o estando colocados en diversas y opuestas clases sociales o manteniendo diferentes posiciones vitales. La historia se nos presenta, pues, como dotada de una doble perspectiva: es el resultado de las acciones y decisiones de los hombres que han pasado pero tal como lo quieren o necesitan ver los hombres del presente, de no importa qué presente. Esta historia, producto del hombre que ha sido y del que es, habla, nos habla, de un hombre real que ha sido, de alguien concreto, que existe "pero un existente jamás puede justificar la existencia de otro existente"²². El tratar de justificar las acciones que puedo cometer en mi presente por medio de las acciones y pasiones sufridas y cometidas por otros hombres en otros presentes implica el caer, el cometer, una acción de mala fe.²³ Ni el hombre presente ni el pasado tienen o pueden pedir una justificación. El hombre histórico es lo que es. Es el conjunto de sus obras, es el conjunto de sus acciones, es la totalidad de sus decisiones efectivamente cumplidas. El hombre presente es un proyecto libre. El hombre histórico es el resultado del cumplimiento de sus proyectos detenidos. La historia es el análisis de los proyectos de los hombres que han sido por los que son.

Si la historia es el descarnado análisis de los proyectos humanos, se nos presenta como no siendo otra cosa sino el resultado de las acciones de sus miembros constitutivos. La historia sería lo que ciertos hombres han querido, con y en su vida, que fuera. Sería el conjunto, pero no la suma, de las acciones y pasiones de ciertas individualidades, de ciertas personalidades. Que, para Sartre, son, por sus conflictos internos, los motores de la historia.²⁴ Los conflictos internos adquieren ese poder de fungir como motores del desarrollo histórico y del desenvolvimiento colectivo no sólo cuando se encuentran dentro de una determinada personalidad, sino cuando se encuentran en el seno de un determinado grupo de individuos, de una familia, de una clase social. El que se den en

22. Jean-Paul Sartre, *La náusea*, ed. Gallimar, París, 1938, p. 250.

23. El sostener un punto de vista como éste hace comprensible el que se desprecien y llamen "recursos de mala fe" a todas aquellas interpretaciones de la historia que pretenden alabar o denigrar alguna determinada actitud social o política en función de un "espíritu nacional eterno" o de pertenencia a un "grupo superior", para no citar sino dos ejemplos bien conocidos.

24. Sartre, *Cuestión...*, ed. cit., p. 115

unos u otros no altera ni su labor efectiva, ni su constitución, ni, mucho menos, la posibilidad de su desentrañamiento y estudio. El conocerlos y comprenderlos es uno de los más importantes factores para el conocimiento de la realidad histórica y, por tanto, de la realidad del hombre. En nuestra época, se queja Sartre en su *Cuestión de Método*, la historia se hace sin conocerse, se la considera, por incompreensión o desconocimiento de sus motores, como el resultado de una cadena de actos fortuitos, sin ley, como un ciego encadenarse de hechos-*causa* y acontecimientos-*efecto*, como el conglomerado y la suma de una serie de contingencias innumerables. Pero en nuestra época existe una imperiosa necesidad de transformar ese fatalista punto de vista, ya que el hombre pretendidamente más auténticamente actual, el revolucionario, si quiere obrar, no puede ni debe considerar a los hechos históricos como el resultado de contingencias sin ley "... unas constantes, unas series parciales, leyes de estructura dentro de formas sociales determinadas, he ahí lo que necesita para preveer. Si se le da más, todo se desvanece en idea, ya que no precisa hacer historia, sino leerla día a día; lo real se convierte en sueño"²⁵. —Pero si se le da menos, nos sentimos tentados de agregar, lo real se convierte en pesadilla—. Se nos hace, pues, necesario el conocimiento de unas leyes estructurales de la historia dentro de formas sociales determinadas. Y ellos sólo pueden producirse por medio de un análisis que parta de explicitación de los diversos motores que puedan darse y encontrarse en la historia.

Dentro de esas necesidades el conocimiento de las personalidades, individuales o colectivas²⁶, es de singular importancia, ya que el análisis de sus "conflictos internos" puede aclarar y hacer

25. Jean-Paul Sartre, *Materialismo y revolución*, trad. B. Guillén, ed. Deaulión, Buenos Aires, 1954, p. 92.

26. Si es posible hablar de una personalidad colectiva. A pesar de la extrañeza de la expresión y de su aparente contrasentido creemos que bien se puede emplear el término, ya que en recientes estudios, de la llamada psicología de grupos nos muestran la aplicabilidad del concepto y su existencia real. Por personalidad colectiva entendemos la fuerza de un determinado grupo social que produce en su seno los conflictos que van a fungir como motores de la historia o de alguna manifestación social determinada. Tal sería el caso de los Jacobinos durante la Revolución Francesa, o de la burguesía nacionalista en las Guerras Lationamericanas de Independencia.

comprender en sus propios lineamientos los motivos últimos de la historia, su por qué y su cómo. Además es indispensable, a lo menos para Sartre, aunque no sea claramente explícito en ello, el conocer a quienes hacen la historia para saber a qué atenerse en el momento de actuar, de producirla y en los momentos sucesivos. Ideas que nos parecen un tanto discutibles, ya que nos inclinamos a pensar que para el conocimiento y develación del sentido de la historia es menester una visión de conjunto y una perspectiva lo más amplia posible. La cercanía e inmediatez de los sucesos humanos y sociales que se pretenden historiar impide tener esa perspectiva deseada. Además, la posible existencia de intereses extra-históricos puede llegar, y con frecuencia lo hace, a deformar el panorama total de los acontecimientos. Además, como el mismo Sartre lo quiere, la historia es imprevisible e indeductible, para poderla estudiar, para poderla comprender y poder comprender a los hombres que la vivieron tiene que sernos dada de antemano. Podemos estudiar lo más ampliamente posible, desentrañar sus porqués y cómo, a los acontecimientos acaecidos en la Revolución Francesa, pero no así a la Soviética. Podemos enfrentarnos al estudio de la figura de Lenin, pero no a la de Castro Ruz. La Revolución Soviética continúa desarrollándose vivamente. La Francesa está detenida, ya dio lo que podía y tenía que dar. Lenin ha muerto y lo poseemos plenamente. Castro vive y desconocemos su desarrollo y futura evolución. El enfrentarse a los hechos del presente inmediato con un método y una finalidad historiográfica, implicaría una tan gran flexibilidad de conceptos, una tan fuerte dosis de imprevisibilidad que se nos antoja incompatible con el concepto de historia, si se puede hablar en este caso de historia, lo que se obtendría sería una mera 'adivinanza', agradable y divertida sí, pero que no es historia, historiografía, ni ciencia ni nada semejante.

En la *Crítica de la razón dialéctica* insiste una vez más Sartre sobre la importancia fundamental que tiene el desentrañar y comprender al "proyecto fundamental" pero dando ahora principal énfasis a su incorporación y estudio dentro de una historia, pero no en una individual sino en la que pudiéramos llamar social. No en una historia ideal, sino en la historia concreta de una determinada sociedad en permanente construcción, en una sociedad en la que impera el trabajo individual y las relaciones de producción de to-

dos sus miembros. Sólo en una sociedad que posea estas notas pueden claramente aparecer y ser comprendidas las determinaciones individuales, las reales determinaciones de los hombres. Ya que el hombre con nombre, este hombre singular de esta sociedad concreta, se define antes que nada como un ser en situación. Determinaciones que sólo pueden ser vividas en y por un proyecto humano, que, tal como en los casos anteriores, no puede en ningún caso ser definido conceptualmente y que, en tanto que proyecto es siempre comprensible, si no de hecho, por lo menos de derecho. Hacer explícita esta explicación no conduce, nos dice Sartre "a encontrar las nociones abstractas, cuya combinación pudiera restituirlo en el saber conceptual, sino producir en sí mismo el movimiento dialéctico que parte de los hechos dados recibidos y se eleva a la actividad significativa. Esta comprensión que no se distingue de la praxis, es a la vez existencia inmediata: y el fundamento de un conocimiento indirecto de la existencia"²⁷. Este conocimiento indirecto de la existencia no es otra cosa que el resultado de una reflexión sobre ella, que fundamenta y posibilita algo así como el darse de una ideología y una ciencia social dentro de las que se encontraría, y en un lugar de primer orden, la historia. Pero una historia entendida como el resultado y la acción del proyecto personal y de la praxis humana.

Dentro de una filosofía y una ciencia social entendida de la manera anterior las investigaciones que se pueden efectuar en torno al proyecto humano deben destacar por su importancia y principalísimo lugar. Ya que cómo veíamos, el hombre es para Sartre, y así siempre lo ha sido para él, fundamentalmente un proyecto, su proyecto. El obrar y actuar individual son los únicos medios que poseemos para comprender "el secreto del acondicionamiento del individuo como tal y como miembro de una sociedad". El sentido y valor que pueda mostrar una conducta humana se logra comprender, en su perspectiva general, mediante las realizaciones de las posibilidades, de los proyectos, que hacen que se comprenda lo dado: la totalidad de las acciones y actuaciones humanas en su conjunto y panorama social. El proyecto nos reenvía, pues, a la comprensión fundamental, fundamentadora y fundamentante de la realidad humana. Comprensión que, para nuestro autor, es siempre actual y

27. Sartre, *Cuestión...*, ed. cit., p. 105.

nunca potencial, se encuentra expresada y dada en toda acción, en toda praxis, y, lo que es más importante, sin tener en cuenta que sea individual o colectiva, que surja y aparezca en forma sistemática, o manifestándose en forma de encadenamientos de causa a efecto, o no.

Para Sartre sólo existe una entidad real y sólo existen unas relaciones reales: sólo existen hombres y sus relaciones socio-económicas. Así pues, el objeto central de la ideología de la existencia, y para decirlo con las palabras de Sartre, "es el hombre singular en el campo social, o en medio de objetos colectivos y de otros hombres singulares, es la individualidad enajenada, mistificada, tal como lo han hecho la división del trabajo y la explotación, pero luchando contra la enajenación por medio de instrumentos falseados y, a pesar de todo, ganando pacientemente terreno"²⁸. Impliéndose y deduciéndose que el soporte de los objetos colectivos, —ideologías, relaciones sociales, instrumentos de trabajo, etc.—, deben buscarse en la actividad concreta de los individuos: "no negamos la realidad de estos objetos, pero pretendemos que es *parasitaria*"²⁹. Objetos que, dejando a un lado su carácter parasitario, deben hacer parte del estudio del hombre por humanizarse y deben hacerse partícipes de lo humano por intermedio de una multitud de relaciones humanas. La historia real, la historia concreta, la historia que logra sistematizar la praxis humana, sólo puede ser comprendida en la medida en que puede reflejar la *mediación* de unos hombres concretos, de unos hombres con vida histórica real y asequible. No sólo la historia comprendida como el campo de acción y desarrollo de la lucha de clases, o como el estudio de los movimientos e interrelaciones que puedan sucederse entre una base y una superestructura social, puede y debe ser entendida por la mediación de la acción de ciertos hombres, sino que para comprender lo más justamente posible el desarrollo, acción y efectividad de ciertos "instrumentos ideológicos" se presenta como siendo indispensable el analizarlos en función de una mediación real y concreta, es decir, humana³⁰.

28. Sartre, *Cuestión...*, ed. cit., p. 126.

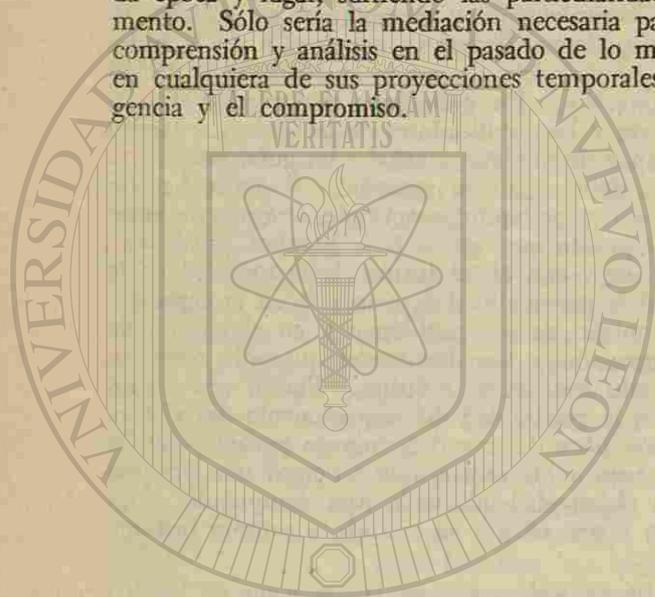
29. Sartre, *Cuestión...*, p. 86.

30. Sartre, *Cuestión...*, pp. 55-56.

En esta breve exposición de algunas de las ideas de Sartre sobre la historia y su estudio se nos hace patente con alguna claridad, puesto que ha sido necesario el buscar leer entre renglones, el destacado lugar en que coloca la obra de los hombres, la acción de los individuos concretos. El importante lugar que ocupa en su pensamiento la necesidad de fundamentar un enfoque existencial de la historia que proyecte, complemente y ejemplifique su posición filosófica. En ésta que podemos llamar su concepción de la historia, es de excepcional importancia centrar la atención en la acción de unos individuos concretos. En individuos que pueden ser vistos como los mediadores y los catalizadores de la historia. Mediador sería el hombre capaz de modelar y señalar las guías que en un momento determinado debe seguir su sociedad. Y puede hacerlo sin necesidad de recurrir a pretendidas actitudes mágicas o interpretaciones metafísicas puesto que, como todo hombre, puede modificar, dirigir su porvenir y con él, el futuro de la sociedad en la que está obrando. Así la personalidad se convierte en la expresión de su tiempo, en la síntesis de sus problemas y en el intento de transformarlos. Modificación y transformación que sólo aparecen para nosotros y que sólo son según nosotros. Puesto que somos los únicos que tenemos la posibilidad de darnos cuenta de las consecuencias que la acción libre de una determinada personalidad ha podido desencadenar. Somos los únicos que tenemos una perspectiva y una pretendida objetividad adecuada para comprender a los hombres que han sido y con ellos a su historia, a nuestra historia.

Para Sartre, la historia sería un poco la narración de la vida de ciertos hombres, de ciertas personalidades completas, acabadas, sin posibilidades de elección: muertas. De personalidades que, como lo quiere Febvre, entregan su obra a sus continuadores sin saber si va a ser modificada, desvirtuada o anulada. Es esta la tragedia de las personalidades: "Han caído en el dominio público". Entender la historia de esta manera es comprenderla sin un afán moralizante. Es comprender y sistematizar la praxis de los hombres como tal, como acción, lucha y trabajo humano en un mundo de relaciones e interrelaciones sociales. De las que ciertos individuos, las personalidades, son sus máximas expresiones, sus más plenos voceros. Las que no serían en esta concepción ni los paradigmas a seguir, ni la encarnación de un "espíritu absoluto" ni la per-

sonificación de una ahistórica "tabla de valoración", ni el hombre que por un impulso divino, o casi, es capaz de convertir una sociedad cerrada en una abierta, ni, mucho menos, un "superhombre étnico". Sólo serían, y no es poco, un cierto tipo, el mejor y el más claro, de expresión de lo común que presentan los hombres de cada época y lugar, sufriendo las particularidades de su vida y momento. Sólo sería la mediación necesaria para el reconocimiento, comprensión y análisis en el pasado de lo más propio del hombre en cualquiera de sus proyecciones temporales: la libertad, la escogencia y el compromiso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPÍTULO V

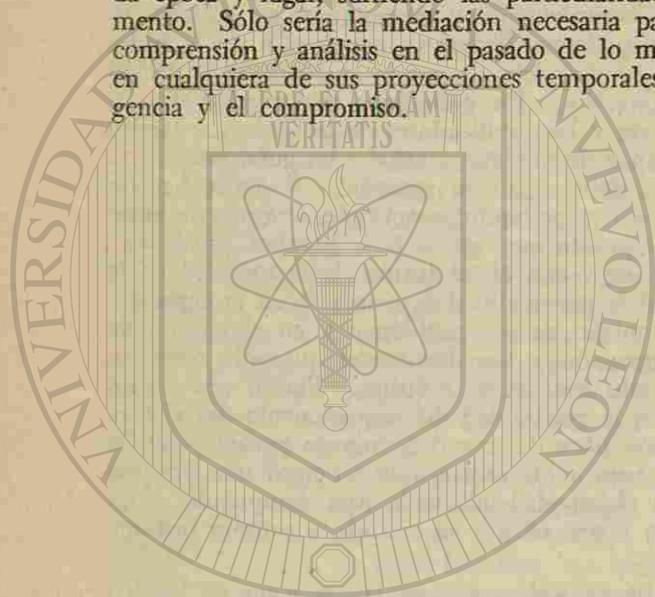
PERSONALIDAD Y SOCIEDAD

§ 10. El problema en los iniciadores de la sociología francesa contemporánea.

Suele encontrarse, y con más frecuencia de lo que se puede pensar, en los manuales, obras y textos que versan sobre la problemática de la historia, bien sea sobre su totalidad o sobre una parte de ella, una tácita ley, formulada a la manera de una máxima moral y que, como ellas, atrae por su aspecto sentencioso y grandilocuente. En su formulación más compendiada y fácil de retener se nos puede presentar así: *Los hombres sólo hacen historia cuando tienen propósitos*. Axioma que decidida, franca y totalmente se opone al que apenas hace unas páginas nos formulara R. Aron: "Los hombres hacen su historia, pero no saben qué historia hacen". Ambas máximas, por antagónicas y contradictorias que parezcan, tienen un aspecto común: tratan de resumir en unas cuantas palabras el porqué de la historia que crean los hombres, entendidos como partes constitutivas y como miembros de colectividades. Parecen estas máximas estar poseyendo un amplio margen sociológico o, a lo menos, parecen remitirnos a él. Ambas nos envían, o pretenden hacerlo, al estudio del impacto que el hombre, considerado tanto como personalidad o como masa, sufre en una sociedad en permanente construcción y la transformación que su obrar produce en la sociedad que está creando. El análisis que en la obra de Aron hemos tratado de efectuar acerca de las relaciones que se pueden dar entre el papel de las personalidades y el suceso nos lleva a tratar de hacer lo mismo, con igual tema y finalidad semejante, en y sobre la obra de algunos sociólogos que en Francia se han dado en los últimos años y en otros autores, historiógrafos y filósofos de la historia, que sobre este tema han reflexionado y escrito. ®

"Los fenómenos psíquicos, escribe Emile Durkheim, sólo pueden tener consecuencias sociales, cuando están tan íntimamente unidos a los fenómenos sociales, que su acción esté necesariamente confundida... Así un funcionario es una fuerza social, pero es, al propio tiempo, un individuo. De aquí se desprende que puede

sonificación de una ahistórica "tabla de valoración", ni el hombre que por un impulso divino, o casi, es capaz de convertir una sociedad cerrada en una abierta, ni, mucho menos, un "superhombre étnico". Sólo serían, y no es poco, un cierto tipo, el mejor y el más claro, de expresión de lo común que presentan los hombres de cada época y lugar, sufriendo las particularidades de su vida y momento. Sólo sería la mediación necesaria para el reconocimiento, comprensión y análisis en el pasado de lo más propio del hombre en cualquiera de sus proyecciones temporales: la libertad, la escogencia y el compromiso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPÍTULO V

PERSONALIDAD Y SOCIEDAD

§ 10. El problema en los iniciadores de la sociología francesa contemporánea.

Suele encontrarse, y con más frecuencia de lo que se puede pensar, en los manuales, obras y textos que versan sobre la problemática de la historia, bien sea sobre su totalidad o sobre una parte de ella, una tácita ley, formulada a la manera de una máxima moral y que, como ellas, atrae por su aspecto sentencioso y grandilocuente. En su formulación más compendiada y fácil de retener se nos puede presentar así: *Los hombres sólo hacen historia cuando tienen propósitos*. Axioma que decidida, franca y totalmente se opone al que apenas hace unas páginas nos formulara R. Aron: "Los hombres hacen su historia, pero no saben qué historia hacen". Ambas máximas, por antagónicas y contradictorias que parezcan, tienen un aspecto común: tratan de resumir en unas cuantas palabras el porqué de la historia que crean los hombres, entendidos como partes constitutivas y como miembros de colectividades. Parecen estas máximas estar poseyendo un amplio margen sociológico o, a lo menos, parecen remitirnos a él. Ambas nos envían, o pretenden hacerlo, al estudio del impacto que el hombre, considerado tanto como personalidad o como masa, sufre en una sociedad en permanente construcción y la transformación que su obrar produce en la sociedad que está creando. El análisis que en la obra de Aron hemos tratado de efectuar acerca de las relaciones que se pueden dar entre el papel de las personalidades y el suceso nos lleva a tratar de hacer lo mismo, con igual tema y finalidad semejante, en y sobre la obra de algunos sociólogos que en Francia se han dado en los últimos años y en otros autores, historiógrafos y filósofos de la historia, que sobre este tema han reflexionado y escrito. ®

"Los fenómenos psíquicos, escribe Emile Durkheim, sólo pueden tener consecuencias sociales, cuando están tan íntimamente unidos a los fenómenos sociales, que su acción esté necesariamente confundida... Así un funcionario es una fuerza social, pero es, al propio tiempo, un individuo. De aquí se desprende que puede

utilizar la energía social que tiene en su poder... y por ello tener influencia sobre la constitución de la sociedad. Es lo que sucede con los hombres de estado y, más generalmente, con los genios. Aún cuando estos no llenen una función social, sacan de los sentimientos colectivos de que son objeto una autoridad que también es una fuerza social que, en cierta medida, pueden poner, al servicio de ideas personales. Pero ya se comprende que estas cosas son debidas a accidentes individuales y, por consiguiente, no pueden afectar los rasgos constitutivos de la especie social, que es el único objeto de la ciencia¹. Durkheim a pesar de no negar la existencia concreta, histórica y presente, de algo así como unas personalidades, —genios y hombres de estado—, en la realidad efectiva de las sociedades humanas, las coloca y quiere mostrar como poseyendo un papel francamente secundario, por no decir negativo o marginal. Las ve obrando, cuando es posible hablar de ellas y de su acción, como cumpliendo una labor social efectiva, de acuerdo con una o unas normas sociales que las llevan a cumplir con aquello que la colectividad desea crear, buscar y encontrar. Además, y claramente nos lo está expresando en la anterior cita, las personalidades sólo tienen un reducido campo de acción frente y en el hecho social: sólo pueden obrar *psíquicamente*. Sólo son y sólo representan, en el campo de lo social, lo menos constante, lo más disparate y lo más emparentado con una subjetividad, que en la sociología que instaura y funda Durkheim no puede ocupar un destacado papel. Su principal preocupación como teórico de lo social, se nos manifiesta en su empeñoso esfuerzo por aclarar, establecer y delimitar lo más neta y precisamente que sea posible, el radio de acción de una sociología científica. Quiere mostrar y trazar la existencia de una neta línea divisoria entre lo colectivo y lo individual, para poder llegar a diferenciar la Sociedad, así con mayúscula, de un mecánico conglomerado de individuos, de un caos colectivo de acciones individuales y subjetivas.

Para tratar de comprender de una manera más adecuada el punto de vista mantenido por Durkheim frente a la acción de las personalidades, es necesario recordar cómo, para este mismo sociólogo, los fenómenos sociales son de *naturaleza mental*. Cualquiera

1. Emile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, trad. A. Ferrer, ed. dédalo, Buenos Aires, 1959, p. 126. Nota 1.

ra que sea el hecho o fenómeno social, aunque éste sea económico, puede y debe ser reducido a su aspecto psíquico. Ya que estos hechos sólo tienen un carácter externo, puramente objetivo, y por ello mismo, no pueden llegar a constituir un o algunos de los motores fundamentales del hecho social. "Lo mental, nos dice en alguna parte de su obra, no resulta en este caso lo mental individual, sino lo mental colectivo ya que lo social prima sobre lo individual; el medio coacciona al individuo hasta el punto de imponerle sus maneras de pensar, sentir y obrar: la mayor parte de nuestros estados de conciencia derivan no de la naturaleza psicológica del hombre en general sino del modo en que los hombres, una vez asociados, se afectan mutuamente, según resulten más o menos numerosos, o más o menos próximos". Los hombres pues, son, según este punto de vista sociológico, productos de la vida de grupo, y sólo en función del grupo pueden llegar a ser comprendidos y pueden llegar a obtener una determinada explicación. Pero la sociedad no debe ser considerada como siendo una simple suma, un agregado, de individuos más o menos aislados, sino que, por el contrario, debe vérsela como constituyendo un sistema formado por la asociación de individuos y que, por ello mismo, constituye una realidad concreta y que presenta claros y definidos caracteres propios. Esto no quiere decir que para Durkheim lo colectivo pueda surgir de la nada, pueda aparecer sin la previa existencia de conciencias particulares. El mantener este punto de vista lo hubiera llevado al absurdo. La conciencia individual, particular, es condición necesaria para el surgimiento de colectividades sociales, pero en modo alguno es o constituye la condición suficiente para que surja el fenómeno social. Se presenta como indispensable que las conciencias individuales se asocien, se combinen. Combinación que debe estar sujeta a unas determinadas leyes, que debe manifestarse según unas determinadas maneras. Así pues, de esta y por esta combinación surge la vida social y es la combinación el único factor que puede explicar el surgimiento, desarrollo y evolución de la vida y manera del ser social. Es por medio de un compenetrarse, de un unirse y fusionarse de las mentes individuales que surge un nuevo ser, indudablemente psíquico, pero que se nos presenta como formando una nueva individualidad psíquica, un nuevo género colectivo: "El grupo piensa, siente y obra de modo distinto, a como lo harían aisladamente sus miembros". Para Durkheim existe

pues, y como el principal factor de lo social, un alma colectiva. El principal papel que debe desempeñar una sociología científica, un sociologismo, es desentrañar y analizar desde afuera las causas profundas, que escapan a la conciencia individual, que dieron origen al surgimiento de una determinada manera de ser social. Durkheim presenta como una de las principales reglas del método sociológico el considerar a los hechos sociales, especialmente a los morales como cosas autónomas, con una plena existencia fuera de las conciencias individuales. Así pues, se nos presenta como completamente coherente, manteniéndonos dentro del pensamiento del fundador del Año Sociológico, el limitar la acción de las personalidades, de las individualidades únicas, a ser meros fenómenos psíquicos individuales, y por ello, sin una mayor trascendencia y acción en la vida de una comunidad.

Pero, sin embargo, para Durkheim la limitada acción que las personalidades pueden presentar frente al hecho colectivo, frente al hecho social, en su constitución y desarrollo, se encuentra expresada y se concreta en la posibilidad que ellas detentan de hacer surgir, producir y guiar sentimientos colectivos; por la posibilidad de centrarlos alrededor de su figura y de, cuando ello sucede así, explotarlos. Sentimientos, que de llegar a ser lo suficientemente notorios, que de llegar a constituir algo semejante a una fuerza colectiva, llegan a hacer posible ver a la personalidad que los ha producido y que los ha despertado como la manifestación, personificación, de una fuerza social. Sería éste el momento en que los fenómenos psíquicos y subjetivos de las personalidades se unen a fenómenos colectivos, creándose y manteniéndose una acción social plena. Que sólo tienen y manifiestan de las personalidades esa fuerza de atracción que ha podido presentar frente a esa masa de individuos, de individualidades psíquicas, que las rodea y que luego, en tanto que colectividad, obra por su cuenta, de acuerdo con sus necesidades y sometiéndose a las leyes sociales que la dirigen y que a través de ella se manifiestan.

Esta manera de enfrentarse al problema de la acción de las personalidades frente al suceso social nos ha hecho recordar algunas de las tesis sostenidas por Gabriel Tarde, sociólogo inmediatamente anterior a Durkheim y por lo tanto, podemos pensar que este último conoció y estudió la obra del primero. Haciéndose

nos comprensible y lógico el encontrar influjos y persistencias del pensamiento del uno en la obra del otro. La influencia que principalmente notamos radica en la concepción que sobre el motor de las colectividades se encuentra en la obra de Tarde.

Esa fuerza que mueve, y conmueve y hace evolucionar a las sociedades es, para este último sociólogo, la imitación y el contagio que es posible que la personalidad produzca. Por ello llega a definir a la sociedad de la siguiente manera: "una reunión de seres en cuanto están dispuestos a imitarse mutuamente o en cuanto, sin imitarse actualmente, se asemejan y sus rasgos comunes no son sino antiguas copias de un mismo modelo". Las analogías y semejanzas sociales son consecuencia directa o indirecta de la imitación, que no es otra cosa que "toda impresión de fotografía inter-espiritual, por así decirlo, sea o no volitiva, sea pasiva o activa". Entre el pensamiento de Durkheim y Tarde no todo son semejanzas, también encontramos en su pensamiento y obra una serie de discrepancias, que en lo que nos concierne se manifiestan así: Tarde se opone a Durkheim al colocar en un lugar relevante el influjo de las personalidades en la sociedad. Ya que para que haya imitación es necesario que previamente exista un modelo que sea capaz de inventar y descubrir. La evolución y transformación social se explican por esas invenciones y descubrimientos que suelen consistir, en la enorme mayoría de las veces, en la aparición de algunas grandes ideas que "generalmente pasan desapercibidas, en su nacimiento, rara vez son gloriosas, en general anónimas, pero ideas nuevas siempre"². De todas maneras es la sociedad para Tarde imitación y la imitación no es otra cosa que una especie de sonambulismo, que produce en el hombre individual, en el hombre de la vida diaria social, una especie de ilusión que lo lleva a pretender obrar por su propia iniciativa. Así, "el estado social, como el estado hipnótico, es una forma del sueño, un sueño de mando y un sueño de acción. Tener tan solo ideas sugeridas y crearlas espontáneas, tal es la ilusión del sonámbulo y también del hombre social"³. Los individuos que constituyen las sociedades, presentes o históricas, a pesar de que continúan creyéndose libres y autónomos, no

2. Gabriel Tarde, *Las leyes de la imitación*, trad. J. García G., ed. Daniel Jarre, Madrid, 1907, p. 22.

3. Tarde, *op. cit.*, p. 111 y ss.

son y no han sido sino *autómatas* a quienes sus antepasados, sus personalidades históricas, reales, ideales o de cualquier otra índole que se quiera, pero siempre actuantes, despertaban haciéndolos obrar de acuerdo con sus necesidades y engañándolos al presentarles como voluntaria y libre su acción social. Esa imitación de los hechos, acciones y pensamientos de las personalidades pretéritas es lo que llega a constituir la *costumbre social*. Así la acción de las personalidades, convertida en costumbre, permanece y se salta las generaciones llegando a tener enorme beligerancia en la vida de una sociedad contemporánea, en ella la costumbre se convierte en moda. El genio y el gran hombre, es decir la personalidad, debe su fuerza, impacto e importancia social no a su propio influjo, no a la acción que directamente puedan efectuar o presentar ante los miembros de su comunidad. Sino a la manera como ejecutan y ponen en juego esas pequeñas o grandes, fáciles o difíciles ideas que, en cierta medida, no les pertenecen, por no ser sus creadores, y de las cuales son sus representantes y principales voceros.

Las ideas que anteriormente resumíamos de Tarde pueden ser comprendidas dentro de lo que Durkheim llama "fenómenos y sentimientos colectivos". La vocería y ejecución de ellas llegaría a producir lo que este mismo autor califica con el término de "fuerzas sociales". Para Tarde, como para Durkheim, la acción de las personalidades frente al hecho social son manifestaciones de accidentes individuales. En este momento volvemos a encontrar una analogía y una diferencia en el pensamiento de estos dos sociólogos. Siguiendo el pensamiento de Tarde, una vez constituida y anónimamente creada la idea y tomada como suya por la personalidad, es cuando ésta y la acción a la que ha dado origen, empleando como intermediario a la figura de la personalidad, entran y caen dentro del campo más propio de estudios de la sociología. En tanto que para Durkheim en ningún momento las personalidades y sus acciones pueden llegar a ser sujetos de un análisis sociológico. Y no lo pueden ser, ya que en ningún caso esos individuos y sus acciones presentan la posibilidad de afectar "los lineamientos constitutivos de la especie social", único y legítimo objeto de una sociología científica.

Podemos resumir la actitud de Durkheim y Tarde frente al problema que presentan las relaciones entre sociedad y personali-

dad, diciendo que para el primero, como para no pocos sociólogos, la acción que la personalidad puede presentar ante el hecho y acontecimiento social es nula, pudiendo ser comparada con "un significativo cero", para hacer uso de la expresión acuñada por otro conocido estudioso del fenómeno social⁴. En tanto que para Tarde la personalidad es algo así como el vocero, la encarnación, nos sentimos tentados a escribir de aquellas ideas que produce la sociedad y que en ellas se manifiestan, encuentran, entrecruzan y se hacen patentes. La acción de las personalidades se hace valedera si lo gran comprenderlas, nula si las desconocen o rechazan. Negación de la acción de las personalidades frente al hecho social, por una parte. Relativa aceptación de ella, por otra. Maneras de enfrentarse a las personalidades que en más recientes autores volveremos a encontrar, y que se suelen presentar como siendo los dos polos sociológicos a tratar de comprender, desentrañar, elucidar y situar el relativo papel que teóricamente se otorga a la acción, vida y realizaciones de las personalidades.

§ 11. La personalidad, la libertad y la contingencia social.

Después de haber esbozado la problemática que puede presentar el estudio de las personalidades y su acción en dos de los creadores y reformadores de la moderna escuela sociológica francesa, parece en un todo pertinente el tratar de analizar este mismo tema, y buscando en lo posible analogías y aspectos semejantes, a través del pensamiento de uno de los más connotados sociólogos franceses contemporáneos: Georges Gurvitch. Quien, en aquella de sus obras que puede considerarse como la más importante: *Determinismos sociales y libertad humana*, llega a considerar que la concepción

4. Ludwin Gumplowicz, *Sociología y política*, cit. W. Bauer, *Introducción al estudio de la historia*, ed. Bosch, Barcelona, 2 ed., 1952, p. 94. Vale la pena repetir completamente esta cita ya que pensamos que es bastante significativa y aclaratoria: "La Sociología sacrifica sobre el altar de su conocimiento a los hombres. El, el Señor de la Creación, el autor de los sucesos históricos, en opinión del historiador... queda sumergido, en la sociología, en un significativo cero. En completa oposición con los relatos de los historiadores, por el modo de considerar las cosas propio del sociólogo, el hombre de Estado más poderoso es sólo un artifice ciego de la invisible, pero omnipotente, mano de su grupo social que, a su vez, obedece también a una ley natural irresistible".

y punto de vista que atribuye y otorga una destacadísima actuación a las acciones y obras de las personalidades en y dentro de la vida social, sólo está reflejando y jugando con un elemental prejuicio, que tiene como fundamento y punto de surgimiento toda una concepción negativa y, más aún, errónea, por no decir falsa, de la libertad humana y del determinismo social. El otorgar arbitrariamente una excesiva importancia a los grandes hombres dentro de una vida y evolución social muestra, sobre todo cuando se encuentra en el contexto de un pensamiento pretendidamente sociológico, la creencia y la aceptación de una radical antinomia entre la conciencia individual, que debería representar la libertad, y un determinismo, concebido como la más clara manifestación de las fuerzas que operan en el interior de una sociedad. La concepción de estos dos factores como alternativas francamente exclusivas, es algo que no solamente niega y rechaza categóricamente Gurvitch, sino que piensa que es algo que no debe darse nunca más en una concepción e interpretación de la sociedad que quiera tener pretensiones de validez y actualidad. "Caracterizar la realidad social como rutina, tradición, estabilidad, cristalización, organización fija, o, más aún, como continuidad y uniformidad, proyectando en el individuo todo lo que es innovación, iniciativa, invención o creación, así como discontinuidad y contingencia, es cometer un evidente error de óptica"⁵. Falta de perspectiva y error de óptica que, seguramente, ha surgido como directa consecuencia de lo que bien pudiera ser calificado como una reducida y estrecha delimitación de las áreas de estudio sobre las que ha de recaer el análisis sociológico. Si bien es cierto, en la anterior cita se concedía al individuo y a su acción la parte activa y creadora, transformadora y revolucionaria, que es dable encontrar en una determinada sociedad, de manera semejante, se responsabilizaba a la realidad social de ser la causante de los posibles estancamientos, por no decir de procesos o actitudes conservadoras y negativas, de la vida, proyección y desarrollo de la comunidad. De análoga manera y basándose en observaciones y análisis semejantes, es del todo posible mostrar y destacar una inversión en los términos. Encontrar que el elemento activo y creador depende de la realidad social, en tanto que el as-

5. Georges Gurvitch, *Determinismos sociales y libertad humana*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1953, p. 2.

pecto negativo y rutinario descansa en la responsabilidad de los individuos. Así pues, y con el fin primordial de tratar de encontrar alguna claridad en torno del problema fundamental de toda concepción sociológica: las relaciones entre el individuo y el grupo social, las características fundamentales del llamado progreso y evolución de las colectividades, se le hacen necesarias a Gurvitch el superar o reestructurar la tradicional distinción entre el individuo y colectividad, entre sujeto colectivo y sujeto individual, entre Yo y masa. "Un testimonio indudable se produce, escribe este autor, por los esfuerzos colectivos indispensables y siempre renovables, que se encuentran en la base de toda estructura social y global. La que, por su constitución, por su funcionamiento, aún, por la formación de su determinismo pide un difícil trabajo de unificación, nunca ejecutado sin luchas. La capacidad, en principio rigurosamente semejante, equivalente, que poseen las colectividades, (sociedades globales, clases, grupos, Nosotros), y los individuos, (Yo, el Otro), de sufrir determinaciones o de cumplir actos de libertad en todo grado de intensidad parece estar fuera de duda"⁶. Sea el sujeto social individual o colectivo, siempre es dable encontrar en él, en forma real o potencial, la posibilidad de convertirse, manifestarse o verse como sometido a un determinismo o como agente de una libertad. Es decir, tiene la posibilidad de llegar, y de hecho Gurvitch así lo ve, a confundirse en una de las dos grandes categorías sociales; la parte activa y creadora de la sociedad con la porción estabilizadora y fija de ella. Además, y como si lo anterior fuera poco, la libertad humana se encuentra y manifiesta siempre en toda realidad social sea ésta colectiva o individual, parcial o total. Es el elemento que, con los múltiples y variados determinismos sociales, constituye esa realidad innegable. La sociedad a la que Gurvitch se refiere, y en la que encuentra la conclusión de esos elementos aparentemente antagónicos y contradictorios, no es, no puede ser, una sociedad cerrada, estancada y completa. Muy por el contrario, es y constituye una comunidad que se encuentra permanentemente en acto, en vivo tal creación, que se encuentra permanentemente sometida a un esfuerzo de auto creación y producción. Y siempre se nos muestra en acto, ya que en su propio seno se encuentran, manifiestan y actúan, tanto esa libertad individual co-

6. Gurvitch, op. cit., pp. 2-3.

mo esa manifestación colectiva de ella. Libertad que, en uno y otro sentido, en una y otra manifestación, encuentra su cimiento, su punto de origen y fundamento en la *praxis social*. Y que también es responsable del surgimiento, producción y acción de la complicada y variadísima gama de determinismos sociales: "La realidad humana, tomada tanto colectiva como individualmente, produce sus propios determinismos y los combate, los limita, los domina por medio de la libertad que se separa de su esfuerzo..."⁷.

No deja de ser importante, y esclarecedor, el que nos detengamos un momento más en el fundamental e interesante tema del determinismo social, —a reserva de volver a enfrentarnos con él. Ya que parece que el aceptar la existencia de factores deterministas y determinantes en la vida y evolución de una sociedad puede explicar el por qué de la aceptación o el rechazo de la labor y acción que en ellos y ella pueda haberse u otorgarse a las personalidades. ¿Qué tipo de determinismo es el que acepta Gurvitch? ¿Cuál es su concepción de este factor social?

"El determinismo, claramente nos dice este sociólogo, es la integración de los hechos particulares en uno de los múltiples cuadros reales o universales concretos, (vivididos, conocidos, contruidos), que siempre permanecen contingentes; sitúa estos hechos, es decir, los explica en función de la comprensión del cuadro. Esta integración presupone, en efecto, la comprensión de la cohesión relativa del cuadro contingente en cuestión, lo mismo que su desarrollo en una o en muchas temporalidades esencialmente múltiples y nunca uniformes"⁸. En esta caracterización y definición del determinismo social es perfectamente dable entrever claros ecos de la ya un tanto vieja, pero constantemente renovada, concepción físico-filosófica de un Laplace. Es posible encontrar en los dos casos las siguientes ideas afines: interdependencia de fenómenos, con posibilidad de conocimiento de los hechos que se derivan y surgen de esa mutua y constante dependencia. Posición filosófica, como en realidad y última instancia lo es, que no debe confundirse con ninguna manifestación de fatalismo. Puesto que, y según Gurvitch, en ella se admite la intervención de la contingencia y, más aún, de la discontinuidad. Tampoco parece hincar este determinismo so-

7. Gurvitch, *op. cit.*, p. 3.

8. Gurvitch, *op. cit.*, p. 40.

cial algo así como una especie de necesidad metafísica, en el peor y más vulgar sentido de la expresión, pretendidamente fundada sobre una o algunas evidencias de supuestas verdades eternas. También se nos muestra como siendo poco posible concebir el determinismo sustentado por este sociólogo como la manifestación y plasmación de una necesidad trascendental, de no importa qué tipo sea⁹. A pesar de no ser todo eso, a pesar de no poseer ninguna de estas notas, de no manifestarse bajo ninguna de estas formas, sigue siendo posible el continuar pensando que el determinismo, sea sociológico o físico-matemático, continuará presentándose como una hipótesis o como un principio metodológico de trabajo que no deja, por ello, de establecer una tesis, visión o concepción metafísica sobre la realidad que directamente supone, y a la libertad en general y a la social en particular. Pero en modo alguno quiere Gurvitch abandonar, negar o menospreciar esa libertad, ese hecho humano y concreto, que todos pretendemos vivir y gustar. No quiere deshacerse teóricamente de la libertad, como tampoco lo puede hacer prácticamente. Pero parece que tampoco puede manejarla, analizarla y explicarla. La libertad, y sobre todo y por encima de todo la humana, la que interesa al hombre y al sociólogo no se deja explicar, ni asir, ni, mucho menos, deducir. Sólo se la puede sentir, sólo se la puede gozar, vivir o maldecir. Parece que sólo se la puede experimentar y luego, siempre a posteriori, ensayar describirla. Aparece pues, como siendo una propiedad *indeductible* de la existencia humana. Pero, y por ello mismo, debe ser dada y encuadrada en lo real, bajo las condiciones mismas de la existencia humana, en un medio social y, por ende, mostrándonos como relativa y no absoluta. Gurvitch parece haberse dado clara cuenta de lo anterior, cuando se expresa así: "la libertad humana, que se siente tanto en las experiencias colectivas como en las individuales, consiste en una acción voluntaria, clara y clarividente —innovadora, inventiva y creadora—, que, guiada por sus propias luces surge en el fuego del acto mismo, provoca la interpenetración del motor, del motivo y de la contingencia, se esfuerza en sobrepasar, voltear, romper todos los obstáculos y modificar, sobrepasar y recrear todas las situaciones"¹⁰.

9. Cf., Gurvitch, *op. cit.*, pp. 19-28.

10. Gurvitch, *op. cit.*, p. 82.

El que exista una libertad humana en el seno de no importa que tipo de manifestación o manera de ser social, puesto que la vivimos, la sentimos y con ella contamos, hace que no pueda ser concebida ni como una pura contingencia, ni como una creación pura, gratuita y *ex nihilo*. La libertad, nuestra pretendida libertad, implica y lleva consigo una fuerte dosis de contingencia, de discontinuidad. La libertad humana es una libertad en situación en un mundo real. Es una libertad que aparece bajo ciertas y determinadas condiciones. Que surge y se muestra bajo la égida de ciertos determinismos. No puede aparecer como siendo algo indiferente y puro. Es una, mejor, la libertad humana y no la aparente del "Asno de Buridán". Es la libertad eficaz y auxiliadora de toda actividad humana, hasta tal punto que es la única que puede tener y hacer posible algo así como una vida social y colectiva. Pero, debemos recordar, que esa libertad que poseemos no es algo absolutamente motivado por la razón y que en toda ocasión, puede triunfar sobre la contingencia. No, la libertad humana no excluye estas interpretaciones y determinaciones, a lo menos en la obra de Gurvitch¹¹.

Si bien la libertad humana, dentro del cuadro de una sociología, no puede ser considerada y analizada según las anteriores notas y características, tampoco puede ser reducida exclusivamente a las siguientes: Es imposible verla como una simple libertad de ejecución que, para nuestro autor, se suele manifestar de las siguientes maneras: a) libertad física, o libertad del cuerpo ordenada por la conciencia. b) libertad social en su más usual y restringido sentido. c) libertad civil y d) política. Estas concepciones limitadoras de esa gran pregunta que es la libertad humana sólo tienen en cuenta un aspecto, aunque en algunos casos es de radical importancia, es cierto, pero que no pueden constituir esa gran totalidad que es la libertad. Así como en los casos anteriores, tampoco se puede limitar la libertad humana a la psicológica, ya que ésta no es sino una posibilidad de aquella. Gurvitch sostiene la idea de que reducir la libertad a un aspecto psicológico implica el dejar de lado sus manifestaciones y aspectos más importantes y notorios para quedarse en el nivel de un mero reino de posibilidades. Algo

11. Gurvitch, *op. cit.*, pp. 68-73.

semejante acontecería si pretendemos permanecer enfrentados a un aspecto puramente ético y moral de ella. Tampoco depende la libertad humana, y vista siempre desde un ángulo sociológico, de una acción libre de una voluntad individual o colectiva¹². Dentro de las concepciones que, para Gurvitch, muestran y destacan una sólo parcela de lo que es la libertad humana caben destacar, por ser las más importantes para nuestro estudio, aquellas acepciones comprendidas bajo los rubros de *libertad moral* y de *libertad de voluntad*.

La libertad humana, ya lo decíamos, es colectiva e individual, inventora, creadora y patentadora de obras culturales, artísticas y técnicas. Por sí misma, y por medio de sus obras históricas y presentes, en tanto que actuales y en tanto que revividas, se experimenta, vive y sufre en toda experiencia individual y colectiva. Haciéndose así posible que manifieste y juegue en la vida moral un papel de principalísimo orden. Pero que nunca, en ninguna ocasión, es igual, que no es estático, que varía de acuerdo con los diferentes tipos de vida colectiva, con los diferentes ideales sociales y morales, con la variada gama y las enormes fluctuaciones que se dan, encuentran y manifiestan en las experiencias morales de la vida de un grupo, de una clase, de una colectividad y de los diferentes individuos que las componen. La libertad humana, y en aquello que tiene que ver con la vida moral, no es sólo en grado sumo variable sino, por ello mismo, fluctuante y ambigua¹³.

Uno de los más frecuentes prejuicios que es dable encontrar en la mayoría de las concepciones tradicionales de la libertad, es el confundirla y hacerla una con la libertad de la voluntad individual. Es un ver la libertad humana por intermedio de una lente individualista. Para Gurvitch, el Yo, el Otro y el Nosotros, formas básicas y fundamentales de las agrupaciones humanas, pueden también ser vistas como representando direcciones de un mismo proceso mental, que cuando se encuentra, representado en un solo conjunto, manifiesta lo que se suele conocer como conciencia. Es decir, es necesario que las formas sociales se presupongan, se impliquen, se interpenetren. El ejercicio de una voluntad libre, cuya existencia es innegable, como ya con Gurvitch lo

12. Cf. Gurvitch, *op. cit.*, p. 76 y ss.

13. Cf. Gurvitch, *op. cit.*, p. 78.

hemos indicado, es un acto poseedor de una muy peculiar naturaleza. Para que surja su acción y se de su cumplimiento es necesario que se manifieste en él una fusión entre el motor, el motivo y la contingencia. Los actos que han tenido como fuente de origen el ejercicio de la libre voluntad bien pueden ser colectivos e individuales o simplemente sólo colectivos y sólo individuales. Dándose el caso, bastante frecuente en toda forma humana de vida colectiva, de que actos colectivos e individuales entren en pugna, creándose así toda una posible serie de relaciones ambiguas, luchas, antagonismos y contradicciones que, en última instancia y por implicarse los factores que entran en la lucha, se pueden mutuamente completar, hacerse simétricos o paralelos¹⁴.

Por las notas y peculiaridades señaladas anteriormente es posible el hacerse patente con cierta claridad, que esta libertad es del todo capaz de dominar y sobrepasar los obstáculos interiores y exteriores que se le presenten. También le es posible sobrepasar cobijándolos, al Yo, al Otro y al Nosotros, a sus propios agentes, a los grupos, las clases, las sociedades que ellos forman y a las obras objetivas que en ellos surjan, se plasmen y adquieran figura. La libertad pues, crea posibilidades y destruye lo imposible. Pero no por esto es una clara y neta victoria de lo necesario sobre lo contingente. No es otra cosa sino un cierto compromiso entre los dos. Sus notas peculiares y su carácter propio no es otra cosa que esa imbricación y unificación entre motor, motivo y contingencia¹⁵.

No deja de tener importancia, y siempre pensando en nuestras necesidades, el señalar cuáles son, según Gurvitch, las más connotadas formas y manifestaciones por intermedio de las cuales se nos puede hacer patente y manifiesta la libertad humana:

1—*Libertad Arbitrante*, según preferencia subjetiva. En este caso el móvil predomina sobre el motivo, que toma las notas características de lo inconsciente. En este primer caso el grado de contingencia es fuertísimo, y recae más sobre el agente que sobre el móvil. Esta libertad se encuentra en todas las manifestaciones de la condición humana, sin importar o tener en cuenta que sea individual o colectiva.

14. Cf. Gurvitch, op. cit., pp. 78-80.

15. Cf. Gurvitch, op. cit., pp. 82-83.

2—*Libertad-realización innovadora* es, según la terminología propuesta por este autor, aquella que se manifiesta cuando los sujetos se encuentran frente a obstáculos imprevistos e imprevisibles y cuando es su deseo realizar modelos, planes, reglas. Antes de que estas limitaciones desaparezcan es necesaria la existencia de grandes esfuerzos de invención, de adaptación, de transformación. Precisamente este esfuerzo constituye la realización innovadora. Una de sus más destacadas características es el de ser paciente y moderada.

3—*Libertad de escogencia* es aquella que surge cuando entre el motivo y el móvil no se notan o encuentran mayores diferencias y que, por tanto, son equivalentes. En ellas se da un cierto grado de contingencia producido por la enorme semejanza que existe entre el móvil y el motivo.

4—*Libertad de intención* es la que también llama Gurvitch una libertad estratégica. Es la que se manifiesta en el hombre en tanto que este se nos muestra como ser político, por ello su principal nota distintiva es el ser "tramposa" y nunca "heróica".

5—*Libertad de decisión* es aquella manifestación de la libertad que trata de eliminar los obstáculos que se oponen al cumplimiento de una acción voluntaria. Es ésta, por oposición a la anterior, la llamada libertad heróica. En su ejercicio los agentes, colectivos e individuales, o más propiamente, la suma de los dos, se juegan el todo por el todo. En este caso, como es obvio, la contingencia predomina sobre el móvil y sobre el motivo.

6—*Libertad de creación*, punto culminante de la libertad, es aquella que esclarece la reciprocidad de perspectivas que se encuentran entre las libertades individuales y las colectivas. Por el hecho de ser culminante se apoya y emplea a las otras libertades como etapas previas a su surgimiento, y al hacerlo las integra y guía. En ella se representa un elemento claramente constitutivo de la realidad social. Ahora, en esta última gran manifestación de la libertad, el motivo, el móvil y la contingencia se presenta formando y constituyendo un todo armónico y unido¹⁶.

16. Cf. Gurvitch, op. cit., p.84.

Ya hemos anotado en páginas anteriores cómo para Gurvitch el determinismo social es la manifestación de la integración de uno o de todos los hechos particulares en uno o alguno de los cuadros reales y contingentes que pueden darse, encontrarse o constituirse en una determinada sociedad.¹⁷ Como resultado de la interacción del determinismo y de la libertad y de su mutua influencia, surge y se nos dá toda una estructura social, una relativa cohesión entre las diversas formas de sociabilidad, de cualquier tipo que ellas sean y, por encima de todo entre "las agrupaciones y los modos de división del trabajo y la acumulación, todos específicamente jerarquizados; estos equilibrios o cohesiones armadas están cimentados por los modelos, signos, señales, símbolos, papeles sociales, regulares o habituales, valores e ideas, en pocas palabras, por las obras culturales que le son propias."¹⁸ En esta concepción de la estructura social ocupa un lugar de principalísima importancia los, según la personal terminología de Gurvitch, "símbolos sociales". No deja de ser interesante e importante, y de nuevo para el curso de nuestra investigación, el tratar de comprender qué es lo que este sociólogo entiende por símbolos sociales: éstos son "signos que no expresan sino parcialmente los contenidos simbolizados y que sirven de mediadores entre los contenidos y los agentes colectivos e individuales que los formulan y a los que se dirigen, esta mediación consiste en favorecer la participación de los agentes en los contenidos simbolizados y de los contenidos en los agentes... una de sus características es que revelan revelándose y se revelan revelando y que, empujando así la participación, la frenan".¹⁹ Estos símbolos sociales pues, poseen, y es una de sus peculiares notas, todo un amplio margen de variabilidad, pero no uno de no importa qué tipo. Muy por el contrario, varían en función de un número determinado de, por así decirlo, agentes. —A pesar de existir la posibilidad de hacernos engorrosos con una enumeración más, es indispensable que anotemos las diferentes posibilidades de variación de los llamados símbolos sociales. Así pues, los símbolos sociales varían en función de:

17. *Supra*, p. 146.

18. Gurvitch, *op. cit.*, p. 100. El subrayado es nuestro.

19. Gurvitch, *op. cit.*, p. 133.

a—Los emisores, o sujetos colectivos que los elaboran. b—De los receptores, o sujetos sociales que los reciben o a los que se dirigen. c—De las conjeturas sociales particulares, tales como revoluciones, tiempos agitados, tiempos de crisis, etc. d—De los cuadros sociales, diferentes tipos de sociedades globales, grupos particulares, individuales y colectivos. e—De las modificaciones que se pueden suceder y dar entre las relaciones de símbolo y simbolizado. f—De los obstáculos que se encuentran y manifiestan, sea para superarlos o para dejarse dominar por ellos. g—De la cohesión que se ve y haga patente entre los símbolos y los contenidos simbólicos. h—De los elementos conscientes o inconscientes, falaces o ilusorios, que no impliquen un substrato tramposo. i—Del grado de cristalización y bastedad que puedan encontrar y producir.

De la definición de símbolo social dada anteriormente y de las diferentes variaciones que se puedan dar entre ellos, es posible darse cuenta que el determinismo que corresponde a este estadio simbólico es el obstáculo menos elástico y el más fuerte con que puede toparse la libertad humana. Especialmente con el notorio hecho en que en él la imaginación es más importante que la acción, sea ella o bien particular, individual, o bien social, colectiva. Y ello especialmente porque nadie ni nada puede verse o decirse dueño de su propio sistema de símbolos. Porque no pueden ser inventados. Por sólo poder, a lo sumo, ser conscientemente heredados. En este último caso pueden convertirse, mejor ser vistas, como "ideas recibidas". Ideas compartidas por todos, pero que no pertenecen a nadie.²⁰ Un caso definitivamente semejante al que estamos anotando, es el que se manifiesta por intermedio de los llamados valores colectivos, o simplemente valores humanos. Que pueden, y quizás deban ser vistos como no creados individualmente, sino como dados histórica y socialmente. No como inventados sino como recibidos y heredados. Como no siendo valederos para siempre y en todas las sociedades, o estamentos de alguna de ellas, sino como temporalmente dados y circunscritos en una colectividad particular o en una clase social determinada. Y que en ella o ellas, puedan parecer y ser vistos como mostrándose con cierta regularidad y alguna constancia y durante un cierto período de vida. Hecho que se responsabiliza de la tendencia que poseen los va-

20. Cf. Gurvitch, *op. cit.*, p. 137 y ss.

lores colectivos a convertirse en *eternos*, mejor, a ser vistos como poseyendo o manifestando esa peculiarísima nota. Por influjo de estos mismos factores tienen la posibilidad de tomar otras notas distintivas: pueden serles atribuidas las notas y formas de la "predestinación", el "azar", el "destino", la "fatalidad" y qué sé yo cuántas variedades más, que poco tienen que ver o hacer en un análisis de la sociedad, a lo menos si seguimos la opinión de este sociólogo.

Los modelos, las reglas, las señales, los símbolos y las conductas que marcan y muestran cierta regularidad, ya que todos estos sinónimos pueden recibir los símbolos sociales, se encuentran destinados a guiar no sólo las conductas de las colectividades y las de los individuos que las constituyen, sino que ejercen su acción en y sobre la vida mental de ella y ellos. Los modelos simbólicos no son otra cosa que guías de rumbos de vida, operando unas veces conscientemente y otras inconscientemente, unas veces claramente y otras aparentemente, que, de alguna manera, y de acuerdo con los diferentes casos, crean toda una gama de prescripciones, —aunque sería mejor decir que los símbolos se manifiestan por intermedio de las normas, que reclaman para ellos validez, imperio y obediencia. Los modelos culturales llegan así a obrar como prescripciones y como causas. El determinismo que produce estos modelos es caracterizado por Gurvitch con dos palabras: *prescriptivo* y *explicativo*: Caracterización que impide el que se le establezcan leyes causales, funcionales o explicativas.²¹ Y no se lo puede hacer, ya que sus efectos varían en las diferentes estructuras y cuadros sociales en que ellos se ven o se encuentran, el símbolo y su efecto, por encima de todo, varía su acción, su causa y efecto en los múltiples casos concretos, socio-histórico, en que no importa cuál de ellos se dé o haga manifiesto. Este determinismo, uno de los más importantes, si no el más destacado y problemático, se nos presenta como estando estrechamente ligado con la libertad humana y como ella, nos dá la impresión, no se lo pue-

21. ¿Cómo es posible que los modelos, los símbolos culturales, lleguen a obrar en una sociedad como mandatos y como causa? Gurvitch no nos dá una respuesta clara a este problema, sólo lo plantea y espera que, cosa curiosa, lo resuelvan los filósofos. (Cf. Gurvitch, op. cit., pp. 120-126).

de deducir, ni explicar, sólo lo podemos experimentar y vivir, para luego intentar describirlo. Así pues, la sociología nos envía a la historia.

De acuerdo con el propio Gurvitch la importancia, el papel y significación de las personalidades sólo es relativo, por no decir nulo. El presentarlos como centro y meollo de la vida social, en cualquiera de sus manifestaciones y en cualquier momento de la temporalidad en que se encuentren, sólo es reflejo y producto de, para emplear sus propias palabras, "un evidente error de óptica". Punto de vista que se nos hace y presenta como valedero y acertado frente a aquellas interpretaciones comunes y simplistas, para no mentar y otorgar demasiada importancia a esas concepciones mesiánicas vulgares y pretendidamente fundamentadas en un credo religioso, que tienen como punto de origen y como punto de apoyo concepciones de la historia a la Carlyle. Pero también es cierto que en el propio pensamiento de Gurvitch encontramos ciertas posibilidades, no ya de negar enfáticamente la acción y la voz de las personalidades, sino para tratar de comprenderlas y encuadrarlas en una amplia y correcta visión de la vida social y sus formas de evolución. Así, creemos poder destacar dos momentos en el pensamiento de Gurvitch que nos permiten apoyar lo dicho hace un momento: a—La señalada importancia que en su visión de la sociedad se otorga a la libertad, especialmente a esas formas de ella que denomina "libertad de decisión" y "libertad de creación". b.—La trascendencia y significación, como formas aclaratorias, que en su análisis de la sociedad ocupan los "símbolos sociales". Ensayemos de adentrarnos un poco más en estas dos tesis.

En primer lugar debemos considerar, y en lo que atañe a esas dos manifestaciones de la libertad, que ocupan, en la tabla de ellas anteriormente señalada, los dos momentos más elevados, que son las dos caracterizaciones más propias y significativas de la libertad en una sociedad. La libertad-decisión es, según Gurvitch, la heroica. Es la que ciertos hombres, y con ellos y tras ellos, la colectividad, se juegan el todo por un todo. Es la libertad que se encuentra en el límite de una acción y que permite el paso hacia una nueva forma de ser social, que permite la creación de una nueva manifestación de vida comunitaria. No debe importarnos

ahora si esa nueva forma es positiva o negativa, si implica progreso o retroceso, si abre nuevos derroteros o los cierra sumergiéndose en formas caducas. También debemos recordar que esta manifestación de la libertad implica, para su existencia efectiva, el cumplimiento de una acción voluntaria, de una personal decisión y toma de partidos. Por ello mismo, en ella predomina la contingencia. Es pues, en y con la contingencia que existe y se nos hace patente, implicándose como su propio nombre lo indica, una cierta decisión. Cabe pues preguntar: ¿Quién toma la decisión? ¿Quién se responsabiliza del peso de una tal acción? Parece que la respuesta más apropiada y más correcta, teniendo en cuenta el contexto del pensamiento de este autor y su propia terminología, sería el decir que es un Yo el que decide y sobre el que cae la responsabilidad. Un Yo que toma del Otro y del Nosotros el motivo y que aparece, ante ellos, como el móvil. Empleando los términos que nosotros hemos propuesto diríamos: Es una o la personalidad quien puede y debe ser vista como representando los anhelos y deseos tácitos de su colectividad. Que en su acción se encuentre jugando un gran papel la contingencia o el azar es un hecho bien concreto, y además inevitable, pero no es un hecho aberrante, a lo menos teóricamente. Es posible señalar en un análisis histórico la importancia de su acción, las consecuencias que desencadena y los movimientos sociales que haya podido poner en marcha. Si esta posibilidad es comprensible y aparentemente cierta, siempre y cuando nos coloquemos ante y en una perspectiva histórica, debemos reconocer la dificultad que entraña el elucidar el papel de las personalidades en el presente, en un momento de una sociedad que si bien está pasando, aún está siendo. Pero, debemos recordar, la historia bien puede ser vista como la sociología del pasado y si en ella puede tener cabida la personalidad, algún papel, y tal vez no uno de los mínimos, también podrá otorgársele en la sociología del presente. En ella, tanto la personalidad como la masa, y no empleamos esta palabra con ningún sentido peyorativo, tienen un papel que desempeñar. Negar una para afirmar la otra nos parece que no representa otra cosa que un limitar excesivo de la perspectiva que, muy por el contrario, debe ser integrada y reconstituida. En la que debería ser tenida en cuenta la contingencia y la iniciativa, tanto como la necesidad. El determinismo y la libertad, tal como lo quiere Gurvitch.

Recordemos que la llamada "libertad de creación" constituye el sumo de la libertad, que es en su existencia real y palpable donde se manifiestan el acorde existente entre las formas de libertad individual y libertades colectivas. Es en función de ella que se integran todas las actitudes libres que pueden darse en un determinado momento del ser social. Además, y posiblemente es su aspecto más importante, funge frente a ellas como un guía que le señala los derroteros que alcanzar, vivir e integrar. En ella, por la conjunción que representa, se nos hace patente un elemento constitutivo de una realidad social notoria y palpable, en el que se ha conjugado y hecho uno la libertad, el móvil, el motivo y la contingencia. Se debería investigar qué papel puede cumplir en ella el Yo, el sujeto directo y con nombre propio. Podemos decir, sin adentrarnos en análisis muy profundos y siguiendo los puntos de vista de Gurvitch y aprovechando sus planteamientos y análisis, que el hecho de que esta libertad sea una resultante de todas las anteriores hace posibles que en ella se encuentre una acción más o menos clara, más o menos importante, más o menos creadora, de esa libertad representada por el Yo y que él mismo constituye. De tal suerte, que en un estudio explicativo de la libertad de creación, máxima manifestación de la sociedad y del cumplimiento de la libertad, se presenta como francamente necesario, aún en el nivel de la más pura sociología, el estudiar el rol, el impacto y la vida de los Yo sociales: De las personalidades. Personalidades que deberían ser vistas en una función social, como perteneciendo a un determinado medio y en él desenvolviéndose. Cabe preguntar: ¿Cómo estudiarlas? Ya que se puede pensar que muchas de las discutibles tesis que se han postulado sobre las personalidades, se nos muestran como discutibles por falta de un método apropiado de acercamiento. Pero esto nos lleva hacia otros problemas, y sólo por lo pronto podemos destacar la posibilidad metódica que los análisis de Gurvitch otorgan al papel de la personalidad en la sociedad. Papel difícil de aclarar, es bien cierto, pero que no por ello es menos real e importante en el estudio de ese todo variable e intrincado juego de fuerzas, acciones e influencias de variado orden que constituye y es una sociedad.

¿Es posible hacer extensible la categoría de símbolo social al caso de las personalidades? Hace apenas unas cuantas páginas expresábamos, con Gurvitch, que los por él llamados símbolos so-

ciales son signos que cumplen el papel de expresar parcialmente los contenidos simbolizados y que, además, sirven de mediadores entre los contenidos y los agentes que los formulan y hacia quienes se dirigen. También debemos recordar que esos agentes bien pueden ser colectivos o individuales. Así pues, nos encontramos con que existe la posibilidad, más aún la tangible realidad, por intermedio de la formulación de simbologías sociales, de una acción individual en una comunidad, en la sociedad. Por intermedio de los símbolos es perfectamente dable el darse cuenta de la acción relativa, es cierto, pero no por eso menos real que ciertos individuos pueden hacer surgir en su comunidad. La personalidad, por intermedio de su acción simbólica o simbolizada, podría muy bien actuar en y sobre su sociedad. La acción de la personalidad así vista, simbólicamente vista, variaría de acuerdo con el mismo mecanismo que cualquier otro símbolo, pero nos parece que esencialmente lo haría en función de los diferentes cuadros sociales en los que se dé o sobre los que aparezca actuando. Produciendo, también como ellos, el surgimiento de un cierto determinismo o familia de ellos. Por estos dos últimos motivos es posible atribuirle a la personalidad, y especialmente, a su acción, un papel de relativa importancia en el contexto de la sociedad en la que vive o de una sociedad que ha simbolizado su acción, viéndola como una forma significativa de determinismo. Como un determinismo prescriptivo y explicativo destinado a guiar las conductas individuales y, por intermedio de ellas, las colectivas. Como un determinismo que cae, por así decirlo, especialmente sobre la vida cultural y mental de los miembros de una sociedad. Que de variadísimas formas afecta a los diferentes cuadros sociales en relación con los diferentes casos concretos y los diferentes individuos reales que tienen que ver, vivir y modificar su vivir de acuerdo o en función del símbolo y del determinismo.

En la obra de algún autor francés, O. Philippe, encontramos una cita que bien nos puede servir para resumir las diferentes posiciones sociológicas que hemos tratado de esbozar: "Admitiendo la influencia de la comunidad sobre el individuo, nos dice, se puede oponer a Durkheim que la influencia inversa es igualmente valedera. Los genios construyen profundamente a la sociedad... (La sociología) liberada del positivismo doctrinario, debe alzarse a la

altura del hombre entero, completo... lo debe estudiar en sus relaciones con la naturaleza y consigo mismo; definir el papel del genio, del sabio, del artista, del santo; las tendencias económicas y políticas y su camino hacia síntesis universales".²² Existe pues, entre historia y sociología no sólo los nexos que se encuentran entre todas las llamadas ciencias sociales sino fuertes y francas analogías entre los temas y problemas que cada una de ellas suele tratar. Pero unos en función del presente actual y detenido y otros con el fin de buscar aclarar ese presente en relación con un pasado muerto y, sin embargo, viviente. Viviente por lo que de él el sociólogo encuentra en el presente. El sociólogo busca formular las causas generales y las pautas comunes de una colectividad, por eso parece que se ve obligado a dejar de lado a los individuos que han hecho o han ayudado a que éstas surjan. El sociólogo busca la lógica y la necesidad de las condiciones básicas de un fenómeno o momento social. Quizás por ello ve en los individuos, sobre todo en las personalidades, y no sin cierta razón, las causas perturbadoras, por productoras y autoras de contingencias. La sociología deja al historiador que se interese por los hechos de las personalidades, es bien cierto, pero en esto no se implica, creemos, que se desconozca su papel o se lo pretenda negar. Muy por el contrario, parece que siempre se lo tiene en cuenta y que surge como la *pedra de toque* de las diferentes interpretaciones de la sociedad real. No es éste un punto de vista sostenido desde el exterior de la sociología, no es una concepción mantenida por individuos ajenos a los estudios sociológicos, por historiadores, filósofos o críticos de cualquier tipo. No, no son pocos los sociólogos presentes y pasados, que mantienen y sostienen puntos de vista semejantes a éstos. El propio Gurvitch y Lacombe, ya lo hemos visto, así lo hacen.²³ Mas aún investigadores muy emparentados con la sociología y la historia, aunque más con la primera que con la última, como son los antropólogos, también claramente nos muestran la significación e

22. O. Philippe, "La Historia en sus relaciones con la sociología y la filosofía", en *El hombre y la historia*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1952, pp. 38-39.

23. Otro sociólogo de destacada importancia que comparte estas tesis es el norteamericano C. Wright Mills. "La Ciencia Social, escribe en una feliz fórmula, trata de problemas de biografía, de historia y sus intersecciones dentro de estructuras sociales". (*La imaginación sociológica*, trad. F. M. Torner, Fondo de Cultura Económica, México, (1961, p. 157).

importancia que en las llamadas sociedades primitivas ocupan nuestras personalidades. Personalidades sin nombre propio, es cierto, relativamente ahistóricas, como corresponde a las comunidades en que se desenvuelven, pero no por ello menos específicamente destacables y analizables en su género y especie, como lo son el chamán y el brujo, o los llamados "héroes mítico-religiosos", las personalidades superiores *post-mortem* que guían y configuran más de un aspecto de las sociedades primitivas.²⁴ Y no podría ser de otra manera en los casos y ciencias anteriores, ya que todas ellas son ciencias del hombre que buscan aprehenderlo real y totalmente. Que no pueden contentarse con un supuesto hombre sin historia personal, o sin leyenda, y sin estar inmerso en una cultura o sociedad en constante devenir. La comprensión de la sociedad fundamentalmente centrada en el hombre social mantiene, como axioma fundamental, aunque muchas veces sólo tácitamente expresado, la siguiente idea: *los hombres son autores y actores de la sociedad*. Ellos la construyen, pero ella los configura y en cierta medida los modela. Además, este hombre es histórico, posee un doble pasado; uno personal y otro social y heredado. Tiene que contar con ellos para buscar construirse su sociedad. El hombre social como autor de la historia correspondería, en no poca medida, a eso que hemos venido llamando la personalidad histórica. Y que, creemos, también puede ser denominada como la personalidad social. La diferencia entre las dos personalidades no corresponde a una diferencia esencial. Sólo es relativa, y, por qué no, subjetiva. Es relativa al encuadre *témporo-espacial* que se le dé al campo de estudio. Es subjetiva, depende de la subjetividad del analista el verla como causa perturbadora actuando, especialmente, en el pasado o como manifestación de las causas generales que confluyen e influyen en un momento y en un estadio concreto de una sociedad.

En todo enfoque y materia histórica y social podemos distinguir tres grandes momentos, tres amplias manifestaciones: lo lógico, lo necesario y lo contingente. "Los dos primeros temas de investigación serían particularmente interesantes para el sociólogo... no sólo las condiciones casi orgánicas de la vida de las sociedades son las que requie-

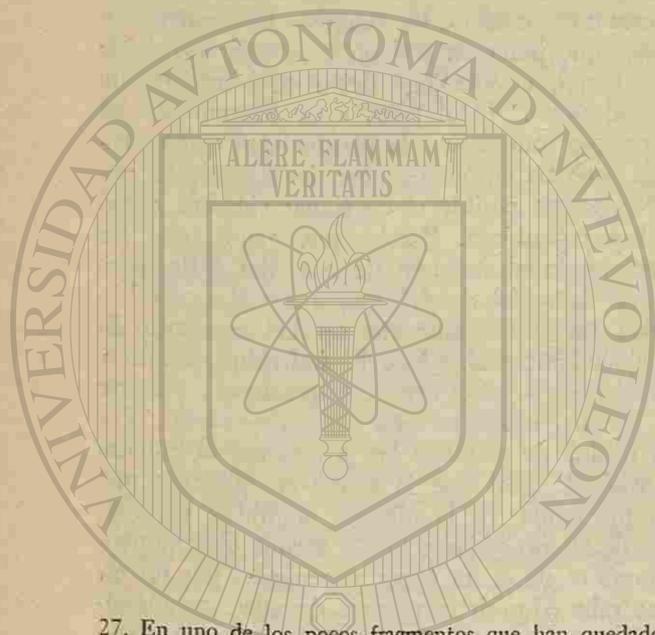
24. Bástenos citar, y sólo entre los autores franceses, las conocidas obras de un Mauss, de un Levy-Bruhl.

ren su atención. Está muy lejos de negar la acción de la cima, el desarrollo de las consecuencias que provocan ciertos principios, una vez planteados: postula, sólo, que los principios en acción tienen más oportunidades de ejercer una acción profunda cuando corresponden a creencias comunes e imperativos. En cuanto a los accidentes o las iniciativas personales que pudieran acelerar o retardar ese doble movimiento, lógico y social, el sociólogo dejará al historiador el cuidado de hacérselo admirar".²⁵ Así pues, y en ninguno de los dos aspectos, parece posible considerar a la personalidad como siendo algo así como una potencia autónoma libre, independiente, aislada, *suprahumana*. No parece posible el continuar viéndola como una creación original y espontánea. Puesto que, como todo ser humano, se encuentra sujeta al impacto de esas dos influencias que nos son constantes: la social, la del medio actual, y la histórica. La personalidad sufre un constante condicionamiento de las llamadas leyes socio-históricas objetivas. El individuo común y la personalidad no pueden ser y hacer otra cosa que lo que permite que sea su época, y en ella, especialmente, su medio social. "Por cierto que la manera misma de enunciar los problemas, es muchas veces una creación original, igual que la forma de plantear una cuestión, —escribe el historiador de la filosofía Schuhl—; pero no por ello deja de nacer de las necesidades más o menos obscuramente sentidas por los hombres de cierta época y pensadas por un espíritu privilegiado que sabe adquirir conciencia de ellas, enumerarlas y a veces resolverlas. Así, aún siendo portadoras de mensajes cuyo valor es permanente, tales obras están enraizadas en su tiempo: fueron provocadas por circunstancias precisas, reaccionan contra ciertos conceptos al mismo tiempo que prolongan o transforman otras influencias... Así sucede con Platón".²⁶ Parece pues, que las así llamadas finalidades immanentes de una colectividad social, lo mismo sucede con sus necesidades, en un momen-

25. C. Bouglé, *Balance de la sociología francesa contemporánea*, trad. J. Ferrel. Ed. América, México, 1945, p. 99.

26. Pierre-Maxime Schuhl, *La obra de Platón*, trad. A. Albajar, ed. Hachette, Buenos Aires, 1956, pp. 18-19.

to histórico concreto a veces expresan a través y por intermedio de una personalidad, de un individuo, que, cuando así sucede, puede lograr influir en el hecho social y en el suceso histórico.²⁷



27. En uno de los pocos fragmentos que han quedado del perdido trabajo de juventud de Hegel, *Comentarios sobre el tratado de economía política de James Stewart*, se encuentra este curioso y expresivo párrafo: "Esas naturalezas reflejadas no hacen otra cosa que expresar la palabra que conviene y los pueblos le dan su adhesión. Los grandes espíritus que son capaces de hacer esto deben, para poderlo hacer, estar purificados de todas las particularidades propias de la figura pasada. Si quieren cumplir la obra en su totalidad, les hace falta igualmente tomarla en su totalidad integral. Puede ser que se enfrenten y ataquen esa obra por un fin particular y la hagan avanzar. Pero la naturaleza quiere la totalidad, los expulsa del punto en que estaban colocados y coloca otros hombres en su lugar, y si estos son igualmente unilaterales, coloca una serie de individuos hasta que la obra total se cumpla. Pero si esta obra se debe a la acción de un solo hombre, entonces ha debido conocer el todo y, por consiguiente, estar purificado de todas sus limitaciones". (cit. en Rosenkranz, *Hegel's Leben*. p. 189 y reproducido en Roger Garaudy, *Dios ha muerto*. Presses Universitaires de France, París, 1962, p. 66).

CAPITULO VI

PERSONALIDADES Y AZAR

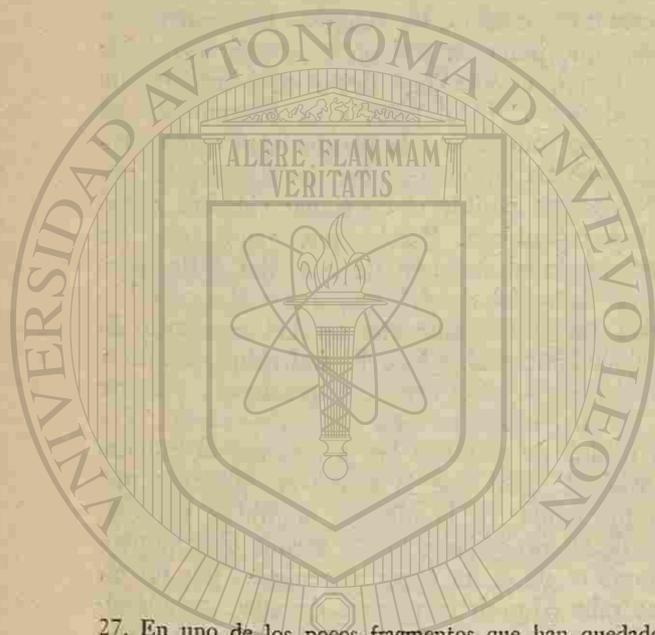
§ 12. Períodos históricos y surgimiento de las personalidades.

En más de una ocasión en el transcurso de este estudio nos hemos visto forzados a hablar de las posibles relaciones que se pueden encontrar entre los diferentes momentos del desarrollo y evolución histórica de las comunidades y la acción de las personalidades que en ellas se pueda dar o que en ellas pueda obrar. Parece ser éste el momento oportuno para plantearnos y tratar de desarrollar la siguiente pregunta: ¿Se dan o encuentran períodos históricos más o menos propicios para el surgimiento y efectiva acción social de las personalidades? Pregunta que nos obliga, antes que nada, a tratar de esbozar el problema de la existencia de la división de épocas en la historia o, y es otra forma de expresar lo mismo, la existencia de un espíritu de época.

Los conceptos de época o espíritu de época claramente significan un admitir la real existencia en el acontecer y sucederse histórico de hechos claves, de acontecimientos tan radicalmente importantes, tan fundamentalmente diferentes a los anteriores que producen cambios tan inmediatos y bien definidos que hacen posible, si no obligatorio, el distribuir el tiempo histórico en períodos y épocas que, la gran mayoría de las veces, llevan el nombre de ese momento o sucesos radicales.¹ Curiosamente, debemos recordar, la mayor parte de las veces los períodos históricos reciben su nombre una o varias generaciones después de que han sucedido. Es decir, parece que se hace necesario que no sólo la existencia de un cierto tiempo entre ese suceso-época y su de-

1. No sólo se encuentra la costumbre de dividir la historia de una determinada sociedad en función de un acontecimiento-época sino que también se encuentra aquella otra de hacerlo en relación con algún dominio cultural sea religioso, moral, artístico, político, etc. Tal sería el caso de ese período de la sociedad europea que recibe el nombre de Romanticismo o, con anterioridad a él, el que se denomina Barroco. Caracterización que muestra un sólo aspecto de dicha cultura y época pero que, por extensión, ha logrado cobijarla ampliamente. Más adelante trataremos de explicarnos este fenómeno.

to histórico concreto a veces expresan a través y por intermedio de una personalidad, de un individuo, que, cuando así sucede, puede lograr influir en el hecho social y en el suceso histórico.²⁷



27. En uno de los pocos fragmentos que han quedado del perdido trabajo de juventud de Hegel, *Comentarios sobre el tratado de economía política de James Stewart*, se encuentra este curioso y expresivo párrafo: "Esas naturalezas reflejadas no hacen otra cosa que expresar la palabra que conviene y los pueblos le dan su adhesión. Los grandes espíritus que son capaces de hacer esto deben, para poderlo hacer, estar purificados de todas las particularidades propias de la figura pasada. Si quieren cumplir la obra en su totalidad, les hace falta igualmente tomarla en su totalidad integral. Puede ser que se enfrenten y ataquen esa obra por un fin particular y la hagan avanzar. Pero la naturaleza quiere la totalidad, los expulsa del punto en que estaban colocados y coloca otros hombres en su lugar, y si estos son igualmente unilaterales, coloca una serie de individuos hasta que la obra total se cumpla. Pero si esta obra se debe a la acción de un solo hombre, entonces ha debido conocer el todo y, por consiguiente, estar purificado de todas sus limitaciones". (cit. en Rosenkranz, *Hegel's Leben*. p. 189 y reproducido en Roger Garaudy, *Dios ha muerto*. Presses Universitaires de France, París, 1962, p. 66).

CAPITULO VI

PERSONALIDADES Y AZAR

§ 12. Períodos históricos y surgimiento de las personalidades.

En más de una ocasión en el transcurso de este estudio nos hemos visto forzados a hablar de las posibles relaciones que se pueden encontrar entre los diferentes momentos del desarrollo y evolución histórica de las comunidades y la acción de las personalidades que en ellas se pueda dar o que en ellas pueda obrar. Parece ser éste el momento oportuno para plantearnos y tratar de desarrollar la siguiente pregunta: ¿Se dan o encuentran períodos históricos más o menos propicios para el surgimiento y efectiva acción social de las personalidades? Pregunta que nos obliga, antes que nada, a tratar de esbozar el problema de la existencia de la división de épocas en la historia o, y es otra forma de expresar lo mismo, la existencia de un espíritu de época.

Los conceptos de época o espíritu de época claramente significan un admitir la real existencia en el acontecer y sucederse histórico de hechos claves, de acontecimientos tan radicalmente importantes, tan fundamentalmente diferentes a los anteriores que producen cambios tan inmediatos y bien definidos que hacen posible, si no obligatorio, el distribuir el tiempo histórico en períodos y épocas que, la gran mayoría de las veces, llevan el nombre de ese momento o sucesos radicales.¹ Curiosamente, debemos recordar, la mayor parte de las veces los períodos históricos reciben su nombre una o varias generaciones después de que han sucedido. Es decir, parece que se hace necesario que no sólo la existencia de un cierto tiempo entre ese suceso-época y su de-

1. No sólo se encuentra la costumbre de dividir la historia de una determinada sociedad en función de un acontecimiento-época sino que también se encuentra aquella otra de hacerlo en relación con algún dominio cultural sea religioso, moral, artístico, político, etc. Tal sería el caso de ese período de la sociedad europea que recibe el nombre de Romanticismo o, con anterioridad a él, el que se denomina Barroco. Caracterización que muestra un sólo aspecto de dicha cultura y época pero que, por extensión, ha logrado cobijarla ampliamente. Más adelante trataremos de explicarnos este fenómeno.

nominación y aceptación como tal sino que se presenta necesaria la previa existencia de una reflexión sobre la historia, cualquiera que sea ella, que fundamente el criterio de esa selección.

"En cuanto al problema de saber si los períodos tienen existencia objetiva, en la realidad misma, o sólo existencia subjetiva, en el conocimiento humano, nos ha parecido que la verdad debe encontrarse entre estos dos extremos", escribe J. H. J. Van der Pot. Parece pues, según este pensador, que en la existencia de los períodos históricos se encuentra una realidad objetiva y un aspecto subjetivo. Que la división del acontecer en épocas es una forma que el hombre, especialmente si éste es historiógrafo o pensador de la historia, da al pasado. Presentándosele, entonces, tan real y patente como un suceso, más aún, como un objeto. Expresado de una forma diferente a como lo hace Van der Pot podemos decir: el hecho histórico concreto está ahí, tiene una clara existencia objetiva, pero para elegirlo en delimitador de período es necesario que intervenga la subjetividad humana, que intervenga un determinado estudioso y vea, analizando, si ese suceso ha logrado teñir un lapso de tiempo histórico. Pero, ¿en función de qué es posible escoger un determinado suceso o una determinada secuencia de ellos para catalogar, para nombrar, una época?: "La cuestión de saber cuál es el dominio de la civilización en el que se ha de ubicar el punto de vista de la división, pertenece a la personal concepción del mundo del historiador".² El historiógrafo y el filósofo de la historia parecen estar haciendo la división del acontecer en función de su propia cosmovisión, en función del aspecto de ella al que atribuyen una mayor y más destacada importancia. Si el investigador se dedica a la historia de la cultura, dividirá, como de hecho así sucede, la vida de la sociedad a la que se enfrenta y estudia en términos culturales: Siglo de las Luces, Rococo, etc. Si por encima de otros aspectos le interesan los religiosos nos hablará de períodos de religiosidad y de ateísmo: de Reforma y Luteranismo como reacción a una época de incredulidad. Si se inclina por la historia de la filosofía destacará como épocas radicales ciertos momentos concretos en la evolución de esta manifestación del pensamiento, nos hablará, por

2. J. H. J. Van der Pot, "La División de la Historia en Períodos", en *El hombre y la historia*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1952, pp. 47-49.

ejemplo, de un Helenismo, de una Patrística, de un Positivismo o de un Materialismo. Si lo que le interesa por encima de todo es el fenómeno económico estudiará y dividirá la historia en Esclavismo, Feudalismo, Capitalismo, Revolución Industrial, etc. Así pues, parece que podemos concluir, las épocas históricas existen, se dan y encuentran como directo resultado de las íntimas necesidades de una investigación histórica. No sólo corresponden a una mayor y más fácil posibilidad de encuadre y manejo de los sucesos históricos, puesto que parece que es en esta función metódica y nemotécnica que se los destaca, sino que también corresponde a las necesidades íntimas de unos determinados aspectos del acontecer que se pretende historiar. Y, por tanto, también corresponde a ciertos personales puntos de vista del estudioso, especialmente a su personal visión de su comunidad o de la sociedad que pretende conocer y desentrañar.

En función a la división histórica en períodos suele encontrarse, y con más frecuencia de la que es de desearse, la afirmación, un tanto gratuita, de que ciertos de estos períodos son más propicios para la existencia de genios, de héroes, de personalidades, que otros. Afirmación que puede aparecer como gratuita porque no suele ser explicada, porque no se nos desentraña sus porqués, sus causas. Curiosamente es en las obras de los pensadores encuadrados en el llamado Romanticismo Filosófico en donde es más usual y frecuente encontrar afirmaciones de este tipo. En alguna parte de las obras de Nietzsche, por ejemplo, se encuentra la siguiente afirmación "La Historia sólo es impulsada por las personalidades vigorosas, y sólo en ciertos momentos, que apagan por completo a los débiles".³ No se nos dice, ni siquiera se nos indica, el por qué de ese impulso que dan las personalidades a la historia y por qué sólo se da y encuentra en ciertos y determinados momentos y ni cuáles son esos. Pero no es Nietzsche el único caso, ni el único ejemplo posible. Fácilmente podríamos aducir muchos otros, bástenos recordar, por ejemplo, la división que por épocas daba de la historia Fichte: a la época del *instinto*, en que gobierna la razón sin participación de la voluntad, se sucede la época de la *autoridad*, en ella el instinto de la razón se expresa en

3. cit. W. Bauer, *Introducción al estudio de la historia*, trad. L. G. de Valdeavello, ed. Bosch, Barcelona, 2 ed., 1952, p. 95.

personalidades potentes, por intermedio de hombres superiores que, se imponen, por imperio y coacción de la razón, a una humanidad incapaz de seguirla por cuenta propia. ¿En fundamento a qué análisis histórico, o a qué sucesos concretos, la época de la llamada autoridad se da como segundo momento de la evolución histórica, a qué se debe que en ella, y sólo en ella, se manifieste la enorme fuerza de la personalidad y, por ello, surja y se cree una acción histórica positiva? Interrogantes y preguntas de este tipo son las que tratamos de encontrar y formular a los autores y pensadores de nuestro presente y de la manera como ya es un tanto usual el que lo hagamos.

Henri Berr, mantiene la definida tesis de que un individuo, no importa cuál, puede elevarse hasta ocupar un papel social superior. Y lo puede hacer porque es un miembro de una sociedad que no le es exterior, que le pertenece y que a ella pertenece. Constituyéndose una unidad indisoluble que le permite que en lugar de permanecer como un simple elemento social inerte pueda convertirse en un agente, en un inventor social. Posibilidad de transmutación que aparentemente es dable encontrar en todos los sitios y momentos en que se encuentre esa unidad entre individuo y colectividad. A pesar de que esto sea así, y Berr parece no dudar de ello, es en el concreto y preciso momento del surgimiento de una sociedad cuando el individuo puede manifestar más y mejor el sentimiento y la voluntad colectiva. Es cuando el individuo puede vivir más ampliamente e íntimamente la realidad social y cuando es más fácil, y aparentemente sin un mayor esfuerzo, el que se convierta en un agente de invención social: en una personalidad. Tal parece ser que las oportunidades de acción son más abundantes en este momento y son más fáciles en su ejecución. Que la acción humana que presenta y desencadena el individuo-personalidad se hace más notoria y notable en los primeros estadios del desarrollo social, en el momento en que una agrupación humana se abre al progreso y se convierte, o se esfuerza por hacerlo, en una sociedad. La personalidad así vista adquiriría no sólo las notas de agente e inventor social sino las más importantes de conductor, realizador y guía de lo social que le pertenece en comunidad y descubre en compañía. Por ello "el conductor se distingue de la masa por el

grado y no por la naturaleza de su actividad. Cooperera más".⁴ ¿En qué sentido cooperera más la personalidad conductora? Nos parece que para Berr esta cooperación fundamentalmente se puede distinguir por una cada vez mayor participación en la conciencia social y, como consecuencia de ella, de un comienzo de diferenciación individual. Que no debe ser entendida en el sentido de un paulatino apartarse de la sociedad en cuestión sino, muy por el contrario, del nacimiento de una forma más vívida y personal de integración colectiva. Es por la conjunción de estos factores que concentra la personalidad en los momentos iniciales de una sociedad que ésta se convierte en un conductor que preside la institución, que se encuentra en vías de formación o de una nueva estructuración y reforma. Sin importar que sea esta institución una nueva forma de ser político, en el sentido más restringido de la expresión, o una nueva comunidad religiosa, o una nueva institución social. Ya que no creemos que Berr tenga en cuenta con exclusividad los momentos iniciales de la vida de una colectividad, que sólo tenga en cuenta el papel de las personalidades conductoras en las llamadas comunidades primitivas. Y aunque así lo fuera, tal vez no sería del todo desacertado ampliar sus tesis en el sentido que más arriba hemos señalado.⁵

4. Berr, *op. cit.*, p. 169. El subrayado es nuestro.

5. No deja de ser interesante el anotar la existencia de un concepto francamente antagónico a los mantenidos hasta ahora. Tal es el caso de las ideas mantenidas por Sir John J. Myres en su obra *El Amanecer de la historia*, (trad. F. M. Torner, Fondo de Cultura Económica, México, 2. ed., 1956, pp. 8-9). "Es opinión común en la actualidad, escribe este historiador, que entre los acontecimientos más importantes de la historia cuentan los hombres y las acciones de ciertos individuos. Tanto es así, que se ha llegado a considerar la historia como el estudio de la influencia ejercida por los grandes hombres. También sabemos que la mayor parte de la historia es la exposición, no de cosas inmutables, sino de cambios, y que la razón por la cual prestamos tanta atención a los grandes hombres es que estos son los agentes por medio de los cuales se operan los grandes cambios. Por otra parte, se advierten muchos menos cambios en el modo de vida de los pueblos salvajes y bárbaros. En ellos, casi todo está fijado y ordenado por costumbres rígidas; se temen las innovaciones, y los innovadores son detestados y eliminados. En una sociedad salvaje, pues, hay casi tan poco lugar para un 'gran hombre' como entre los gorilas para un 'gran gorila'..." El antagonismo de ambas posiciones es evidente y la cita de Myres lo suficientemente clara como para no necesitar ningún comentario.

En la ya citada obra de Lacombe, *La historia considerada como ciencia*, es posible encontrar una serie de consideraciones un tanto semejantes a las señaladas anteriormente por intermedio de Berr: aunque como veremos más adelante, un poco más restringidas. Para este autor uno de los papeles y actividades más características que pueden desempeñar las personalidades es el crear y mantener en sus primeros momentos a las llamadas instituciones sociales. Así pues, también para Lacombe, las personalidades surgen y manifiestan su plena actuación en los momentos iniciales del desarrollo de una colectividad. Más aún, bien podemos agregar, es la acción de las personalidades la que posibilita la existencia de una sociedad, puesto que son ellas, y sólo ellas, las que le dan, entregan y otorgan las normas más fundamentales y más necesarias como son las instituciones y los códigos que permiten y hacen factible la existencia de esa agrupación humana tan especializada que es la sociedad. Las llamadas personalidades crean y fomentan el surgimiento de las instituciones sociales cuando en su colectividad inician la práctica de algo nuevo que, al manifestar su adecuación y bondad, logran la aceptación de la mayoría de los miembros de la comunidad. Y es la personalidad la encargada de crear esa necesidad y de despertar la posibilidad del surgimiento de las instituciones ya que, manteniéndose dentro de los límites del pensamiento de Lacombe, es completamente imposible que un conjunto de hombres, por pequeño que sea y aún cuando constituya una élite social, tenga una misma idea nueva y una misma voluntad para plasmarla en un mismo momento. Así pues, y por necesidades de viabilidad práctica, Lacombe cree que las personalidades tienen como principal momento o época propicia para su acción singular, y por tanto para su surgimiento, el instante inmediatamente previo a la existencia de las instituciones. Luego, con la posterior evolución de esas instituciones creadas por la personalidad iniciadora, se va manifestando una paulatina, pero cada vez mayor, separación entre ellas y su creador. Así, si en un primer momento, el de su surgimiento y creación, las nuevas instituciones sociales aparecen como constituyendo un hecho individual, como conformando un acontecimiento, con su evolucionar van también surgiendo unas nuevas notas que, cuando se dan como plenamente establecidas, hacen posible el dejar de lado a la personalidad. Ahora la nueva institu-

ción social se encuentra plena y acabada y la personalidad puede desentenderse de ella o, mejor, al contrario. Así "la institución se presenta como un acontecimiento que ha tenido éxito".⁶ Pero que ha tenido éxito por que ha sido exitosamente fundada e inaugurada. Y todo ello porque quien tomó la iniciativa y principió a desarrollarla, a hacerla vivir, era una personalidad que, y por ello merece el nombre, pensó algo nuevo, lo logró practicar y enseñar.

¿Cómo es posible, volviendo al campo de la pura personalidad, que un hombre cree y haga surgir una nueva institución?

La respuesta que a esta pregunta encontramos en la obra de Lacombe no difiere grandemente a aquella que hace un momento señalábamos en la concepción de Berr y que es dable encontrar en muchos otros autores. Lacombe nos señala cómo en todo individuo se encuentra y manifiesta el hombre de una época y el hombre de un lugar concreto, binomio bien difícil si no imposible de separar. Este hombre, y por lo anterior, bien se pudiera caracterizar por sus maneras de pensar, sentir y obrar. En estas sus formas más propias y características de vida íntima no le son absolutamente propias, ya que no son plenamente singulares ni definitivamente generales: son comunes a un grupo social más o menos extenso. Y cuando este hombre, que Lacombe llama temporal o histórico⁷, logra, por así expresarnos, romper los marcos de esa común manera de pensar, sentir y obrar y puede actuar de una manera propia, y destacable frente a su grupo social, de hombre histórico y temporal que era se convierte en precursor, en personalidad precursora. En creador de acción que hace época, que traza, para los demás hombres temporales, una nueva forma de ser y obrar común. Así pues, la personalidad, y en lo que ahora nos ocupa, obra inminentemente como precursora. Es decir, como instauradora e inauguradora de una nueva forma de vida social que Lacombe llama institución. La personalidad obrando en los momentos de crisis o de paso de una forma de vida colectiva a otra puede obrar positivamente porque anticipa, entrevee y desentraña el futuro de su sociedad. Anticipa, en el sentido de un salirse de los marcos comunes, estereotipados, de una generalidad social. Entrevee, cuando

6. Lacombe, *op. cit.*, p. 20.

7. Lacombe, *op. cit.*, p. 16. y ss.

logra adivinar, a partir de los hechos reales y concretos que vive, las pautas y derroteros de una determinada forma de evolución social. Desentraña la realidad de su comunidad cuando logra anotar y notar la imperiosa necesidad de algo así como un nuevo orden que o bien derroque uno antiguo y anquilosado o transforme uno en vías de amodorramiento, pero que, en cualquier caso, produzca lo que se suele llamar un avance o transformación social.⁸

Desde otro punto de vista, y de acuerdo con tesis y concepciones filosóficas que ya hemos apuntado, volvemos a encontrarnos con concepciones semejantes o paralelas a las anteriores. En la ya muchas veces citada obra de Bergson, *Las dos fuentes de la moral y la religión*, nos indica este autor cómo no sólo existe una sociedad abierta y otra cerrada sino como es posible encontrar otros dos miembros de la familia de la sociedad, otras dos formas de manifestación de estudio del fenómeno colectivo. Una primera forma de él se encontraría constituido por las sociedades que progresan. Por colectividades cuyas condiciones reales de existencia se presentan tan desfavorables que obligan a sus miembros a ejecutar un cierto esfuerzo para lograr vivir o sobrevivir.⁹ El medio geográfico y humano adverso puede también, en ciertos casos, obligar a la colectividad a producir un mayor esfuerzo: A seguir tras las huellas de un iniciador, de un inventor, de un hombre superior, de una personalidad. Ahora, en este caso, no sólo se abre un nuevo panorama social sino que se produce y dá con mayor intensidad. Se vislumbra la posibilidad de una radical transformación, de inicio de una novedosa etapa histórica en la vida de esa colectividad. Las sociedades estáticas constituyen esa segunda forma de manifestación de la vida comunal a que hace un momento nos referíamos. El que se vean como detenidas no parece querer indicar que se vean obligadas a permanecer en un nivel estático de su vida y

8. "Son únicamente precursores aquellos que en condiciones aun prematuras o adversas, anticipan el pensamiento o la acción que luego ha de obrar ampliamente, formando época". De esta manera define Benedetto Croce lo que él entiende por precursor histórico-social. Definición, que en cierta forma, se encuentra tácitamente expresada por Lacombe. (*La historia como hazaña en la libertad*, trad. E. Díaz Cañedo, ed. Fondo de Cultura Económica de México, 1948, p. 78).

9. ¿No implica ésta tesis una anticipación de la ley de "Incitación del medio", posteriormente propuesta por Toynbee?

evolución. Cambian, es cierto, pero no logran obtener y presentar esa manifestación viva, vital y dinámica que es el progreso. El cambio que indican es el de la simple multiplicación del nivel estancado y del cual son responsables los miembros de esa misma colectividad. Es decir, son los individuos, es la masa, la autora y desencadenadora de la repetición y, en ella y por ella del quietismo comunal, social.¹⁰ Así, nos parece estar diciendo Bergson, para que una comunidad progrese se presenta como siendo del todo necesario la existencia de grandes reformas que se logran producir cuando se encuentran aunadas dos condiciones esenciales: Que la sociedad se encuentre preparada y que surjan en ella una o varias "almas privilegiadas, que habiendo dilatado en ellas el alma social, no hubieran roto el círculo llevando a las sociedades tras sí".¹¹ ¿Cómo y en función de qué surgen así, de pronto, esas almas privilegiadas? Para Bergson en cada individuo, en cada hombre, de no importa qué cultura o época, existe al mismo tiempo la posibilidad de ser amo o esclavo, de ser un miembro más de una colectividad o destacarse y convertirse en una personalidad. En los momentos más caóticos y revueltos de una sociedad es cuando con más claridad y facilidad se hace patente lo anterior. Es cuando con más facilidad cuentan las futuras personalidades para su surgimiento y acción inmediata y, por encima de todo, para su pleno reconocimiento: "Entonces se presentan, revelan, grandes hombres de acción, que no se conocían aún ellos mismos. Pero esto es generalmente molesto. En seres honestos y dulces surge, de golpe, una personalidad baja, feroz, que es la de un jefe trunco"¹². Como hemos querido mostrar, también para Bergson las personalidades se dan y manifiestan su obra con mayor claridad en ciertos y determinados períodos de la vida histórica de la comunidad de la cual forman parte. Su existencia y acción se hacen visibles y notorias en aquellos momentos de duda e incertidumbre social, en aquellos pocos frecuentes estadios de transición hacia nuevos rumbos de vida. Parece que sin la existencia de esos hombres innovadores y catalizadores se hace imposible la evolución y el progreso social.

Curiosamente, no son estos autores, y las tendencias del pensamiento que representan, los únicos ostentadores de este o un se-

10. Cf. Bergson, op. cit., pp. 142-143.

11. Bergson, op. cit., p. 44. El subrayado es nuestro.

12. Bergson op. cit., p. 297.

mejante punto de vista. En posiciones filosóficas e ideológicas declaradamente antagónicas a las anteriores se pueden encontrar ideas y tesis que marcan entre sí francas analogías y, cuyas conclusiones no sólo no se contradicen sino que se las puede ver como en un mutuo apoyarse y complementarse. En la filosofía de la historia marxista, en el materialismo histórico, se encuentra con relativa frecuencia la idea de que el transcurso de la historia no se realiza automáticamente y con plena independencia de la actividad consciente de los hombres. En todo momento, período, de encrucijada histórica y social se encuentran y manifiestan más de una amplia gama de diversas posibilidades. Una, y sólo una, de entre ellas logra convertirse en realidad y hacerse histórica. Pero no adquiere esta nota por sí y ante sí misma. No depende únicamente del proceso de que forma parte el que logre convertirse en realidad social concreta. Sólo puede hacerlo si se le agrega, y por intermedio de ella se manifiesta, un esfuerzo, una acción y una decisión humana. Sólo es por intermedio de "las diferentes personalidades" que una determinada posibilidad logra alcanzar el rango de suceso social e histórico. Son las condiciones sociales, reales y existentes, y la acción humana más la acción de las personalidades los factores necesarios e indispensables para crear la historia, hacer surgir una sociedad presente y cimentar el porvenir. Algunos de entre los hombres se convierten en personalidades cuando logran conocer y vislumbrar las posibilidades reales y, escoger entre ellas la más viable, ya sea en función de sus personales intereses, en favor de los intereses de una clase determinada o teniendo en cuenta a la sociedad en su conjunto. "Cuando las condiciones históricas objetivas para la realización de esta o de otra tarea, ya existen, es entonces cuando se vuelve decisivo el factor subjetivo, la actividad consciente y agrupada de los hombres" ¹³. Agrupación y conciencia humana que suele centrarse alrededor de una determinada figura humana, alrededor de una cierta personalidad objetiva. No creemos que tesis como ésta hayan sido mantenidas sólo por el influjo externo del traído y llevado culto a la personalidad. No lo creemos así puesto que ya, en cierto aspecto, encontramos tesis semejantes mantenidas por los grandes iniciadores teóricos del materialismo histórico: "No es (la historia) co-

13. Academia de Ciencias de la U.R.S.S., *El papel de las masas populares y de la personalidad en la historia*, trad. M. B. Dalmacio, ed. Cartago, Buenos Aires, 1959, p. 59.

mo se quiere imaginar aquí y allá, por simple comodidad, un aspecto automático de la condición económica, son los hombres, por el contrario, quienes por sí mismos hacen su historia, pero en un medio dado que los condiciona, sobre la base de condiciones reales anteriores", escribía Engels en una carta a un amigo. En esa misma carta a Starkenburg, Engels se expresa así: "Que fuese Napoleón, precisamente éste corzo, el dictador militar que exigía la república francesa agotada por su propia guerra, fue una casualidad pero si no hubiese habido un Napoleón habría venido otro a ocupar su puesto, lo demuestra el hecho de que siempre ha sido necesario un hombre: César, Augusto, Cromwell, etc., este hombre ha surgido" ¹⁴. Así pues, también para el materialismo histórico, en los períodos de más aguda fermentación colectiva, en los momentos prerevolucionarios y revolucionarios, se muestra como siendo necesaria la existencia de una personalidad. De no importa cuál, es cierto, pero parece ser que siempre la sociedad tiene que contar con ella ¹⁵. Se presenta como social y políticamente necesaria para que se efectúe una determinada transformación social la previa existencia de un precursor, de un gran hombre, de una personalidad ya que ésta "es un iniciado porque ve más allá que los demás y su voluntad es más fuerte que las otras" ¹⁶. Y porque existen personalidades en la historia "la historia no se mueve con velocidad uniforme, unas veces el movimiento histórico es extraordinariamente lento, mientras que en las épocas revolucionarias su ritmo se acelera de un modo gigantesco" ¹⁷.

Los diferentes conceptos que hasta ahora hemos visto se encuentran resumidos y reunidos en una muy dicente cita de William James: "Las mutaciones de las sociedades de una generación a otra se deben principalmente, de modo directo e indirecto, a los actos y ejemplos de los individuos cuyo genio estaba a tal punto adaptado a las receptibilidades del momento, o cuya accidental posición de autoridad era tan crítica, que se hicieron fermentos, iniciadores de movimientos, afirmadores de precedentes o modalidades, centros de

14. C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, vol. II, p. 475. El subrayado es nuestro.

15. La analogía de esta tesis con el pensamiento de Hegel es bien notoria.

16. F. V. Konstantinov, *El materialismo histórico*, trad. W. Rocés y A. Sánchez V., E. Grijalbo, México, 1957, p. 277.

17. Konstantinov, op. cit p. 276.

corrupción o destructores de otras personas cuyas dotes, si se las hubiera dejado desplegar libremente, habrían conducido la sociedad en otra dirección”¹⁸.

Parece ser pues, que para la gran mayoría de los autores la profundidad de las relaciones humanas sólo aparece nitidamente en ciertos momentos: en épocas de grandes trastornos sociales. En ellos, para así expresarnos, la colectividad, los hombres, se despiertan y enfrentan a un nuevo estado de cosas que no saben, por falta de costumbre, manejar. Es en este momento cuando se manifiesta como siendo de una imperiosa necesidad, la existencia de un conductor. Es entonces cuando aparece como siendo ese momento el más propicio para el surgimiento, revolucionario y ordenador, de un hombre frente a otros hombres.¹⁹ La personalidad, nos parecen estar diciendo a una los autores consultados, tiene una época definitivamente propicia para su surgimiento, desarrollo y acción: sólo aparece en los períodos históricos de transición, evolución y paso hacia nuevas etapas y formas de vida. En función con la actuación que en ellas hayan podido representar pueden merecer el honor de pasar a la historia como personalidades positivas.

¿Es justa esta delimitación periódica? ¿Nada tienen que hacer las personalidades en otro momento de la historia? ¿Sólo se manifiestan y crean en esos inciertos momentos de conmoción social? Indudablemente, si por personalidad sólo se tiene en cuenta al conductor de masas político o militar basta con sólo una simple mirada a la historia para darnos cuenta de la veracidad de las tesis anteriores. Pero el tener en cuenta únicamente esta faceta de la personalidad parece ser inadecuado, por más común que ella sea. Y lo es, porque deja de lado gratuitamente otras acciones y manifestaciones

18. "Great Men and their environment", and Selected Papers on Philosophy, ed. Everyman, New York, P. 174.

19. Ernest Cassirer en su *Mito del estado*, (trad. E. Nicol, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, p. 331), se expresa de la siguiente manera: "El Mito dice Douffé, es le *décir collectif personifié*... esta fórmula de Douffé podría emplearse como la expresión más lacónica e incisiva de la idea moderna de caudillaje o dictadura. El anhelo de caudillaje aparece tan sólo cuando un deseo colectivo ha alcanzado una fuerza abrumadora y, por otra parte, se ha desvanecido toda esperanza de cumplir este deseo por la vía ordinaria y normal... La intensidad del deseo colectivo encarna en el caudillo".



de otros tipos, acepciones, de la personalidad en la historia. Deja de lado, por ejemplo, a la personalidad cultural. No parece estar interesándose en la personalidad callada. En la personalidad no violenta. En la personalidad que parece no necesitar, para surgir y existir, de períodos iniciales o revueltos. ¿O es que no son personalidades un Kant, un Voltaire, un Rembrandt, un Mozart, un Newton, un Lavoisier? Personalidades que por tranquilas no dejan de influir en la historia. Es cierto que su acción no suele repercutir de inmediato en la vida de su colectividad, a lo menos en la medida en que lo hace la personalidad política-militar, pero también estas personalidades históricas han construido, o han ayudado a ello, a la sociedad. Si se aceptan, como parece que debe hacerse, que por personalidad no debe comprenderse exclusivamente un sólo aspecto de sus manifestaciones²⁰, por más gloriosa que sea, y se pretenden cobijar las más dicientes manifestaciones humanas, reales, de ella no parece poder sostenerse la idea de que sólo cuando se dan ciertos y determinados momentos, que sólo cuando se produce una determinada coyuntura de hechos socio-históricos puede y debe surgir una personalidad. El propio devenir de las colectividades parece estar mostrando lo contrario y en tal forma que entre los estudiosos suele hablarse del azaroso surgimiento de las personalidades. Azaroso por imprevisible, en el sentido de la definitiva carencia de una pauta neta y concreta que permita prever su surgimiento. No parece bastar, aún en el caso de la personalidad políticamente actuante, con el saber que se vive en una época de crisis, con conocer la imperiosa necesidad de un traspasar nuevas formas de ser político o con un adivinar la necesidad del surgimiento de una personalidad aglutinante y defensora de una nación. No hay signos, o hasta ahora no se han encontrado, o no sabemos de ellos, que, con alguna claridad, logren adivinar y mostrar la necesidad del surgimiento, aquí y ahora, de alguna personalidad. Bien podemos decir que para los súbditos de la República Francesa de 1795 aparecía como necesario y forzoso la existencia de un jefe militar, de una mano dura que guiara y defendiera a la nueva burguesía y mantuviera en su puesto los límites de la nueva república. El rápido surgimiento de Napoleón Bonaparte se nos presenta, hoy, como necesario y defi-

20. Cf. *Supra*, pp. 6-8.

nitivo. Tenía que surgir, no había más remedio ni más salida para la sociedad francesa. Todo esto es cierto, más aún es históricamente cierto. Está comprobado. Pero lo conocemos como cierto y verdadero hoy. Después de que los acontecimientos se han sucedido. Muy difícilmente se podía predecir en los primeros meses de 1799, con muchísima dificultad y poco acierto se le hubiera podido hacer en las primeras horas del 18 Brumario. Mucho menos el 15 de agosto de 1769, cuando nace el futuro Emperador de los Franceses. Y si durante su Imperio alguien, algún profeta iluminado, lo hubiera podido prever, bastaba con Waterloo y Santa Elena para mostrarle su equivocación. La era napoleónica aparecía, en esos momentos, como habiendo sido sólo un sueño, para muchos una pesadilla, que había que borrar sin remedio.

§ 13. Personalidades positivas y negativas.

El azar, la casualidad en la historia no implica ni debe hacernos pensar o remitirnos a la idea, errónea y difícilmente mantenible, de la existencia de sucesos sin causa, de acontecimientos sin autor. En la historia, como en la gran mayoría de los campos en que se desempeña la actividad humana, es bien difícil encontrar algo sin causa. Mejor, nada sin causa, nada sin motivaciones. Se puede pensar, que el azar en la historia, no es otra cosa que aquello que no se ha previsto, que no es otra cosa que un resultado que no se ha querido, o una consecuencia absurda que ha entrado por la puerta falsa del acontecer. Pero más bien, se puede pensar que la ignorancia, total o parcial, de las causas de este suceso pretendidamente azaroso es la responsable de que así se lo vea. El azar, entonces, implicaría un desorden, una carencia de orden, en el conocimiento de un suceso. "La casualidad es, en definitiva, escribe un pensador de la historia, lo que presenta objetivamente ese carácter de ser extraño al orden, —al orden de las leyes y al de las razones" ²¹. Si a lo anterior agregamos, como en más de una ocasión lo hemos tratado de mostrar, que una de las principales notas de un suceso es la multiplicidad y duración de los efectos que ha logrado producir. La intensidad de repetición que puede presentar el suceso en el espacio y en el tiempo es lo que con más interés busca desentrañar la his-

21. Henri Berr, *op. cit.*, p. 61.

toria. Y es en un planteamiento, en un análisis de este tipo, donde podría encontrarse el papel que juega el azar en la historia. Diciéndolo de otra manera, se puede ver cómo el objeto de las ciencias históricas está fundamentalmente constituido por las "acciones humanas de todos los lugares y de todos los tiempos" ²². Pero en la medida que han tenido, o tienen, una cierta influencia en las estructuras y existencia de un determinado grupo humano y, por él y a través de él, una cierta influencia en una comunidad humana pasada o presente. Constituyen a ese objeto central del estudio histórico tanto los llamados fenómenos colectivos, como son por ejemplo, la conquista de América, las Cruzadas, la Revolución Francesa, como comportamientos y actos individuales, particulares, como lo serían la vida de Colón, el pensamiento de Pascal, las acciones de San Francisco, las obras del Marqués de Sade. ¿A cuál de las dos grandes familias de fenómenos corresponde la responsabilidad de la introducción del azar en la historia?

Es evidente, para más de un autor, que el azar desempeña un relevante papel en el mundo de la realidad histórica, ya que en él se puede ver como unos hechos aparentemente fortuitos influyen de una muy notable manera en la vida y desenvolvimiento histórico de las comunidades. Parece ser, precisamente, la influencia de las personalidades en la sociedad y en la historia a la que da lugar y hace posible la existencia de la contingencia. En un primer momento se la puede ver bajo lo que se pudiera denominar *el azar biográfico*. O sea, aquel que es producido por un cierto y determinado hombre que se encuentra en condiciones de incluir en su sociedad. Que, con su vida, acción y ejemplo, ha sido capaz de persuadir u obligar a una colectividad a seguir e imitar unas nuevas formas de conducta que él mismo ejemplifica y que, bien podemos pensar, otro hombre, con otra historia y trayectoria personal, colocado en su lugar no habría sabido obtener o no habría seguido por ese mismo camino. La occidentalización de Rusia, lo dice más de un historiógrafo, se debe a un hecho fortuito, a un azar biográfico de la vida de Pedro El Grande. "Se ha llegado a creer que, por fuerza de su genio, Napoleón debía abrirse camino en todo lo que efectivamente alcanzó y que estaba preponderantemente determinado a ser emperador o, por lo menos, jefe de Estado. Allí hay una opi-

22. Cf. Goldmann, *op. cit.*, p. 15 y ss.

nión que un examen atento destruye. En primer término, una bala que pasa poco más a la derecha o a la izquierda ha fallado en suprimir a Napoleón... Sin hablar de otras enfermedades, la peste podía haberle suprimido en Egipto. He ahí la contingencia natural. En cuanto a la otra, la contingencia social, el Napoleón conocido no ha llegado a ser el Napoleón histórico sino por el encuentro y concurrencia de muchas personas. Nombremos solamente a Marleauf, Gasparin, el joven Robespierre, Carnot, Barras, Talleyrand y Sieges... ¿Quién sabe si no fue indispensable para este destino que la ciudadana de Beauharnais fuese la amante de Barras?... Cuanto más se profundizara este asunto, más aparecería la contingencia... En consecuencia, por su carácter y por su espíritu particular, el individuo hace una parte de su destino; la otra parte lo hacen los hombres fortuitamente encontrados en circunstancias particulares y accidentales... Por lo tanto es muy contingente que un hombre determinado, César o Napoleón, hagan irrupción en la historia. Sin embargo, entrando éste y desempeñando un papel de capitán y de político, de artista en lugar de tal hombre que habría podido llegar, la historia está más o menos cambiada".²³

En esa larga cita de Lacombe, vemos como se destacan dos tipos de azar en la historia: La contingencia natural y la social. A nuestros ojos estas dos acepciones de la contingencia pueden involucrarse en una única denominación, en lo que más arriba hemos llamado el azar biográfico. Ya que tanto la mera contingencia personal, natural, y la más amplia contingencia social se manifiestan y obran a través de unas personalidades. En la propia cita de Lacombe esta unificación es bien clara y notoria. Esto no quiere decir, en modo alguno, que desechemos la influencia de un azar social, de una casualidad colectiva. Por el contrario, ésta existe y claramente se manifiesta. Pero no en esa restringida forma como nos la ha presentado el autor de *La Historia considerada como ciencia*. No es la influencia de ciertas personalidades encontradas en circunstancias peculiares lo que vendría a constituir ese aspecto social del azar en la historia. Pensamos, más bien, que lo es la influencia del medio, la pertenencia a una u otra clase social, la

23. Lacombe, op. cit., pp. 215-216. El subrayado es nuestro.

aceptación o no por parte de la colectividad de la acción de la personalidad lo que vendría a constituir ese factor social. Así, el carácter y la acción de las personalidades, la receptabilidad o el rechazo de la comunidad, se convierten en unos factores más de la evolución y desarrollo socio-histórico. En unos factores que, cuando se manifiestan aunados o no, introducen, y no tanto de una manera subrepticia, la casualidad, el azar y la contingencia en la historia. Pero, es conveniente recordarlo, de una casualidad que deja de presentarse como tal cuando es posible lograr trastocar la ignorancia de las causas por conocimiento de ella, cuando se logra introducir orden en un caos de influencia. Cuando esto sucede, cuando la labor del historiógrafo se completa,²⁴ entonces es posible hablar de personalidades positivas y negativas, de personalidades progresivas o retardatarias. En suma, de personalidades que supieron o pudieron dar una respuesta adecuada en un momento oportuno y de personalidades que no pudieron o supieron encontrarse a la altura de las necesidades de su colectividad, que se colocaron o bien muy por encima o bien muy por abajo de ella. Pero, que de todas maneras, lograron en alguna forma, encauzar los esfuerzos y ayudar, voluntariamente o no, a encontrar una solución pretendidamente adecuada a la circunstancia y factores actuantes en un cierto momento.

Hemos dicho anteriormente que por personalidad histórica entendemos a los autores de una gran obra histórica. "¿Pero qué es una gran obra histórica? Un conjunto de los hechos recogidos, agrupados, organizados por los historiadores, de tal suerte que constituyen un eslabón de una de esas grandes cadenas de hechos homogéneos y distintos, (políticos, económicos, religiosos, etc.)... Forjamos y reforjamos esas cadenas sin cesar, en nuestra necesidad de organizar el pasado".²⁵ Si por obra histórica comprendemos lo que define Febvre, inmediatamente nos podemos ver llevados a sostener que en la base de la catalogación de las personalidades positivas y negativas nos volvemos a topar con la subjetividad del historiador. Ya que esa función organizadora y ordenadora de datos puede ser vista, y no se ven razones para que no sea así, como dependiendo

24. No debemos olvidar que es en ese ordenar y desentrañar causas que descansa la investigación historiográfica.

25. Febvre, *Combates...*, ed. cit., p. 209.

directamente de las necesidades y afanes de los estudiosos. Sin un mayor temor de caer en exageraciones, parece que podemos sostener la idea de que la característica y nota de positividad y negatividad histórica, así como la catalogación de la personalidad, se encuentra, por lo menos, de alguna manera influida por ese ámbito de ideas que encuentran su vocería en la obra de un determinado investigador. No deja de ser sintomático y diciente el encontrar citas como ésta: "El Historiador de otras épocas insistía con gusto, sin duda con exageración, sobre el modelo que tomaba el hombre decidido a romper la rampa de la historia: la acción se designaba en función de este modelo; recordemos los desvelos de Temístocles, por los laureles en Milciades. Poco a poco se fue concibiendo el hombre más como un campo de fuerzas, como un instrumento apropiado para resolver los problemas propuestos a la colectividad que como una personalidad que cultiva sueños más o menos íntimos. Esperamos aún un estudio metódico de esta evolución".²⁶ En modo alguno queremos dar a entender que es únicamente el investigador el responsable y el autor de la anterior división. No, algo debe presentar las acciones concretas y alcances de las diversas personalidades para permitir lo anterior. Sólo hemos querido destacar la influencia externa de la cual ellos son responsables, con el fin de hacer notorio un nuevo tipo de azar que impera en la historia: El azar de la racionalización histórica. El azar de la búsqueda de explicación de esos actos misteriosos y aparentemente sin causa que suelen encontrarse en el transcurso de la historia.²⁷ O bien, casualidad que depende de una apasionada y absurda valoración moral, fundamentada en ancestrales odios patrios o individuales inclinaciones políticas, que llevan e inducen a un desconocimiento directo de lo que se pretende narrar, que muestran una flagrante inclinación pasional frente a la vida, accidentes y logros de ciertas personalidades. Escuchemos, por ejemplo, lo que H. G.

26. Georges Duveau, "Los puntales de la historia en la acción histórica", en *El hombre y la historia*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1952, p. 73.

27. En la obra anteriormente citada de Duveau encontramos las siguientes ideas: "Los sueños propiamente históricos del héroe que va a pasar en la historia contrarían al historiador moderno que, haciendo suyas las costumbres de una chaperona púdica y modesta se molesta al encontrar la historia bajo una forma elemental, absurda, caprichosa o apasionada en el empleo moral de su héroe". (op. cit., p. 74).

Wells tiene que decir de Napoleón: "Y carente de ella, (de una imaginación noble), Napoleón no pudo hacer otra cosa que pavonearse por la cima de la incomparable oportunidad como un gallo sobre un estercolero; el papel que desempeña en la historia lo es de casi increíble orgullo, de vanidad, concupiscencia y marrullería, de cínico desprecio e indiferencia por cuantos en él confiaron, y de una grandiosa imitación simiesca de César, Alejandro y Carlomagno, que habría resultado simplemente cómica si no hubiera chorreado sangre humana".²⁸ Se ve, con excesiva claridad, como para Wells la figura de Napoleón es sinónima de la de una perfecta personalidad negativa. En cambio, si hojeamos una historia o biografía de Napoleón escrita por un heredero suyo nos encontramos casi con plena seguridad, con un Bonaparte positivo y pleno. Curiosamente, unos siglos antes de Wells un autor francés, Montesquieu,²⁹ habría claramente mostrado cómo los vicios y las virtudes de los personajes de la historia son accidentes en ella. Es decir, son azarosos y no son los únicos responsables de un acontecimiento. Con ellos hay que contar al reconstruir la historia, pero no se la pueden ni deben reducir a ellos. Sirven para comprender, mejor, ayudar a comprender, el por qué de determinadas actitudes pero no las explican totalmente. Lo contrario sólo llevaría a un absurdo mantenimiento de síntesis altivas y grandilocuentes que nada dicen, que nada explican y que sólo muestran un apasionamiento sin sentido histórico.

Se puede pensar que lo que se busca y desea encontrar en los hechos históricos no es tanto su realidad material como el significado social y humano que en ellos debe poderse manifestar o transparentar. Cosa que no implica un mermar importancia a la develación más o menos laboriosa, más o menos técnica, de los diferentes modos y medios peculiares que hicieron factible un triunfo o una derrota, que consagraron a una determinada personalidad o

28. H. G. Wells, *The Outline of History*, ed. Star, New York, 1929, pp. 898-899.

29. Según Montesquieu, Aristóteles distingue claramente las diferentes variantes entre las variadas formas sociales, pero "no distingue la forma de la constitución sino por cosas accidentales, como lo son la virtud o los vicios del príncipe, o por cosas extrañas, como lo son la usurpación de la tiranía o su sucesión". (*Del espíritu de las leyes*, ed. Garnier, París, 1956, Vol. I, p. 154).

que hicieron que abortara. Muy por el contrario, estos hechos son de singular importancia, puesto que es por intermedio de ellos como se logra llegar a destacar la fuerza, la energía humana y psíquica con la que las personalidades persiguieron ciertos fines. Por intermedio de la mediación de un estudio erudito de hechos biográficos se logra poder desentrañar las repercusiones que ciertos hechos de ciertos hombres tuvieron sobre el resto de los hombres de su tiempo y las acciones que, consciente e inconscientemente, desencadenaron. Lo que en los hechos históricos se busca no es otra cosa que establecer una relación humana, positiva o negativa, entre un presente y un pasado, entre nosotros y los hombres de un pasado.³⁰ Estudiar la historia no sería otra cosa que buscar comprender los móviles, los actos, los fines de los hombres del pasado, con el fin de desentrañar el sentido que tenían para ellos. Es decir, buscar establecer el papel que ocuparon ciertos individuos en un suceso histórico. Papel, que a pesar de todo, especialmente a pesar de lo anecdótico y lo erudito, no se define de una sola vez. Puesto que la diferente estructura de los variados grupos sociales determina el papel de la personalidad frente al suceso. Es el grupo el que está dando y otorgando eficacia, o restándola, a las personalidades que él mismo ha cooperado a crear. La vida, la biografía de las personalidades, les es indiscutiblemente propia y en ella impera una cierta manifestación histórica de la casualidad. Pero también es esa biografía una cierta y determinada manera de vivir lo colectivo y "esta universalidad toma la figura, el cuerpo y la voz de los jefes que se ha dado; el suceso mismo, aunque sea un aparato colectivo, se encuentra más o menos marcado por signos individuales, las personas se reflejan en la medida misma en que las condiciones de la lucha y de la estructura de grupo le han permitido personificarse".³¹ Volvemos, pues, a encontrar con el segundo tipo de azar que hace un momento señalábamos.

Como ya en algún sitio lo hemos indicado, cada ser humano es único e irremplazable en sí mismo y para los otros, algunas veces, lo es para la historia. Cada sociedad y cada persona vale por sí misma, es cierto. Pero el personaje histórico, el autor de una gran obra o el responsable de un suceso, de no importa qué clase,

30. Cf. Goldmann, *op. cit.*, p. 17 y ss.

31. Sartre, *Crítica...* ed. cit., p. 84.

no puede lograr darle eficacia sin la colaboración y participación de un grupo social. Y es el grupo el que, en última instancia, va a decidir, por haberle prestado y otorgado su colaboración o no, si la obra de la personalidad ha sido adecuada, positiva, o se ha manifestado como negativa, como carente de una base de sustentación social.³² Pero no lo es tanto el grupo del que formó parte integrante la personalidad el que puede tomar esa determinación. Son los seguidores, los continuadores y con ellos las diversas transformaciones que va sufriendo la obra de la personalidad, los que hacen posible la real división de las personalidades en esos dos grandes grupos. Recordemos que es esta, según el historiador Febvre, la gran tragedia de las personalidades: tratar de obrar y actuar, pero sin saber cuáles van a ser los resultados de esas sus acciones y, por tanto, desconociendo y no pudiendo prever la catalogación y valoración que, en el futuro, merecerá su actuación social. Por eso, podemos repetir con Croce: "La Historia nunca imparte Justicia, pero siempre justifica".³³

Nos encontramos con una manifestación más de esa alternativa, aparentemente irreductible, que se manifiesta entre el individuo y la masa, alternativa, que más exactamente enunciada es la que se manifiesta entre la personalidad y la sociedad. Tema que en más de una oportunidad hemos tocado y que ahora resumiremos diciendo que el medio social penetra e influye con anticipación al autor de la obra histórica, encuadrándolo y, en una amplia medida, determinándolo en su acción. Sin esa colaboración activa, pero dudosa, de la colectividad, se presenta como imposible la efectividad de la acción desencadenada. "Es una cosa muy simple,

32. Goldmann, en su ya citada obra, con alguna claridad ejemplifica lo anterior: "La biografía de Racine o de Kierkegaard, sólo interesa a la historia en una medida muy limitada, y de una manera indirecta por los esclarecimientos que puede eventualmente llevar a su obra. Esta última, por el contrario, es, por sí misma, un hecho histórico de la más alta importancia, en razón de la influencia que ha tenido, en un cierto momento, y que aún tiene sobre la manera de pensar y de sentir de los hombres que constituyen ciertos grupos sociales... Por el contrario, sería un estudio erudito más o menos desprovisto de interés cuando relate un caso individual que no sea ni típico ni expresivo y que ha ejercido una influencia muy reducida en la vida de los grupos de su tiempo". (*op. cit.*, pp. 16-17).

33. Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, cit. en P. Gardiner. *op. cit.*, p. 60.

escribía Agustín Thierry, la obstinación de los historiadores a no atribuir ninguna espontaneidad, ninguna concepción a la masa de los hombres. Si todo un pueblo emigra y se construye un nuevo domicilio, es, según los analistas y los poetas, que algún héroe, para ilustrar su nombre, quiere fundar un imperio. Si se establecen nuevas costumbres, es porque algún legislador las imagina y las impone. Si una ciudad se organiza, es porque algún príncipe le ha dado el ser: siempre el pueblo y los ciudadanos son el paño para el pensamiento de un solo hombre".³⁴ Así pues, y sin negar el papel de las personalidades en la historia, como aparentemente lo hace Thierry, podemos ver cómo esa alternativa entre personalidad y sociedades es aparente. No existe entre los dos términos ninguna contradicción indisoluble. Ya que el personaje histórico se desarrolla en el grupo social y sólo en función de ese mismo grupo puede obrar. Aparentemente se separa de él para marcar nuevos caminos, para buscar hacer efectiva una cierta determinación. Pero esos nuevos caminos no son recorridos ni las determinaciones cumplidas si no existe una previa identidad entre los anhelos de la masa y los fines de las personalidades.³⁵

El héroe de la historia, es el hombre: su autor, su objeto y su sujeto. El hombre singular y el hombre plural. El individuo y la colectividad, la sociedad. La historia no es otra cosa que todos y cada uno de los momentos de la evolución de ese hombre. El héroe, las personalidades, que se pueden encontrar y dar en ella no son otra cosa que manifestaciones sublimadas y quintaesenciadas del hombre, su agente y paciente. De ese hombre a la vez común y extraordinario. De ese hombre conscientemente abierto a todas y cada una de las posibilidades que se marca y que su so-

34. Agustín Thierry, *Obras completas*, Vol. III, p. 348, cit. en Pléchanov, *op. cit.*, p. 166.

35. "En el momento en que debemos, frente al individuo, al creyente aislado, sólo preocupado por él, por su salud, por su paso interior —colocar la viviente masa de los hombres, de los alemanes de ese tiempo que, apropiándose del pensamiento, de la palabra Luterana, la deforman al gusto de sus deseos y tendencias, dándole su valor social y su dignidad colectiva... Y más tarde... Se podrá asir en el individuo que por su esfuerzo abre una revolución, el ejemplar de escogencia, el tipo robusto y franco de un grupo, de una familia de espíritus idéntica y diversa a través de los siglos", escribía Lucien Febvre en su biografía sobre Martín Lutero. (*op. cit.*, p. 79).

ciudad le esboza y configura. De ese hombre que es capaz de darle a la historia y a su vez darse a sí mismo una significación y un sentido peculiar y propio. Del hombre que es capaz de sacrificarse, no aceptar transiciones y dejar de lado y despreciar a la muerte: "Lo que permite al héroe sacrificarse, no es, como sucede en Nietzsche, la fascinación de la muerte, ni, como Hegel, la certeza de cumplir lo que la historia quiere, es la fidelidad al movimiento natural que nos arroja sobre las cosas y los otros. Lo que amo, decía Saint-Exupéry, no es la muerte sino lo es la vida".³⁶ La reflexión histórica debe poder encontrar, y efectivamente encuentra, en este darse significación y sentido su máxima fundamentación. Con ella debe lograr volver a la vida, quedarse en ella y vestirse con la única realidad tangible del mundo y de la historia: el hombre y la sociedad, y la manifestación de sus diferentes actitudes, maneras de ser y logros en el tiempo.

36. Maurice Merleau-Ponty, "El héroe, el hombre", en *Sentido y sin sentido*, ed. Nagel, París, 1943, p. 379.

BIBLIOGRAFIA

- Academia de Ciencias de la U.R.S.S., *El papel de las masas populares y de la personalidad en la historia*, trad. M. B. Dalmacio, ed. Cartago, Buenos Aires, 1959.
- Academia de la Lengua Española, *Diccionario de la lengua española*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1956.
- Aron, Raymond, *Introducción a la filosofía de la historia*, ed. Gallimard, París, 2 ed., 1938.
- Bauer, W., *Introducción al estudio de la historia*, trad. L. G. de Valdeavello, ed. Bosch, 2 ed., Barcelona, 1952.
- Berr, Henri, *La síntesis en la historia*, ed. Albin Michel, 2 ed., París, 1953.
- Bergson, Henri, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, ed. Presses Universitaires de France, París, 48 ed., 1946.
- Berlin, Isaiah, *Lo inevitable en la historia*, trad. N. Larner, ed. Galatea, Buenos Aires, 1957.
- Blanquez Fraile, Agustín, *Diccionario latino-español*, ed. Sopena, Barcelona, 1950.
- Blondel, Charles, *Introducción a la psicología colectiva*, ed. A. Colin, París, 4 ed., 1946.
- Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, trad. P. González y M. Aub, ed. Fondo de Cultura económica, México, 1952.
- Bloch, Marc, *La sociedad feudal*, trad. E. Ripoll, ed. UTEHA, México, 1958.
- Bougle, Charles, *Balance de la sociología francesa contemporánea*, trad. J. Ferrel, ed. América, México, 1945.
- Braudel, Fernand, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1953.
- Campbell, Joseph, *El héroe de las mil caras*, trad. L. J. Hernández,

- ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959.
- Cassirer, Ernst, *El mito del estado*, trad. E. Nicol, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1947.
- Collingwood, Robin G., *La idea de la historia*, trad. E. O'Gorman y J. Hernández, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.
- Croce, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*, trad. E. Díaz C., ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1948.
- Durkheim, Emile, *Las reglas del método sociológico*, trad. A. Ferrer, ed. Dédalo, Buenos Aires, 1959.
- Duveau, Georges, *Los puntales de la historia en la acción histórica*, Presses Universitaires de France, París, 1952.
- Engels, Federico, *Obras escogidas*, ed. Lenguas Extranjeras, Moscú.
- Fevbre, Lucien, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, trad. E. Ripoll, ed. UTEHA, México, 1958.
- Fevbre, Lucien, *Un destino: Martín Lutero*, ed. Rieder, París, 1928.
- Fevbre, Lucien, *Combates para la historia*, ed. Armand Colin, París, 1953.
- Ferrater Mora, José, *Diccionario filosófico*, ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2 ed., 1958.
- Garraudy, Roger, *Dios ha muerto*, ed. Presses Universitaires, de France, París, 1962.
- Gurvitch, Georges, *Determinismos sociales y libertad humana*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1953.
- Gardiner, Patrick, *La naturaleza de la explicación histórica*, trad. J. L. Hernández, ed. Universidad Nacional, México, 1961.
- Goldmann, Lucien, *Ciencias humanas y filosofía*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1952.
- Hegel, *La filosofía del derecho*, trad. A. Mendoza, ed. Claridad, Buenos Aires, 1955.
- Hegel, *Fenomenología del espíritu*, trad. Hyppolite, ed. Aubier, París, 1959.

Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. José Gaos, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1953.

James, William, *Selected papers on Philosophy*, ed. Everyman, Nueva York.

Jolivet, Régis, *Definición y sentido de la historia*, P. U. de F., París, 1952.

Kostantinov, F. V., *El materialismo histórico*, trad. W. Roces y A. Sánchez, ed. Grijalbo, México, 1957.

Lacombe, Pierre, *La historia considerada como ciencia*, trad. J. L. de Angelis, ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948.

Mills, C. Wright, *La imaginación sociológica*, trad. F. M. Torner, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

Meinecke, Friedrich, *El historicismo y su génesis*, trad. J. Mingorro y T. Muñoz, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1943.

Meyer, Eduard, *El historiador y la historia antigua*, trad. C. Silva, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1955.

Merleau-Ponty, Maurice, *Sentido y sinsentido*, ed. Nagel, París, 1948.

Merleau-Ponty, *Las ciencias del hombre y la fenomenología*, ed. Centro de Documentación Universitaria, París, 1961.

Marrou, Henri-Irénée, *La filosofía crítica de la historia y el sentido de la historia*, Presses Universitaires de France, París, 1952.

Marrou, Henri-Irénée, *Del conocimiento histórico*, ed. du Seuil, París, 1959.

Marx, Carlos, *Obras escogidas*, ed. Lenguas Extranjeras, Moscú.

Masson-Oursel, Paul, *La moral y la historia*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1955.

Myres, John J., *El amanecer de la historia*, trad. F. M. Torner, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2 ed., 1956.

Montesquieu, Charles de, *El espíritu de las leyes*, ed. Garnier, París, 1956.

Philippe, O., *La historia en sus relaciones con la sociología y la filosofía*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1952.

Plékhanov, Georgui V., *Las cuestiones fundamentales del marxismo*, ed. Sociales, París, 1957.

Pot, J. H. J. van der, *La división de la historia en períodos*, ed. Presses Universitaires de France, París, 1952.

Ricoeur, Paul, *Historia y verdad*, ed. du Seuil, París, 1955.

Rothaker, Eric, *Filosofía de la historia*, trad. H. Gómez, ed. Pegaso, Madrid, 1951.

Schuhl, Pierre-Maxime, *La obra de Platón*, trad. A. Albajar, ed. Hachette, Buenos Aires, 1956.

Sartre, Jean-Paul, *Materialismo y revolución*, trad. B. Guillén, ed. Deucalión, Buenos Aires, 1954.

Sartre, Jean-Paul, *La nausea*, ed. Gallimard, París, 1938.

Sartre, Jean-Paul, *El ser y la nada*, ed. Gallimard, París, 50 ed., 1957.

Sartre, Jean-Paul, *Crítica de la razón dialéctica*, ed. Gallimard, París, 1960.

Sartre, Jean-Paul, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, ed. Gallimard, París, 1954.

Scheller, Max, *El santo, el genio, el héroe*, trad. E. Marmy, ed. Vitte, Lyon, 1958.

Simell, George, *Problemas de la filosofía de la historia*, trad. E. Tahering, ed. Nova, Buenos Aires, 1950.

Simon, Pierre-Henri, *El proceso del héroe*, ed. du Seuil, París, 1950.

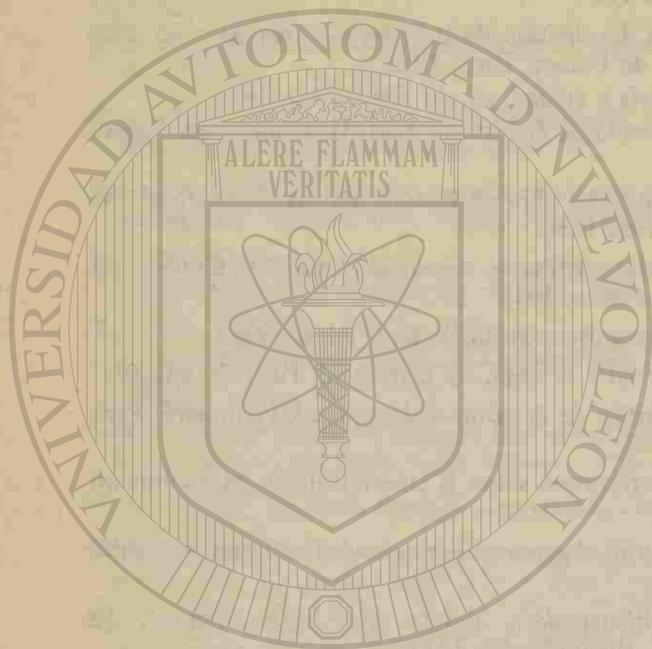
Seignobos, Charles, *Historia política de la Europa contemporánea*, ed. Armand Colin, París, 6 ed., 1961.

Sáinz de Robles, Federico C., *Diccionario español de sinónimos y antónimos*, ed. Aguilar, Madrid, 1953.

Tarde, Gabriel, *Las leyes de la imitación*, trad. J. García G., ed. Daniel Jare, Madrid, 1907.

Toynbee, Arnold J., *El estudio de la historia*, trad. L. Grasset, ed. Emecé, Buenos Aires, 1951.

Wells, H. G., *The Outline of History*, ed. Star, Nueva York, 1929.

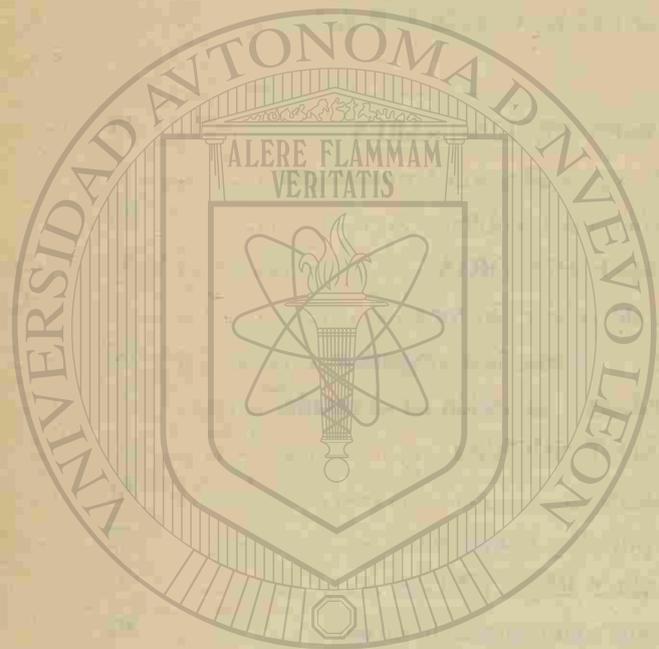


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

INDICE GENERAL

Prefacio	9
I. DELIMITACIONES PRELIMINARES	13
1. Necesidad de una unificación terminológica	13
2. Alcances y límites del problema	20
II. PERSONALIDAD E HISTORIA	37
3. Significación de la voz "historia"	37
4. Personalidades y formas historiográficas	40
5. Las personalidades y su acción en el pasado.	46
III. PERSONALIDAD Y SUCESO	61
6. Suceso e historia	61
7. La iniciativa privada y la historia	77
IV. PERSONALIDAD Y EXISTENCIA	93
8. La personalidad como autora de sucesos	93
9. Personalidad y existencialismo	100
V. PERSONALIDAD Y SOCIEDAD	113
10. El problema en los iniciadores de la sociología fran- cesa contemporánea	113
11. La personalidad, la libertad y la contingencia social	119
VI. PERSONALIDADES Y AZAR	139
12. Periodos históricos y surgimiento de las personalida- des	139
13. Personalidades positivas y negativas	152
Bibliografía	162



Personalidad e historia de Gonzalo Hernández de Alba, se acabó de imprimir el día 15 de diciembre de 1964, en Sistemas y Servicios Técnicos, S. A. Se tiraron 1,000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Electra de 10:10 y 8:8 puntos. La edición estuvo al cuidado de Hugo Padilla y José Ángel Rendón.
Carátula de Pablo Flores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECA